Las sociedades secretas

SERGE HUTIN



No hay cuestión que haya suscitado más controversias apasionadas que el estudio de las agrupaciones calificadas de Sociedades secretas. Pero es fácil observar que en todas las épocas se han asimilado a las «Sociedades secretas» los grupos más diversos: poblaciones enteras, los judíos por ejemplo, han sido consideradas como obrando misteriosamente en la sombra; también se ha atribuido a ciertas órdenes religiosas, la de los jesuitas, por ejemplo, toda clase de artimañas subterráneas…



Serge Hutin

LAS SOCIEDADES SECRETAS

ePub r1.0

Solomik 09.12.13

Título original: *Les sociétés secrètes*
Serge Hutin, 1952
Traducción: Ricardo Anaya
Diseño de portada: Solomik
Editor digital: Solomik
ePub base r1.0








INTRODUCCIÓN

No hay cuestión que haya suscitado más controversias apasionadas que el estudio de las agrupaciones calificadas de Sociedades secretas. Pero es fácil observar que en todas las épocas se han asimilado a las «Sociedades secretas» los grupos más diversos: poblaciones enteras, los judíos por ejemplo, han sido consideradas como obrando misteriosamente en la sombra; también se ha atribuido a ciertas órdenes religiosas, la de los jesuitas, por ejemplo, toda clase de artimañas subterráneas… Puesto que esa expresión se ha utilizado a diestra y siniestra, será necesario definir lo más exactamente posible al comienzo de una obra sobre ese tema, qué debe entenderse por esas dos palabras[1].

Empleos abusivos de la expresión. En primer lugar debe observarse que todas las agrupaciones que trataron de sustraerse a la atención no fueron necesariamente «Sociedades secretas». Tanto es así, que los miembros de ciertas organizaciones, que están muy lejos de ser clandestinas, en tiempo normal, se vieron obligados, cuando hubo persecuciones, a constituir momentáneamente grupos que presentaban ciertas analogías exteriores con las «Sociedades secretas». (Ejemplos: la Iglesia católica en el Imperio romano; los protestantes franceses después de la revocación del Edicto de Nantes…).

Por otra parte, todas las organizaciones de tipo *oficial* o gubernamental consideradas a veces como «Sociedades secretas», salen del cuadro de la presente obra: así la *Inquisición*, con su temible presencia y sus múltiples espías y afiliados, no constituía una *So-*

ciedad secreta, aun cuando la actividad de algunos de sus miembros fuese clandestina y misteriosa.

Sociedades secretas políticas y Sociedades secretas iniciáticas. Es posible, de acuerdo con A. Lantoine[2], distinguir dos clases de Sociedades secretas:

1. *Las Sociedades secretas «políticas»*. Son asociaciones que tratan de *disimular su actividad*, o al menos el nombre de sus miembros, cuya acción va dirigida ya sea al margen de los organismos oficiales (es el caso de las Sociedades con fines «justicieros»), ya sea, lo más frecuente, *contra* el poder existente (son las Sociedades «políticas» propiamente dichas). Lo que caracteriza a tales grupos, por más organizados y jerarquizados que estén, es su *duración limitada*: «Una Sociedad secreta solo dura si su objetivo domina los tiempos. Si el objetivo es político, se extingue forzosamente con la causa que la hizo nacer.» (A. Lantoine).
2. *Las Sociedades secretas «iniciáticas»*. Estas sociedades no intentan, en modo alguno, disimular su existencia (salvo cuando se las persigue); sus leyes, su historia, sus lugares de reunión, sus doctrinas, y hoy, hasta los nombres de sus adherentes, no son un misterio para nadie. Esas agrupaciones solo guardan verdaderamente «secretas» sus *ceremonias* —a las cuales no puede asistir el «profano»— y los *signos de reconocimiento*, que permiten a los afiliados reconocerse. Lo que las diferencia de una simple sociedad «cerrada» es que esas organizaciones confieren a sus afiliados una *iniciación*, tienen *ritos* más o menos complicados, y celebran una especie de culto. (Véase más adelante lo que por eso debe entenderse).

La distinción es, sin embargo, bastante difícil en ciertos casos: así, miembros de auténticas organizaciones iniciáticas han aprovechado el secreto de las reuniones para entregarse a actividades políticas; por otra parte, muchas agrupaciones con fines puramente temporales han sentido la necesidad de adoptar una jerarquía y ritos análogos a los de las Sociedades iniciáticas.

Estudiaremos ahora lo que los afiliados entienden por *Iniciación*, pues este término, a fuerza de estar rodeado de misterioso prestigio, ha acabado por perder todo sentido preciso en el lenguaje popular.

La Iniciación; sus caracteres y sus fines. De modo general, la iniciación puede definirse: *un proceso destinado a realizar psicológicamente en el individuo el paso de un estado reputado inferior del ser a un estado superior*, la trasformación del «profano» en «iniciado»; mediante una serie de actos simbólicos, de *pruebas* morales y físicas, trata de *dar al individuo la sensación de que «muere» para «renacer» en una vida nueva* (de ahí la expresión frecuentemente empleada de «segundo nacimiento»). De manera más precisa, pueden distinguirse tres elementos complementarios:

1. La *«iniciación» propiamente dicha*, la introducción en un mundo «superior», en un estado psíquico «más perfecto» que el estado profano. En el límite, la iniciación llegaría a ser una verdadera «deificación»: su fin sería entonces conducir al ser «más allá de todo estado condicionado». (Así, Rene Guénon escribe: «Aquí no se trata de comunicarse con otros seres, sino de alcanzar y realizar uno mismo tal estado supraindividual, claro está, no como individuo humano, lo que sería evidentemente absurdo, sino en cuanto al ser que se manifiesta como individuo humano en cierto estado lleva también en él las posibilidades de todos los demás estados»). Es, pues, una *realización* puramente interior

del ser humano, la realización de una posibilidad que el individuo llevaba en sí, en estado virtual: por ejemplo, los «ritos de paso» en las sociedades primitivas (véase más adelante) «realizan» la mutación de la infancia en la edad adulta; pero el adulto está «en potencia» en el niño… He aquí ahora cuáles son las características generales de la iniciación así entendida:

Seguramente, el «profano», para poder ser «iniciado», debe estar provisto de ciertas disposiciones: los autores insisten a menudo sobre las aptitudes naturales que hacen al iniciable, aptitudes sin las cuales los ritos serían letra muerta…

Pero el individuo no puede «iniciarse» a sí mismo. (Por lo demás, «iniciado» procede del latín *initium*, «comienzo» y, por extensión, «entrada». El «iniciado» es aquél a quien se ha «puesto en el camino»). En eso es en lo que el iniciado se distingue del *místico*, que muy a menudo es un aislado, un «irregular»[3]: el individuo no puede ser «iniciado» más que por una *organización «iniciática»* (de ahí el carácter social de la iniciación). Sin embargo, en la mayoría de los casos no es una *doctrina* propiamente dicha lo que la organización enseña al nuevo afiliado; se limita a trasmitirle lo que Guénon llama una «influencia espiritual». Los adeptos han desarrollado con insistencia el carácter «*incomunicable* al profano» de la iniciación, pues de lo que en esta última se trata es de *estados por realizar interiormente*. «Lo que puede enseñarse —dice Guénon— son únicamente métodos preparatorios para la obtención de esos estados; lo que sobre este particular puede proveerse de afuera es en suma una ayuda, un apoyo, que facilitan muchísimo el trabajo que se ha de cumplir, y también una fiscalización que aparta los

obstáculos y los peligros que pueden presentarse». El «Secreto iniciático» es, por naturaleza, «inexpresable», y solo la iniciación puede llevar a su conocimiento. Aristóteles escribía, hablando de los Misterios de Eleusis, «no aprender, sino experimentar»: en los Misterios no se aprendía una doctrina secreta, sino que se *experimentaban* sentimientos[4]. El «secreto iniciático» es verdaderamente *incomunicable*, pues cada uno «personaliza» en cierto modo los datos del simbolismo tradicional de los ritos. Por eso los escritores masónicos pueden sostener sin paradoja, cuando «profanos» conocen sus ritos hasta en los menores detalles, que, no obstante, el «secreto masónico» no ha podido ser penetrado y no puede serlo: «Ya no hay otro secreto en nuestros Misterios —escribe un masón, G. Persigout— que no sean los que residen en el asilo inviolable de las palabras». El mecanismo psicológico por el cual operan las diversas «pruebas», terroríficas o extrañas, que se encuentran en todas las sociedades secretas de Misterios, y que parecen absurdas a quien las estudia de manera superficial, es aún bastante mal conocido; he aquí, sobre el particular, la teoría de otro masón eminente, J. Boucher: «Los ritos obran por una suerte de impregnación del subconsciente, al que dan un poder y una eficiencia reales[5]».

Por la Iniciación, el ser *se realiza*, pues, de una manera «auténtica», hace pasar sus posibilidades latentes de la potencia al acto. Una vez alcanzada, la iniciación se hace «permanente», sigue siendo un estado adquirido una vez por todas, y que nada podrá borrar, según los adeptos; tanto, que para R. Guénon, es absurdo hablar de un «exmasón», puesto que la cualidad de «Masón» es inamovible (por lo demás, los ingleses designan al francmasón excluido o renunciante con la expresión *unattached Mason*).

Pero los autores agregan en seguida que es necesario que la iniciación haya sido real.

Por último, la Iniciación no es un proceso pasivo, sino algo esencialmente *activo*, que sigue siendo simple virtualidad si el individuo no coopera luego con todo su ser. De este modo los teóricos de la masonería explican la mediocridad en que permanecen ciertos Hermanos, aun después de su iniciación: «No sabréis en Masonería sino lo que hayáis encontrado vosotros mismos.» (O. Wirth). En suma, el proceso iniciático es triple:

1. Aptitud inherente al individuo.
2. Impregnación del subconsciente.
3. Trabajo de «realización» que el individuo debe cumplir.

2. *Los ritos iniciáticos* son esencialmente *pruebas*, físicas y morales, que apuntan a obrar sobre el psiquismo del individuo. Se desarrollan a veces en público (por ejemplo, los ritos que señalan el paso de la adolescencia a la edad adulta entre los pueblos primitivos), pero, más a menudo, en secreto: los ritos iniciáticos practicados por las *Sociedades secretas* son, por definición, «Misterios», que el neófito se compromete por *juramento* a no revelar jamás a los profanos. Se considera, además, que los ritos iniciáticos tienen una eficacia inherente que no depende de lo que en sí mismo vale el individuo que los realiza: lo que cuenta es la función y no el que la desempeña (así como los «sacramentos» religiosos no dependen del valor moral del sacerdote que los confiere). Por otra parte, han de observarse hasta en sus menores detalles, sin lo cual no puede obtenerse ningún resultado efectivo. Pero —diferencia capital— a la inversa

del bautismo cristiano, por ejemplo, que obra sean cuales fueren las disposiciones del neófito, el rito iniciático queda sin efecto si no se confiere a un individuo *iniciable*, susceptible de ser iniciado. Por último, siempre acuden al *simbolismo*: todo rito posee además un sentido simbólico en todos sus elementos constitutivos, sentido que únicamente los «iniciados» son capaces de interpretar, al menos en principio; e inversamente, «todo símbolo produce, para el que lo medita con las disposiciones necesarias, efectos rigurosamente comparables a los de los ritos» (R. Guénon). Por ahí se encamina la iniciación hacia el *conocimiento*.

3. *La jerarquía iniciática*: en tanto que el «místico» alcanza en seguida la plenitud de la intuición, el iniciado adquiere el conocimiento solo progresivamente: la «vía iniciática» es —dícese a menudo— «activa», «larga» y «laboriosa» para el individuo que la aborda. De ahí la existencia de una *jerarquía* en todas las organizaciones iniciáticas: los diversos «grados» marcan las etapas sucesivas de la Iniciación, los grados relativos de perfección alcanzados por los iniciados. Toda una organización, a menudo muy complicada, preside la elección de los adeptos y el respeto de las tradiciones; en la ejecución de los ritos y en su descubrimiento progresivo a los afiliados se observa una gradación minuciosa…

Iniciación y esoterismo. La palabra «esoterismo» procede del griego *eisôtheô* (literalmente: «hago entrar»), y el significado del término se desprende inmediatamente de su etimología: «Hacer entrar es abrir una puerta, ofrecer a los hombres del *exterior* que penetren en el *interior*; simbólicamente, Trabajo de "realización" que el individuo debe cumplir. Impregnación del subconsciente es revelar una verdad escondida, un sentido oculto. De hecho, todos esos sentidos están contenidos en ese vocablo que significa

exactamente una *doctrina secreta*, una explicación del mundo revelada en una asamblea selecta, aislada del exterior y de la multitud, y muy a menudo de la boca al oído» (J. Marqués Riviére).

1. Hemos visto que la iniciación no es en sí misma conocimiento, y que los diferentes «Misterios» jamás consistieron en la exposición dogmática de una *doctrina*, sino en una serie de *ritos* y operaciones destinadas a dar al individuo la sensación de una muerte, seguida de una resurrección, de un «nuevo nacimiento». Sin embargo, a través de la asombrosa plasticidad de los *símbolos* utilizados por los diversos rituales, ceremonias, técnicas, leyendas sagradas y representaciones iniciáticas, puede encontrarse toda una serie de temas que hacen menos tensos los ritos y las pruebas en la mayoría de los Misterios, temas implícitos, variables, aunque muy próximos unos de otros, con que se puede hacer una suerte de fenomenología. Lo que debe señalarse es que todas las iniciaciones comienzan con un «viaje» en las tinieblas, en el curso del cual se ofrecen escenas aterradoras a las miradas del recipiendario, se le aplican diversas «pruebas» destinadas a darle la sensación de que muere. «El alma, en el momento de la muerte —decía ya Plutarco—, experimenta la misma impresión que los que están iniciados en los grandes Misterios. Primero son carreras al azar, peligrosos recodos, marchas inquietantes y sin fin a través de las tinieblas. Luego, antes del final, el terror llega al colmo: escalofríos, temblores, sudores fríos, espanto». La impresión de *muerte* se obtiene empleando métodos más o menos brutales, por medios sumamente diversos; pero existe siempre. Le sigue casi inmediatamente una subida hacia la luz, una iluminación brusca; como dice igualmente Plutarco, «pero luego se ofrece a los ojos una luz maravillosa,

se pasa por lugares puros y prados en los que retumban las voces y las danzas; palabras sagradas, apariciones divinas, inspiran religioso respeto. Entonces el hombre, ya perfecto e iniciado, hecho libre y paseándose sin impedimento, celebra los Misterios». Ese esquema fundamental («bajada» y luego «subida»), expresado en una multitud de símbolos diferentes, pero análogos, puede aplicarse a gran número de mitos y creencias. En los trabajos de P. Gordon y G. Persigout (véase Bibliografía), se encuentran notables tentativas por hallar la *significación* última del proceso iniciático; he aquí dos interpretaciones complementarias: las fases de la Iniciación reproducirían simbólicamente las del *proceso cosmogónico* (nacimiento del universo), la organización del caos por la Luz; sería también una especie de *regeneración* ficticia del ser, de reintegración a las prerrogativas que la humanidad ha perdido por la caída de Adán: por la Iniciación, los «iniciados» volverían a colocarse en las condiciones requeridas para alcanzar el Conocimiento perfecto… La Iniciación *completa* sería a la vez, según G. Persigout.

1. *Purificación* del ser, que «muere» a sus deseos profanos para llegar a ser una criatura perfecta: es la «Gran Obra espiritual» de los alquimistas[6].
2. *Iluminación*, que da el medio de encontrar la «Palabra perdida», de llegar al Conocimiento que nuestros antepasados perdieron.
3. *Reintegración* simbólica en los privilegios que el individuo poseía en el origen, antes de la caída.

2. Si las múltiples formas de iniciación ofrecen cada una distinta interpretación del esquema bajada-subida, muerte-resurrección, hay un tema sobre el cual todas están de acuerdo: el de la Sabiduría perdida: «Los reflejos del Conoci-

miento —escribe G. Persigout— brillan en el corazón de los Hombres, como en un espejo roto, cuya deformación aumenta por el hecho de que cada uno de los trozos dispersos se toma por un todo». De ahí la idea varias veces expresada de una *Tradición secreta*, trasmitida en las diversas épocas y en formas diferentes a toda una serie de Reveladores sucesivos, de modo que todas las religiones procederían, en realidad, de la misma Fuente… En nuestros días es sobre todo Rene Guénon[7] quien ha desarrollado la antigua concepción según la cual el esoterismo es algo anterior a la religión establecida: «donde la toma como soporte —escribe— en cuanto medio de expresión o de realización, no hace más que unirla efectivamente a su principio, y en realidad representa, frente a ella, la Tradición anterior a todas las formas exteriores particulares, religiosas u otras». La necesidad de atribuirse una tradición sumamente remota —hasta concebida como anterior al mundo en que vivimos— es común a todos los esoterismos; de ahí el problema de la «filiación iniciática»: cada agrupación ha intentado probar su fabulosa antigüedad gracias a la idea de una *sucesión regular e ininterrumpida* de adeptos, que forman una especie de «cadena» (cf. la preocupación de las Iglesias cristianas por establecer la «sucesión apostólica» de sus vicarios). A esta transmisión «horizontal» en el tiempo, por la conservación del patrimonio original a través de los estadios sucesivos de la humanidad, algunos agregan hasta una transmisión «vertical», intemporal, es decir, lo «suprahumano» a lo humano: esta idea de una «Iglesia invisible» y oculta a los profanos, depositaría de la tradición, se encuentra en los Rosa-cruces del siglo XVII y entre numerosos autores contemporáneos, como R. Guénon, que desarrolla la idea de los «centros espirituales», vinculados estos

«a un centro supremo que constituye el depósito inmutable de la tradición primordial[8]».

3. A la luz de lo que su iniciación les ha sugerido, muchos afiliados a sociedades secretas han desarrollado *sistemas filosófico-religiosos*, donde se encuentran las mismas ideas fundamentales:

   Como todos los ocultistas, los pensadores da ese género se han visto atormentados por los *problemas* más abstrusos: ¿Por qué hay algo, en lugar de totalmente nada? ¿Cómo fue creado el mundo? ¿Por qué existimos? ¿Por qué reina el mal en la tierra? ¿Cuál será la suerte del hombre y del universo?… Desde el principio el hombre ha querido conocer las causas de su origen, el fin de su existencia y su destino después de la muerte; y en todos los tiempos hubo sociedades secretas cuyos afiliados pretendieron estar en condiciones de comprender las leyes que rigen al mundo, y poseer el Secreto inefable que permite resolver el problema fundamental. «*¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos?*»: he ahí los tres interrogantes cruciales que se han planteado a muchas mentes, junto con el deseo innato que tiene el hombre de poseer un *poder* sin límites.

Sed de conocimiento integral, voluntad de poderío sobrenatural: tales son —escribe R. Le Forestier— las fuentes profundas de donde surge el Ocultismo, sean cuales fueren las formas que este adopte: «teología, teúrgia, magia anti-demoníaca, astrología o alquimia». Por lo demás, *al margen de la iniciación* misma, hubo también, en el pitagorismo o ciertas Gnosis por ejemplo, una verdadera *enseñanza secreta*, la divulgación de una doctrina a un círculo de auditores selectos. Pero es un error confundir «iniciación» y «doctrina secreta». (Así, la Cábala es una filosofía secreta, y no una «iniciación»).

En lo que se refiere a los *sistemas* mismos, que son teosofías que hacen amplio uso de los *símbolos* y de los *mitos*, únicos medios de explicar lo inefable, pueden parecer sumamente frondosos y extravagantes[9]. Pero es fácil descubrir su *articulación* general, que siempre responde al esquema: ¿Cómo han sido creados el universo y el hombre? ¿Cómo está constituido el mundo actual, y cuál es en este el lugar del ser humano? (o: «el *principio*, el *medio* y el *fin* de los tiempos»). En suma, son verdaderas «Filosofías de la Historia», tomando ese término en un sentido muy lato. En cuanto a las *teorías*, se encuentran casi todas las tesis clásicas del Ocultismo: el principio del mundo sobrenatural verdadera causa del mundo natural, pues lo que cae bajo el control de los sentidos es «un conjunto de cosas invisibles manifestadas visiblemente»; la analogía entre el universo, el «gran mundo» (*macrocosmo*) y el hombre, el «pequeño mundo» (*microcosmo*); las teorías sobre la Creación, que muy a menudo acuden a la unión de un principio masculino y de un principio femenino y hallan la antigua doctrina del *Huevo del mundo*, que contiene desde el comienzo, en estado de gérmenes, todos los seres que se desarrollarán y luego se diferenciarán mediante múltiples despliegues…

Esas corrientes de pensamiento designadas con el nombre general de *Ocultismo* han ejercido una influencia mucho más importante de cuanto a simple vista pudiera creerse: desde la más remota antigüedad ha existido una sucesión ininterrumpida de organizaciones más o menos secretas cuyos adeptos cultivaron las «Ciencias misteriosas»[10]; se halla igualmente un eco más o menos lejano en ciertas ceremonias religiosas, así como en diversas tradiciones populares. Sobre el particular pueden indicarse aquí las relaciones entre las organizaciones iniciáticas y las *religiones «positivas»*: estas últimas son, por su proselitismo, instituciones exotéricas, es decir, abiertas a todos sin distinción, en tanto que las Sociedades iniciáticas son *esotéricas*, es decir, reservadas,

en principio, a los que poseen una calificación particular. En ciertos casos, el *exoterismo* y el esoterismo coexisten en el seno de un mismo grupo; entre los mormones, para tomar un ejemplo moderno, existen dos clases de ritos: los ritos *públicos*, accesibles a todos, y los ritos *sagrados* practicados en los templos, a los cuales solo pueden asistir los sacerdotes[11]. Pero, muy a menudo, las Iglesias empeñaron una lucha sin cuartel contra los cultos «secretos» y las doctrinas reservadas a «iniciados»: basta con recordar la lucha despiadada que el catolicismo llevó, desde su fundación, contra el esoterismo y los cenáculos iniciáticos.

La Iniciación y las Sociedades secretas entre los Primitivos. El caso de los pueblos llamados *primitivos* (que, según los ocultistas, serían al contrario sociedades *regresivas*, degeneradas, en que la mentalidad llamada «prelógica» representa los vestigios más groseros de la «palabra perdida») es de los más interesantes. La iniciación existe en dos grados:

1. Hay primero una iniciación común a todos los miembros de la tribu: son los *ritos del paso*, que marcan la mutación brusca de la infancia al estado adulto. Se somete a los jóvenes, en el curso de una ceremonia pública que sobreexcita su imaginación, a pruebas físicas a menudo crueles (tatuajes, mutilaciones, etc.), sufridas con mucha frecuencia luego de un ayuno total muy prolongado. Todo esto apunta a mantener en los adolescentes un estado de alelamiento y temor de naturaleza hipnótica, en el curso del cual se enseñan a los neófitos las creencias fundamentales de la tribu. Hay en eso estrecha alianza entre las técnicas de gobierno y la magia, donde el orden social refleja fielmente el orden cósmico de la naturaleza. (La supervivencia lejana de esos «ritos de paso» se encuentra en las «novatadas» que en muchas grandes escuelas infligen los «antiguos» a los «nuevos»,

así como en la tendencia, mantenida en la sociedad moderna, de solemnizar la mayoría de edad).

2. Pero existen igualmente, entre los primitivos, auténticas *Sociedades secretas*: los etnólogos han descrito, en África central, por ejemplo, numerosas asociaciones de brujos y de fetichistas, asociaciones a menudo rivales, cada una de las cuales posee un sistema de signos secretos de reconocimiento, una mitología particular y ceremonias distintas, a veces sangrientas.

Plan de estudio. Es necesario limitarse a algunos ejemplos característicos, tanto más cuanto que las agrupaciones cuya influencia ha sido real son, en verdad, de número bastante restringido. Seguiremos el plan siguiente:

1. *Las «organizaciones iniciáticas»*. (Preferimos el término «organizaciones», puesto que esos grupos, como hemos visto, son más bien *cerrados* que verdaderamente *secretos*). Cierto es que Oriente, particularmente China, las Indias y el Tibet, poseen gran número de ritos esotéricos, cultos de Misterios[12] sin contar las agrupaciones con fines sobre todo políticos… Pero la tarea superaría los límites de esta obra, y estudiaremos, en el orden *cronológico*, las agrupaciones iniciáticas *del mundo mediterráneo*, limitándonos a las principales:

    Los Misterios de la Antigüedad: Egipto, Grecia, Imperio romano;
    El esoterismo islámico;
    Las iniciaciones en el mundo medieval de Occidente;
    Los Rosacruces;
    La Francmasonería.

2. *Las «Sociedades secretas políticas»*: son más conocidas por el público que las precedentes. Nos contentaremos, pues, con dar los ejemplos más destacados, luego de haber estudiado las características generales[13].

PRIMERA PARTE
LAS ORGANIZACIONES INICIÁTICAS

Capítulo 1
LAS RELIGIONES DE MISTERIOS EN LA ANTIGüEDAD

I. Egipto

Nos interesa aquí el aspecto iniciático de la religión egipcia, el esoterismo cultural y sus misterios, que, por lo demás, no podemos elucidar completamente; aún quedan puntos oscuros en la religión egipcia.

La religión egipcia, religión esotérica. Puede afirmarse con énfasis: la religión egipcia fue una religión *esotérica* por excelencia, cuyos ritos eran sustraídos a la vista del pueblo, al menos en su parte esencial. El templo egipcio era fundamentalmente distinto de una iglesia moderna, que está abierta a todos, aun a

los incrédulos: los «profanos», los que no formaban parte del sacerdocio, no podían entrar en el santuario del dios o de la diosa (fig. 1).

Después de un patio público había una sala cuyo techo soportaban numerosas columnas (de ahí el nombre de «sala *hipóstila*», literalmente: «bajo las columnas»). Esta parte del templo, donde los fieles depositaban sus ofrendas al dios, era accesible bajo ciertas condiciones. Luego, seguía el santuario, al que solo podían entrar los sacerdotes: los *Colegios sacerdotales* eran los únicos depositarios de los ritos, de los símbolos y de las doctrinas de la religión.

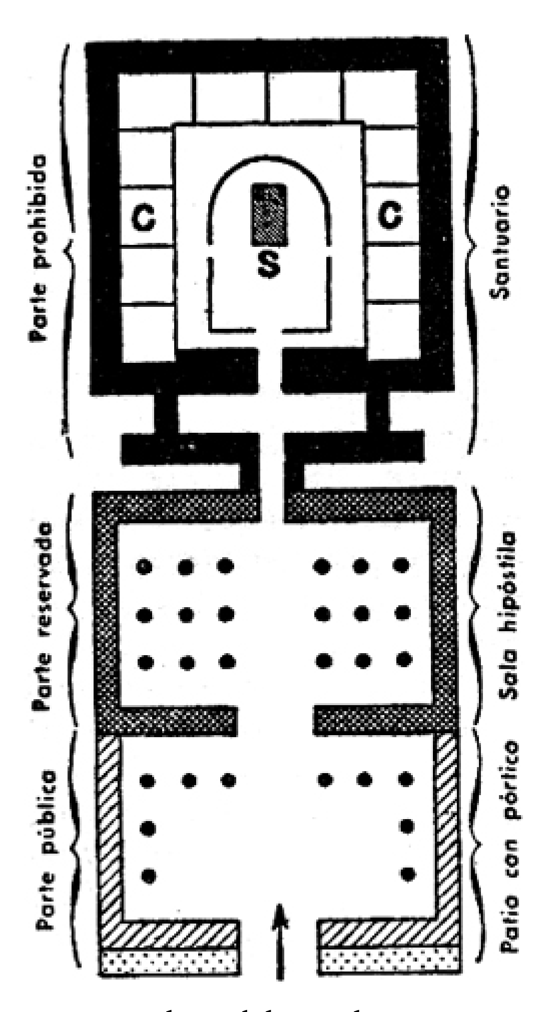


Fig. 1. Plano del templo egipcio.

Los ritos iniciáticos: el mito osírico. En los santuarios se desarrollaba un ritual sumamente complejo, casi siempre consagrado a un mito central: la leyenda de *Osiris*, cuya *muerte y resurrección* simbolizaban el ritmo de las estaciones. Osiris, el dios-hombre, y su hermana-esposa, *Isis*, eran las dos divinidades más populares del antiguo Egipto, y su culto, particularmente el de Isis, había de difundirse más tarde en toda la cuenca del Mediterráneo. Alrededor del mito de *Osiris*, muerto y descuartizado por su hermano *Seth*, y luego resucitado gracias a los poderes

mágicos de su mujer *Isis*, giraba la mayoría de los ritos de iniciación. Osiris, el dios que muere y resucita, encarnaba a un tiempo:

> La vegetación, que se corrompe en la tierra y renace en primavera;
> El Sol, que parece desaparecer y reaparece a la mañana siguiente;
> El dios que ha conquistado la inmortalidad y, como tal, juzga a los hombres después de muertos.

En él había de tomar ejemplo el iniciado: después de la muerte, el hombre podía «devenir otro Osiris», adquirir, como ese dios, existencia eterna; pero el iniciado podía, en esta vida, deificarse, morir simbólicamente, para renacer a una existencia divina.

Morir para renacer, tal era la lección que enseñaba el mito osírico.

La leyenda se ponía en acción en los santuarios, en el curso de ceremonias secretas, durante las cuales los miembros de la jerarquía sacerdotal eran actores en una serie de espectáculos simbólicos, destinados a dar al iniciado la sensación de que moría y luego renacía a una existencia inefable. En la época romana, las *pruebas* iniciáticas daban lugar a una imponente representación, que nos relata Apuleyo: «Me acerqué a los límites de la muerte —nos dice—; pisé el umbral de Proserpina (es decir, la muerte), y volví pasando por todos los elementos; en medio de la noche, vi brillar el sol con su deslumbrante resplandor; me acerqué a los dioses infernales, a los dioses celestiales; los contemplé cara a cara; los adoré de cerca».

Simbolismo y doctrina. La Simbólica egipcia es aún, a pesar de los numerosos trabajos de los egiptólogos, bastante mal cono-

cida. Como no podemos examinar todos los curiosos emblemas que se encuentran en los templos egipcios mencionemos simplemente los símbolos que más a menudo se asociaban a las figuraciones de la diosa Isis: los cuernos, el globo, el cántaro, la media luna, el niño al que está amamantando, el vestido que le llega hasta los pies, la barca, la hoz, y el Ankh, o cruz ansada (o cruz de San Antonio), cuyo significado sigue siendo misterioso; sin embargo, el ocultista Enel[14] da la siguiente interpretación: «Es el símbolo de la vida eterna, el circuito vital irradiado por el Príncipe que baja a la superficie (sobre la pasividad que él anima); penetra en las profundidades hasta el infinito, lo que está expresado por la línea vertical».

En lo que respecta a las *doctrinas secretas* de los sacerdotes egipcios, que tenían sin duda conocimientos bastante adelantados hasta en el terreno científico (cf. los problemas planteados por las *Pirámides*), son relativamente bien conocidas de los historiadores. No podemos entrar en los detalles, y hemos de conformarnos con citar algunos rasgos de esas síntesis doctrinales, en que se hallan reunidas casi todas las doctrinas clásicas del esoterismo: la organización del mundo por la acción de un Demiurgo ígneo, manifestándose fuera del caos primordial, de las Aguas tenebrosas; la aparición de las potencias divinas por parejas sucesivas compuestas por un dios y una diosa[15]; la generación múltiple de estos en el seno de la gran Unidad, que permanece siempre idéntica a sí misma; la posibilidad de una identificación del alma humana con el principio de que procede…

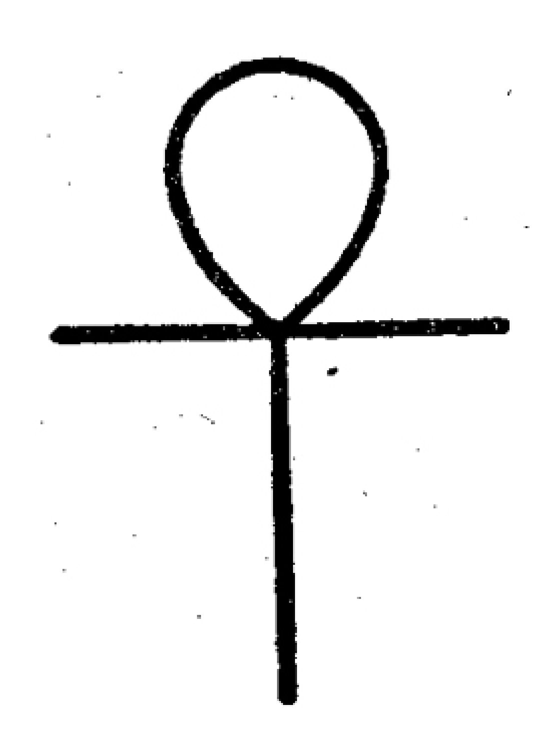


Fig. 2. Cruz ansada.

La teología, egipcia ejerció gran influencia sobre el pensamiento religioso cuando *Alejandría* llegó a ser el principal centro intelectual del mundo antiguo; las huellas se encuentran fácilmente en ciertas Gnosis[16], en los diferentes Misterios del imperio romano y, según parece, hasta en el cristianismo: según ciertos autores, en el culto de Isis estaría el origen del culto cristiano de la *Virgen*, pues la diosa egipcia era la simbolización de la Naturaleza, siempre fecundada, pero siempre virgen (cf. las *Vírgenes negras*)…

II. Grecia

Durante mucho tiempo se consideró a Grecia como la tierra donde floreció sobre todo lo que se llama «el espíritu clásico»; el gusto del orden y de la armonía, el sentido del equilibrio… En realidad hay pocos países donde el esoterismo y las religiones de los Misterios hayan proliferado más: según la expresión de Nietzsche, al lado del espíritu «apolíneo» floreció el espíritu «dionisíaco» bajo sus múltiples formas.

Dioniso. El culto de *Dioniso* es una de las más antiguas religiones de Misterios de Grecia; C. Autran lo hace llegar a la época prehelénica, atribuyéndole un substrato religioso indoiranio. (Dioniso es *Div-an-aosba*, el dios ario de la «bebida de inmortalidad», el *páredro* de la gran *Diosa-Madre* que se encuentra en todo el Mediterráneo prehelénico). Quizás habría que agregar fuertes influencias egipcias, pues la pareja Dioniso-Deméter recuerda la pareja Osiris-Isis… Sea como fuere, se comprueba la existencia, en todas las partes del mundo helénico, de Colegios, asociaciones secretas o tíasos, que celebraban a Dioniso con un culto exaltado, eco prolongado de antiguos cultos agrarios que simbolizaban la Primavera: danzas con carácter sexual muy acentuado, ebriedad colectiva, sacrificios sangrientos, prácticas mágicas diversas… Análogos a esos Misterios dionisíacos, eran los de *Sabazio* y su *páredra Anaitis*, cuyo ritual se parecía a los misterios frigios de *Atis* y de cuya influencia había de ser, más tarde, tan grande sobre el paganismo romano.

Los Misterios de Eleusis. De carácter más oficial eran los *Misterios de Eleusis* (cerca de Atenas), consagrados a *Deméter*; su finalidad era celebrar la unión de *Zeus* y de la diosa, es decir, del Cielo y de la Tierra, y de renovarla místicamente para asegurar y promover la fecundidad de la naturaleza. Lo que en ellos se encontraba, como por lo demás en todos los Misterios antiguos, no era una enseñanza, sino *espectáculos* simbólicos, pues la parte cen-

tral de esos misterios era la reconstitución de las bodas de Zeus y Deméter. Se distinguían los «pequeños» y los «grandes» misterios, en los que se hacían iniciar sucesivamente; de ahí la distinción de dos clases de iniciados: los *mistos* y los *epoptos*.

El Orfismo y el Pitagorismo. Mencionemos también los Misterios de *Orfeo*, centrados alrededor del mito de Zagreo (idéntico a Dioniso), desgarrado y resucitado. La cosmogonía órfica se parece bastante a las doctrinas egipcias o hindúes. En ella se ve a la Noche producir el *Huevo del mundo*, cuyas dos mitades forman el Cielo y la Tierra, y de donde nace el *Eros* luminoso, principio de vida[17]… Pero lo que da al estudio del Orfismo el mayor interés son sus doctrinas sobre la *Salvación* del alma, que, encerrada en el cuerpo como en una prisión, transmigra continuamente de un ser a otro en un ciclo sin fin; la iniciación, junto con la abstinencia y el renunciamiento, permiten romper el «ciclo infernal» de los renacimientos: «Los hombres descienden de los titanes, nacieron de las cenizas de esos enemigos del dios, fulminados por Zeus en castigo de su crimen; por consiguiente, su naturaleza comporta un elemento malo, que a veces se designa como terrestre. Pero también comporta un elemento divino o celeste, pues los titanes habían devorado al hijo de Zeus. Sin admitir formalmente la noción de la caída o del pecado original, ese dualismo atestigua la idea de una mácula impresa a la especie humana y, por ese medio, plantea los términos de un problema de salvación… El ciclo sin fin de los renacimientos es la eternidad del dolor; se trata de librarse de él, y esa liberación es la finalidad de la vida órfica…» (L. Gernet y A. Boülanger). El Orfismo parece haber influido fuertemente en Platón, y por lo demás podemos preguntarnos si el famoso mito de la Caverna, en la República, no relata una iniciación practicada por una secta órfica a la que pertenecía Platón.

No olvidemos, por supuesto, el *Pitagorismo*, estrechamente allegado al Orfismo, y al que a menudo se ha comparado con la Masonería. Es sabido que esta Orden pitagórica, cuya fundación remontaba al Sabio legendario, cultivaba a la vez las especulaciones místicas (principalmente la aritmología), las ciencias y también la política, pues la Hermandad tomó en un momento el poder en varias ciudades griegas del sur de Italia y de Sicilia. Las tradiciones pitagóricas son demasiado conocidas para que las estudiemos aquí: todos han oído hablar, poco o mucho, de la «regla del silencio», de la división en dos categorías de adeptos y otros rasgos característicos…

III. El Imperio romano

Los primeros cuatro siglos de la era cristiana vieron un gran desarrollo de los cultos de Misterios y de las organizaciones iniciáticas de toda especie. Se asistió a la renovación, y aun a la resurrección, de antiguos cultos y antiguas doctrinas, así como al nacer de nuevos movimientos. La metrópoli intelectual de ese período había de ser Alejandría. (También en esto daremos sólo un boceto general, pues para tratar convenientemente todos los problemas se necesitarían varios tomos voluminosos).

Desarrollo de los antiguos Misterios. A medida que las mentes quedaban menos satisfechas con la religión romana, muy formalista, se comprobaba la invasión creciente del paganismo por los *cultos orientales*, que respondían a la búsqueda de la salvación; los *Misterios* se multiplicaban: Misterios de Dioniso, de Hécate, de la Gran Madre, de Serapis, de Cibeles, de Isis… El culto

de *Isis*, particularmente, se desarrolló, y subsistió mucho tiempo frente al cristianismo. Conocemos el ritual de iniciación en esos misterios de Isis sobre todo por Plutarco, y también por Apuleyo, en su célebre novela *Las Metamorfosis* o *el Asno de oro*. Toda una doctrina esotérica podía apoyarse en esos Misterios: «Los vestidos de Isis están teñidos con toda clase de colores abigarrados, porque su poder se extiende sobre la materia que recibe todas las formas y sufre todas las vicisitudes, puesto que es susceptible de ser luz, tiniebla; día, noche; fuego, agua; vida, muerte; principio y fin. Pero la túnica de Osiris no presenta ni sombra ni variedad; sólo tiene un color puro, el de la luz. El Principio, en efecto, está virgen de toda mezcla, y el Ser primordial e inteligible es esencialmente puro»[18]. Las doctrinas isíacas ejercieron muy fuerte influencia sobre las corrientes de pensamiento de entonces, y los ocultistas nunca dejaron de aludir a la inscripción famosa del templo de Isis en Sais: «Soy lo que fue, es, o será, y ningún mortal ha levantado mi velo…».

Paralelamente se desarrollaban el *neoorfismo* y también el *neopitagorismo*, cuyo profeta fue el misterioso Apolonio de Tiana, especie de conde de Saint-Germain griego[19]; en templos secretos se destinaban toda una serie de ritos misteriosos, atribuidos al propio Pitágoras, para dar al iniciado la impresión de que se comunicaba con la esencia divina, indivisa y sin mezcla, sustrayéndose de ese modo a la fatalidad inexorable de las leyes físicas… En el siglo IV, la filosofía religiosa estaba enteramente invadida por la teúrgia, las ciencias ocultas, la alquimia y los ritos iniciáticos extraños o terroríficos; un inmenso trabajo místico, se producía en los Colegios culturales del mundo mediterráneo: «Podemos situar —nos dice J. Marqués-Riviére— el lugar de esa profusa trasformación en Egipto; los antiguos himnos, los encantamientos, las antiguas magias de los templos, las fórmulas

misteriosas, las recetas secretas se amontonaban, llevados por las corrientes místicas nacidas en Grecia, en Irán, en Palestina, en el valle del Nilo. Se encuentra al dios bíblico Iao-Sabaoth que se identificará con el dios asiático Sabazio, Orfeo que será crucificado como Jesucristo… Sincretismo más mágico que filosófico, por lo demás, amontonamiento de técnicas, de fórmulas eficaces, forma preliminar de lo que llegará a ser la Gnosis cristiana». De esa mezcla, confusa, pero grandiosa, de ideas, de sentimientos y de ritos, el cristianismo no podía dejar de retener numerosos elementos[20].

Mitra. Hay que hacer un lugar aparte a la religión de *Mitra*, de origen iranio, traída al Imperio por legionarios romanos. Esta religión del dios solar fue la mayor rival del cristianismo antes del triunfo definitivo de este. El culto se celebraba en santuarios subterráneos, la mayoría de las veces grutas. Los iniciados, que disponían de signos secretos de reconocimiento, formaban una jerarquía de siete grados: Buitre (*corax*); Oculto (*cryptius*); Soldado (*miles*); León (leo); Persa (*perses*); Correo del Sol (*heliodromus*); Padre (*pater*). Las pruebas a que se sometía al postulante eran conocidas por su severidad. Las mujeres no podían ser iniciadas[21]. Esta religión fue combatida con saña por la Iglesia cristiana triunfante, que veía en ese culto un rival muy peligroso: como el cristianismo, el mitraísmo interponía un mediador entre la Divinidad suprema y el hombre; veamos la oración que el neófito dirigía a Mitra: «¡Salve, Señor, dueño del agua, salve, soberano de la tierra, salve, príncipe del espíritu! Señor, vuelto a la vida, la paso en esta exaltación, y en esta exaltación muero; nacido al alumbramiento que da la vida, soy liberado en la muerte y paso en la vía por ti ordenada, según la ley que has establecido y el sacramento que has instituido».

El esoterismo cristiano: la Gnosis y el Maniqueísmo. Los autores católicos negaron siempre que la religión cristiana primitiva comportara un culto secreto y doctrinas esotéricas. Sin embargo, el *Nuevo Testamento* posee ciertos textos bastante perturbadores (cf. el Evangelio de San Juan y alguna Epístola de San Pablo, así como el *Apocalipsis*). Sea lo que fuere de este problema muy controvertido, no es menos cierto que ha existido cierto número de cristianos que, deseando ir más allá de la Fe, buscaban el Conocimiento (*Gnosis*) perfecto, que va más allá de las apariencias sensibles y permite explicar la razón de ser de todas las cosas. «¿Qué es —escribe H. Ch. Puech— una Gnosis sino un conocimiento (el vocablo griego *gnosis* no significa otra cosa), pero un conocimiento que no solo está entera mente dirigido hacia la búsqueda de la Salvación, sino además, al revelar al hombre a sí mismo y al desvelarle la ciencia de Dios y de todas las cosas, le trae la salvación, o mejor, es por sí mismo Salvación?». Es decir, que el término Gnosis puede aplicarse a gran número de sistemas teosóficos, que han sido sostenidos en todas las épocas y en las más diversas religiones: las aspiraciones «gnósticas» reaparecen sin cesar en el pensamiento religioso, pues siempre hay hombres que quieren librarse de los lazos de la materia para elevarse hasta la Causa primera, hasta el Dios, desconocido… Sin embargo, en sentido restringido, la *Gnosis*, o, más exactamente, el *Gnosticismo*, designa el vasto movimiento que se desarrolló, durante los primeros siglos de nuestra era, en el seno del cristianismo. Aquellos «Gnósticos», que decían ser los depositarios del Conocimiento perfecto y salvador, disimulado bajo los símbolos de los Libros santos, transmitido oral y secretamente por los Apóstoles y las Santas mujeres (herederos de la tradición misteriosa traída por Cristo), no formaban un cuerpo homogéneo, sino que estaban divididos en gran número de pequeños grupos, de cenáculos, de capillas, de conventículos, de sociedades secretas, mante-

niendo relaciones unos con otros, pero a veces opuestos entre sí[22].

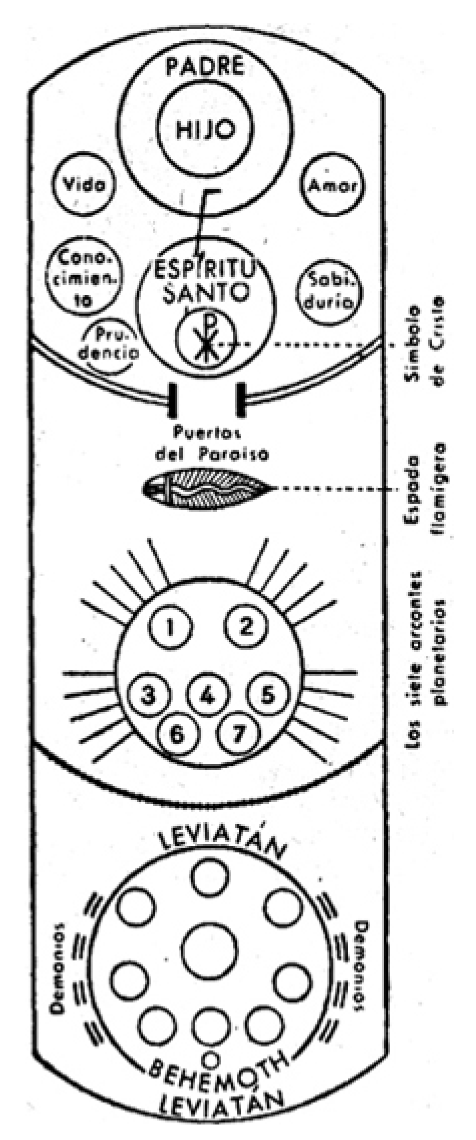


Fig. 3. Diagrama de los ofitas (según J. P. Arendzen).

Las *doctrinas* gnósticas, cuyos orígenes son aún bastante mal conocidos (se hallan elementos egipcios, iranios, griegos, judaicos, etc.), presentan diferencias bastante sensibles de un doctor a otro, de una secta a otra, y se necesitarían numerosas páginas so-

lo para enumerarlas. No obstante, puede encontrarse en ellas cierto número de rasgos comunes: superioridad del conocimiento sobre la fe y las obras para asegurar la salvación del hombre (cf. la distinción de Valentín entre los «*hílicos*», hombres materiales entregados a la perdición, los «*psíquicos*», hombres que se salvan por sus buenas acciones, y los «*neumáticos*» [del griego *Pneuma* «Espíritu»] o Gnósticos, que son los únicos capaces de llegar a la plenitud de la iluminación); emanación, del seno del Ser misterioso e insondable, del universo, por muchísimos intermediarios (*los Eones*), de los cuales el último es por lo general un «Demiurgo» malo o simplemente inferior, que ha creado el mundo sensible en que vivimos; posibilidad que tiene el iniciado de volver a su Fuente primera desarrollando el germen divino que hay en él, pues la iluminación interior (traída por el Espíritu Santo, que es «Dios en su aspecto activo, iluminador y salvador») nos da a conocer «dónde estamos y qué somos, de dónde venimos y adonde vamos» (H. Ch. Puech)… Todas esas especulaciones nacieron de una misma intuición fundamental: la angustia ante el problema del mal, el deseo de explicar cómo un mundo imperfecto y finito pudo ser creado por un Dios infinito y perfecto.

En lo que se refiere a la *iniciación* entre los Gnósticos, cuyos grupos eran, en suma, sociedades secretas[23], el historiador puede tener un conocimiento bastante preciso: al neófito lo iniciaban en las doctrinas de la secta por grados sucesivos, luego de pruebas; pero sobre todo había ritos iniciáticos propiamente dichos: sacramentos, fórmulas mágicas, «santo y seña», que debían abrir al alma, en su ascensión hacia el Cielo después de la muerte, libre paso a través de las siete esferas planetarias, custodiadas por «arcontes» hostiles. Había, naturalmente, signos de reconocimiento entre iniciados… En el culto secreto se empleaba toda clase de objetos rituales: los *diagramas* (fig. 3) resumiendo las doctrinas; las gemas conocidas con el nombre general de *Abraxas*

(pues la mayoría llevaba grabada la palabra *Abraxas*, término mágico del cual la suma de los valores numéricos de las letras da 365): se observan figuras esquemáticas, personajes simbólicos (por ejemplo, un ser con cabeza de gallo, busto y brazos de hombre, piernas formadas por dos serpientes, con un broquel en una mano y en la otra un látigo), animales alegóricos como la serpiente que se muerde la cola (*Uróboros*) o el escarabajo, diversos motivos como un hombre o una mujer, el disco solar, la media luna y las estrellas, etc. Las gemas sirvieron de talismanes; pueden reconocerse igualmente alusiones a los ritos y a las creencias de las sectas que las usaron, y las joyas señalaban los diferentes grados de la jerarquía iniciática, que a su vez correspondía a las etapas de la liberación del alma[24].

El gnosticismo se propagó en todo el Imperio romano, a pesar de la polémica encarnizada que los Padres de la Iglesia sostuvieron. Debe notarse también un movimiento nacido de la Gnosis, pero que, a la inversa de esta, constituyó una Iglesia, animada de un espíritu de proselitismo y de conversión: el *Maniqueísmo*, doctrina del reformador persa Maní (216-276), religión universal, conquistadora, que extendió su influencia tanto en Occidente como en Oriente, penetrando hasta en China y en el Turquestán. Los maniqueos formaban dos categorías: los Auditores o Catecúmenos, por una parte; los «Elegidos», por la otra, que estaban sujetos a riguroso ascetismo. Esa división se encontrará entre los «Creyentes» y los «Puros» en los *Cátaros* o Albigenses (véase el cap. III)[25]. Estamos bien informados sobre la doctrina maniquea, la forma más radical que existe de dualismo entre los Principios del Bien y del Mal. Los ritos, el culto secreto que celebraban los *Elegidos* se conocen igualmente bastante bien: eran ceremonias, sacramentos muy simples, al revés de los ritos complicados de los otros Gnósticos.

La Gnosis ha sido siempre la gran tentación de muchos espíritus religiosos: muchos hombres se han visto acosados por el eterno problema del Bien y del Mal; otros han querido poseer el Conocimiento perfecto, que explica ría todo, respondería a todas las preguntas «¿por qué?»; También hubo quienes sintieron la atracción de las ceremonias misteriosas… La Iglesia católica nunca dejó de tener que combatir esas tendencias «heterodoxas». Si, luego de su triunfo, consiguió destruir el mayor número de las obras —muy numerosas— escritas por aquellos «heréticos», resultó en vano; la tradición gnóstica jamás dejó de ejercer su influencia, pero de manera secreta, lejos de las miradas; y el eco lejano, siempre vivaz, se encuentra en ciertos ritos y símbolos de la Masonería[26].

Capítulo 2
EL ESOTERISMO ISLÁMICO

Organizaciones ortodoxas. Como todas las religiones, el Islam tuvo, desde el origen, sus místicos, unos ortodoxos, otros heréticos; entre los primeros, fueron los *sufitas* quienes desarrollaron las Sociedades secretas de iniciación, aun cuando permanecían fieles a los preceptos coránicos. Aún hoy existe gran número de sociedades secretas musulmanas, principalmente en el norte de África. Estas sociedades tienen al frente un *Jeque*, señor absoluto, que reside por lo general en la *Zawiya* donde se halla la tumba del fundador de la Orden. A sus órdenes se encuentran los *mokaddem*, que van a lo lejos a conferir la iniciación (*werdi*) a los neófitos; las instrucciones se cretas se les trasmiten siempre verbalmente. He aquí, en lo que se refiere a los fines de esos grupos, la declaración de uno de sus miembros contemporáneos con quien conversó P. Geyraud: «Los afiliados deben esforzarse por seguir el *trik* (tariq), la vía, que, por etapas, los lleva a la perfección, gracias a las reglas, prácticas, fórmulas y signos especiales de cada congregación. Cada una constituye lo que se llama el *Ahl-as-Sílsilat* (el clan de la cadena). Esta cadena comienza generalmente en el ángel Gabriel, el mismo que trasmitió al profeta Mahoma la ciencia de la verdad. Continúa por el fundador de la Orden hasta los jefes actuales, conservando los nombres de sus predecesores. Ciertas congregaciones llegan a atribuir el conocimiento de la cadena a la revelación directa. Muy a menudo, esta revelación se produce por intermedio de *Sidi-el-Jadir*, es decir, el

profeta Elías, que, como el profeta *Idrís* (Enoc), bebió en la fuente de vida y así quedó exento de la muerte».

Al lado de esas organizaciones ortodoxas hay que anotar la existencia de grupos herejes, de los cuales señalaremos los más importantes nacidos del cisma «ismaelita».

Los ismaelitas y los grupos conexos. La secta herética musulmana de los ismaelíes fue fundada en Siria por el persa Abdalá, hijo de Maimún (863). De las doctrinas ismaelitas se desprenden fuertes influencias gnósticas. Adelantándose al Corán, agregan a los seis profetas del Verbo (Adán, Noé, Abraham, Moisés Jesús, Mahoma) un séptimo Imán («enviado»), Ismaíl, hijo de Dschafer, el «señor de tiempo» o «jefe de las edades». Es una religión iniciática por excelencia, que comprende siete grados[27] sucesivos. Hubo momento en que le ismaelitas desempeñaron un papel político guerrero de los más importantes; hoy son todavía muy numerosos, sobre todo en las India: donde reside su jefe, que ostenta poderes espirituales y temporales: el Aga Khan.

De los ismaelitas nació cierto número de ramas, de las cuales las más célebres son le «asesinos», los drusos y los ansarieh.

1. Los «asesinos», más exactamente los *hashishíes* «comedores de hashish», dieron mucho que hablar, y entraron en la leyenda. Esta secta memorable nació a fines del siglo XI; el fundador de esos «ismaelitas del este» fue el célebre Hasán-ben-Sabbah, natural del Jorasán (Persia). Luego de apoderar; de la fortaleza de Alamut, al norte de Persia pretendió ser el *«hudshet»*, o encarnación del último imán, y reclutó buen número de adeptos. El «Viejo de la Montaña» se apoderó de muchísimos castillos, tanto en Persia como en Siria, y su dominación se extendió rápidamente, gracias a secuaces devotos, fanatizados por el *hashish* o cáñamo de In-

dia (de ahí el nombre «asesinos»), encargados de suprimir a cuantos obstaculizaban sus designios de dominación. La jerarquía iniciática, estrechamente subordinada al *jeque* o gran maestro, comprendía siete grados, como en el ismaelismo clásico. Luego de la muerte de Hasán, en 1124, a la edad de noventa años, el poder de los asesinos siguió ampliándose. Pero, en Siria, chocaron con los *Templarios*, que poseían numerosos castillos al sur de los montes Ansariyah y les llevaron encarnizada guerra, hasta los obligaron a pagarles tributo (se ha pretendido, sin pruebas decisivas, que los templarios copiaron de los asesinos sus doctrinas esotéricas). La segunda mitad del siglo XIII vio el fin definitivo, tanto en Siria como en Persia, del poder político de los asesinos, cuyas fortalezas fueron tomadas por las tropas de los soberanos de esos dos países.

2. Otra rama salida de los ismaelitas fue la religión de los *drusos*, quienes, establecidos en el macizo del mismo nombre, dieron mucho que hacer a las tropas francesas de Siria. Los fundadores de la secta fueron *Hakem*, sexto jalifa fatimita de Egipto, y su consejero, el persa Hamza, que convirtió a los drusos del Líbano a la doctrina (siglo XI). El Libro sagrado de los drusos es el *Kitab-al Híkmat* («Libro de la Sabiduría»). He aquí, según Lepper[28], un resumen de sus creencias fundamentales: «Dios es uno; se ha manifestado a los hombres en varias oportunidades por su encarnación, visible por última vez en la persona de Hakem Biamr Alá; Hakem no murió; desapareció para atestiguar la fe de sus fieles, pero reaparecerá en su gloria y extenderá su imperio sobre el mundo. Sostienen, además, que Dios creó primero la Inteligencia universal, y que esta se reveló a la tierra en cada una de las manifestaciones divinas: cuando Dios se encarnó en Hakem, ella tomó la forma de Hamza… Vea-

mos ahora la reencarnación: el número de humanos es siempre el mismo, y sus almas pasan sucesivamente por diferentes cuerpos, subiendo o bajando en la escala de los seres, según hayan observado o descuidado los preceptos de la verdadera religión y la práctica de sus siete mandamientos». Los drusos están divididos en dos clases: los *yákil* o «guerreros» y los *ákil* o «ancianos», únicos admitidos en los Misterios. Para llegar a *ákil*, el neófito debe salir victorioso de tres pruebas temibles: después de prolongado ayuno, resistir el hambre ante una mesa colmada de manjares apetitosos; luego de cabalgar tres días en el desierto, no tocar una jarra de agua fresca; en fin, ha de ser capaz de no ceder a la voluptuosidad, durante toda una noche a solas con una bella mujer…

3. Como los drusos y los asesinos, los *ansaríes* o *nusairíes*, herejes musulmanes que habitan la cadena montañosa del mismo nombre (Líbano), proceden de los ismaelitas. «Los ansaríes creen en un solo dios, existente en sí y eterno: son, pues, unitarios. Afirman, sin embargo, que ese dios se encarnó siete veces en la persona de Abel, Set, José, Josué, Asaf, Simón (Cefas) y Alí. En cada una de esas manifestaciones, Dios se sirvió de otras dos personas divinas, una de las cuales era emanación de su propia esencia, creada por él, y la segunda era creada por la primera»[29]. Fácilmente se adivina la influencia de las gnosis cristianas en toda una serie de especulaciones. En sus Misterios celebran una suerte de misa bajo las apariencias del vino, rito destinado a procurar la iluminación: «la Divinidad se oculta en la luz, pero se manifiesta en el vino, servidor de la luz» (Abd-el-Nur). Creen en la metempsicosis: después de cierto número de transmigraciones, las almas de los creyentes se trasforman en estrellas en el «mundo de Luz». Vemos, pues, como las

doctrinas gnósticas tuvieron gran influencia sobre los musulmanes heterodoxos. El dominio de la historia de las religiones sigue siendo muy misterioso y relativamente poco estudiado por los especialistas[30].

Capítulo 3

LAS INICIACIONES EN EL MUNDO MEDIEVAL

Reseña general. Durante la Edad Media el esoterismo no dejó de caminar más o menos subterráneamente, a pesar de la lucha encarnizada emprendida por el papado contra todas las herejías. Durante ese dilatado período, hubo gran número de organizaciones iniciáticas, algunas de las cuales trataban de mantenerse apartadas de las controversias teológicas, como el *Compañonaje*, otras eran francamente anticatólicas y depositarías de doctrinas heterodoxas. Doctrinas teosóficas de todas clases que se abrevaban en las más diversas fuentes, desempeñaron un gran papel: la Cábala o tradición hebraica; las doctrinas iluministas, en que reaparecen las antiguas tradiciones gnósticas; la alquimia y las especulaciones propiamente herméticas… Las corrientes ocultas de aquel período son aún muy mal conocidas, particularmente sus relaciones con las doctrinas orientales: es conocido el papel desempeñado por las Cruzadas sobre el particular. (Sería interesante, en particular, estudiar los vínculos de la tradición hermética con el simbolismo utilizado por las órdenes de Caballería que se constituyeron en el momento de aquellas expediciones: los blasones usan abundantemente los colores simbólicos[31]). No podemos, en el cuadro limitado de este volumen, estudiar todas las sociedades secretas medievales: nos limitaremos a los ejemplos, más conocidos y representativos.

Las corporaciones. Entre las múltiples agrupaciones medievales, las más célebres son las *Guildas* o corporaciones de oficios,

en las cuales existían ritos iniciáticos, y cuyos usos se perpetuaron hasta mucho después.

La más sabia de esas Guildas era la de los «*Albañiles*» (*maçons*), constructores de los palacios y de las catedrales, adeptos del *Arte real* que entonces era la arquitectura, y depositarios de antiguos secretos: «Con todo derecho puede afirmarse que la geometría esotérica pitagórica se trasmitió desde la antigüedad hasta el siglo XVIII, por un lado a través de las cofradías de constructores (que a la vez se trasmitieron, de generación en generación, un ritual iniciático en que la geometría desempeñaba un papel preponderante), y por otro, por la Magia, por los rosetones de las catedrales y los pentáculos de los magos»[32]. De esos «Maestros de Obra», de esa masonería *operativa*, nació la francmasonería *especulativa* (véase Cap. V, § I). En cuanto al *Compañonaje*, cuyos diferentes «Deberes» rivales se repartían los picapedreros, los cerrajeros, los carpinteros, y que por lo demás subsiste hoy,| numerosas novelas han popularizado las costumbres: los lazos y el bastón simbólicos; la «Vuelta de Francia»; las «*cayennes*», especies de mesones donde la «Madre» se ocupa del albergue y de la ropa de los compañeros…

El rasgo común de todas esas Hermandades es la existencia de signos de reconocimiento, de ritos iniciáticos de afiliación, de tradiciones que llegan a la más remota antigüedad, algunas de las cuales se encuentran en la Masonería moderna, como la célebre leyenda de la construcción del Templo de Jerusalén por Hiram.

La leyenda del Graal. El Graal es el vaso sagrado, la copa que, según la leyenda, sirvió en la Cena, y en la cual José de Arimatea recogió la sangre y el agua que manaban de la herida que la lanza del centurión Longino hizo en el costado de Cristo; parece que el propio José de Arimatea trasportó luego el Graal a Gran Bretaña. Dicho vaso sagrado, que contiene el «brebaje de

inmortalidad», aparece en gran número de leyendas medievales relativas a la «Búsqueda del Graal», es decir, de la Sabiduría perdida: todos conocemos la famosa «Mesa Redonda» construida por el rey Arturo siguiendo los planos del encantador Merlín, y destinada a recibir el Graal cuando uno de los doce caballeros llegara a conquistarlo, y lo llevara de Gran Bretaña a la Armórica. (La copa del Graal fue labrada por los ángeles en una esmeralda desprendida de la frente de Lucifer cuando este cayó; confiado a Adán en el Paraíso terrenal, perdido después del pecado original, el Graal fue recobrado por Set, que pudo entrar en el Paraíso terrenal, y luego por otros, antes de Cristo). La pérdida del Graal es, en suma, la pérdida del Conocimiento, «perdido» o, mejor, oculto, y que se trata de volver a encontrar[33].

En esas tradiciones se entrevé un vínculo entre el esoterismo cristiano y la tradición céltica, es decir, druídica: sus orígenes son, por lo demás, bastante misteriosos. Todas esas leyendas parecen haber sido utilizadas por gran número de agrupaciones más o menos iniciáticas, y sin duda también por los albigenses… Según Henri Martin[34], habría habido también una suerte de Orden de Caballería oculta, la Masenia del Santo Graal, cuyas huellas encontraba en una obra bastante posterior, el Titurel: «Ya no es en la isla de Bretaña, sino en Galia, en los confines de España, donde se conserva el Graal. Un héroe llamado Titurel funda un templo para depositar el santo Vaso en él, y es el profeta Merlín quien dirige esta construcción misteriosa, pues fue iniciado por José de Arimatea en persona en el plano del Templo por excelencia, del Templo de Salomón. La Caballería del Graal se convierte aquí en la Masenia, esto es, en una Francmasonería ascética, cuyos miembros se llaman Templistas, y aquí puede verse la intención de unir a un centro común, figurado por ese Templo ideal, la Orden de los Templarios y las numerosas cofradías de constructores que entonces renuevan la arquitectura del medioe-

vo. Esto nos permite entrever mucho de lo que podría llamarse la historia subterránea de aquellos tiempos, mucho más complejos de lo que se cree[35]…».

Los cátaros. Los *cátaros* (es decir: los «puros»), llamados también *albigenses*, porque eran particularmente numerosos en la región de Albi, son célebres sobre todo por la encarnizada lucha que la Iglesia y la Realeza emprendieron contra ellos, exterminándolos por todos los medios. Sus doctrinas, que se distinguen por su pesimismo, son bien conocidas: llevando al extremo la doctrina de los dos principios del Bien y del Mal, declaraban que el universo entero había sido creado por el Príncipe de las Tinieblas, y de ahí concluían en una moral ascética, que condenaba el casamiento, la generación, y la vida misma, mala en sí, puesto que aprisiona el alma luminosa en la materia tenebrosa… A decir verdad, únicamente los *Perfectos* estaban sujetos a estricto ascetismo; en cuanto a los simples *Auditores*, gozaban de una moral más suave… Paradójicamente, por lo demás, esos herejes eran, en cierto sentido, mucho más «optimistas» que la Iglesia: al hacer de la Tierra el «Reino de Satanás», los cátaros excluían el infierno del más allá, del mundo supra-sensible y espiritual; al cabo de los tiempos, todos los espíritus, luego de pasar por gran número de reencarnaciones, quedarían salvados, toda la Luz librada de las Tinieblas… La literatura ocultista atribuyó a los cátaros toda clase de creencias esotéricas que les eran extrañas. No por eso dejaban de tener ceremonias y ritos iniciáticos, prácticas diversas que tenían por finalidad separar el espíritu de este mundo y librar el alma, cautiva de su cuerpo; algunos hasta querían conseguirlo bruscamente por la *Endura*, acto que consistía en dejarse morir de hambre; pero la mayoría se limitaba a los ritos iniciáticos propiamente dichos, para lograr alcanzar la iluminación espiritual por el ascetismo y diversas técnicas que permitían separar momentáneamente el alma del cuerpo. «Los cátaros —escribe

Aroux— tenían ya en el siglo XII signos de reconocimiento, santo y seña, y una doctrina astrológica».

La «cruzada» empeñada contra los albigenses es demasiado conocida para que hablemos de ella. Sin embargo, debe señalarse que las doctrinas cátaras sobrevivieron a la degollina de sus sacerdotes. Los *Trovadores*, que habían demostrado ser auxiliares fervientes y devotos de la herejía albigense, siguieron propagando en su «gaya ciencia» las ideas proscritas por la Inquisición[36].

Los Templarios. El esoterismo de los templarios sigue siendo un enigma. Es conocida la historia de esa famosa Orden, fundada en 1117 para la protección de los peregrinos en Tierra Santa, cuya regla había sido establecida por San Bernardo: después de combatir mucho tiempo a los sarracenos, los templarios debieron por último retirarse de Siria luego de la reconquista del país por los musulmanes, pero habían adquirido gran poderío y riquezas en la cristiandad, y poseían encomiendas en todos los reinos de Europa. El proceso inventado por el envidioso Felipe el Hermoso a esos hombres demasiado influyentes ha sido referido a menudo: todos sabemos de qué manera el soberano acabó por arrancar al papa Clemente V la condena de los templarios con la acusación de «renegar de Cristo, apostatar, entregarse a actos de idolatría y a horribles libertinajes en el curso de ceremonias secretas». Después de un largo proceso y la disolución de la Orden pronunciada por la Bula papal de 1312, el gran maestro Jacques de Molay y gran número de templarios fueron quemados vivos en París, en 1314.

¿Tenían los templarios una doctrina secreta y ritos de iniciación? El problema ha suscitado gran número de interpretaciones; ciertos historiadores niegan categóricamente la existencia de un esoterismo templario, y otros, al contrario, no vacilan en hacer derivar la francmasonería de la Orden mártir. En realidad, bien

parece que los templarios tuvieron un culto secreto y doctrinas reservadas a los iniciados, y que esas doctrinas heterodoxas les fueron trasmitidas por heréticos musulmanes —quizá los *asesinos*, con quienes tuvieron relaciones—, herederos de especulaciones gnósticas. Pero conocemos muy mal dicho esoterismo, tanto más cuando los documentos seguros faltan casi totalmente. El historiador se ve reducido a conjeturas, con respecto a las figuras *bafométicas* (de *Bafometo* «inspiración del Espíritu»), especie de ídolos andróginos, que representan la unión de los principios masculinos y femeninos, cuyo papel en los rituales secretos no ha podido ser precisado; con suficiente certeza. Aroux, citando a von Hammer, alude a «símbolos gnósticos impresos en un talismán hallado, en el siglo XVII, en la tumba de un templario, muerto antes de la destrucción de la Orden», y asimismo a «dos cofrecillos descubiertos, uno en Borgoña, el otro en Toscana, sobre los cuales se reconocen esos mismos símbolos, principalmente la cadena de Eones, representada por la *houppe* las pruebas del fuego y del agua, el falo, el cteis, el toro de Mitra y la cruz ansada de los egipcios», y también a «esos emblemas extraños esculpidos en la puerta de algunas iglesias, donde parecen querer mostrarse y ocultarse, a un mismo tiempo, las doctrinas interiores del templo» (por ejemplo, en lo alto de la puerta principal de la iglesia Saint-Merri se halla un *Bafometo*, entre dos ángeles que le echan incienso)… Pero ignoramos casi todo del esoterismo templario, y el historiador debe desconfiar de las descripciones demasiado precisas que dan ciertos ocultistas de los misterios practicados por los Caballeros.

Dante y el esoterismo. Dante Alighieri (1265-1321) es el más célebre «iniciado» de la Edad Media: ese gran adversario del papado parece haber desempeñado un gran papel en las sociedades secretas de aquel entonces; era, en particular, uno de los jefes

de la *Fede Santa*, Orden Tercera de filiación templaría. Y se hizo el intérprete de dicho esoterismo en su *Divina Comedia*, que es «una alegoría metafísico-esotérica, que vela y expone al mismo tiempo las fases sucesivas por las cuales pasa la conciencia del iniciado para alcanzar la inmortalidad»[37].

Cada «Cielo» representa un grado de iniciación: el *Infierno* representa el *mundo profano*, el *Purgatorio* comprende las *pruebas iniciáticas*, y el *Cielo* es la morada de los *Perfectos*, en quienes se hallan reunidos y llevados a su cenit la inteligencia y el amor. En esta vasta síntesis aparecen toda clase de elementos: doctrinas paganas, gnósticas, cátaras, árabes, herméticas, etc. Se encuentran en particular los símbolos más típicos del hermetismo cristiano: la Cruz, la Rosa, el Águila, la Escala de las siete artes liberales, el Pelícano que se abre el pecho para Alimentar a su cría (símbolo a la vez del Redentor del mundo y de la más perfecta humanidad)… Es una verdadera máquina de guerra dirigida contra la Iglesia[38].

Alquimistas y cabalistas. Como hemos podido darnos cuenta, la Edad Media fue una época en que los cultos secretos y las doctrinas esotéricas proliferaron, propagados por numerosas organizaciones iniciáticas. Citemos, a ese respecto, las sociedades secretas que agrupaban a los *alquimistas*, cuyas doctrinas y prácticas no dejaron de desarrollarse durante todo ese período, a pesar de las repetidas condenas de la Iglesia.

También hay que mencionar a los rabinos cabalistas, que se agruparon en una suerte de escuelas, pequeñas capillas cerradas. El sentido etimológico de la palabra *Cábala* es «tradición». Ese esoterismo hebraico, cuya influencia había de ser tan grande sobre numerosos pensadores cristianos, tiene remotas raíces en las doctrinas puramente judaicas y también en las otras tradiciones, principalmente las ideas gnósticas: las obras de los cabalistas son

una especie de depósito en el que han venido a acumularse los residuos de los sistemas teosóficos más diversos. Había una *Cábala práctica*, suerte de enciclopedia de conocimientos mágicos de toda clase, junto a diversos procedimientos que permitían obtener el éxtasis místico, y aun llegar a poner a algunos sujetos en trances hipnóticos. Pero había sobre todo una *Cábala especulativa*, que interpretaba alegóricamente los textos sagrados, utilizando diversas técnicas de permutación de letras (*Gematria, Notarikón, Temurah, Teruf*), y que intentaba penetrar los más profundos misterios de la Creación (*Maaseh bereshit*, «Historia del Génesis») y de la constitución del Universo (*Maaseb Merkábah*, «Historia del carro celestial»). Los dos textos de base de las especulaciones cabalísticas eran el *Séfer Yetsirah* («Libro de la Formación»), sin duda del siglo VIII y el *Séfer-ha-Zohai* («Libro del Esplendor») redactado en España hacia fines del siglo VIII: esta última obra ejerció, sobre todo a partir del siglo XVI, considerable influencia sobre casi to das las doctrinas esotéricas que vieron la luz…

No podemos resumir, ni siquiera brevemente, el inmenso cuerpo de doctrinas que forman las especulaciones cabalísticas: nos permitimos remitir a las obras especializadas (véase Bibliografía). Sin embargo, he aquí el principio de base, enunciado por J. Boucher[39]: «Dios puede ser considerado en sí o en su manifestación. En sí, antes de toda manifestación, Dios es un ser indefinido, vago, invisible, inaccesible, sin atribución precisa, parecido a un mar sin orillas, a un abismo sin fondo a un fluido sin consistencia, imposible de conocer por ninguna razón, por consiguiente, de ser representado, sea por una imagen, sea por un nombre, sea por una letra, ni siquiera por un punto. El menos imperfecto de los términos que pueden emplearse sería el *Sin fin*, el *Indefinido* o *Ain Sof*, que no tiene límite, o *Ain* el *No-Existente*, el No ser».

«En cuanto Dios se manifiesta se hace accesible, cognoscible; se le puede nombrar; y el nombre que se le da se aplica a cada manifestación o exteriorización de su ser. El *Ain Sof*, el *Ain* se manifiesta de diez maneras por o en las *sefirot*. Cada una de estas, la Corona, la Sabiduría, la Inteligencia, la Gracia, la Fuerza, la Belleza, la Victoria, la Gloria, el Fundamento y la Realeza, constituye un modo especial de revelación o de notificación del Ain Sof y permite nombrarlo. Cada círculo, limitación o determinación del Ain Sof, es una *sefirah*…».

«La Cábala considera también a Dios bajo la forma del *Adán celeste*, el *Adam Qadmón*, y localiza las sefirot en cada uno de sus miembros, aplicando la ley de los contrarios y la ley sexual». De ahí el diagrama conocido con el nombre de *árbol de las Sefirot* (fig. 4).

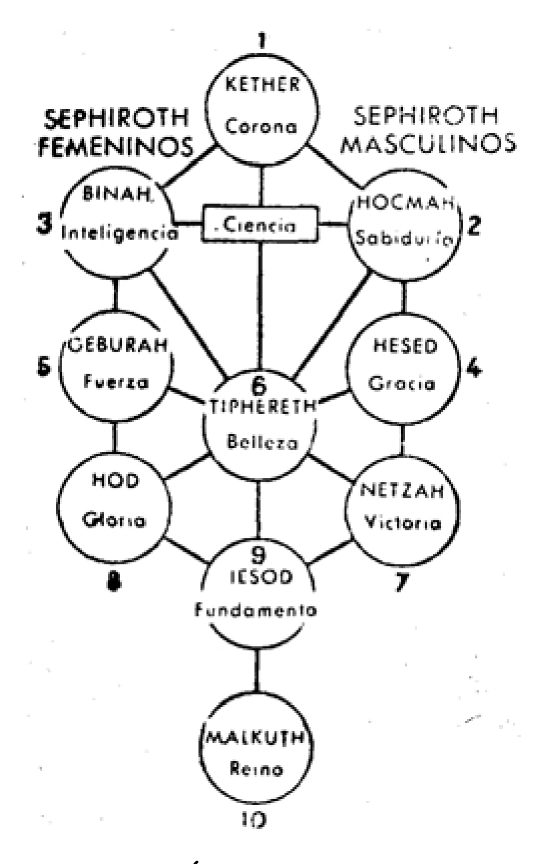


Fig. 4. Árbol de las Sefirot.

La brujería. Este rápido vistazo sobre las iniciaciones medievales no sería completo si no aludiéramos a la brujería. Han existido, según parece asociaciones secretas de brujos y brujas, celebrando sus ritos en fechas fijas. Por paradójico que parezca, la brujería constituye una especie de culto y aun de religión, pero de religión a redopelo.

Como se ha hecho notar muchas veces, «no es posible separar desde la Edad Media en que ellas dominan, las dos nociones paralelas y antinómicas de Dios: el bien, y del Diablo: el mal. Es, pues, fácil comprender que si se levantaban altares a Dios, si existía toda una liturgia, con misas y fiestas que se le ofrecían, también habían de existir ceremonias tan fervorosamente dedi-

cadas al Diablo. Si la Iglesia misma consideraba al Diablo como un ángel caído, muy poderoso y un “casi igual”; si, por añadidura, un pacto con él aseguraba, no después de la muerte, sino en la vida terrenal, felicidades y riquezas ciertas, era muy tentador para quienes una fe sólida no ataba a Cristo… probar con el Diablo»[40]. Las prácticas y el culto satánico han sido abundantemente descritos en las obras especializadas[41]. El estudio de esa forma aberrante de iniciación es, por lo demás, del más alto interés para el historiador de las religiones: en las prácticas místico-eróticas del Sabbat se encuentra sin duda un eco lejano y pervertido de un antiguo culto pagano de la fecundidad[42].

Capítulo 4

LOS ROSA-CRUCES

Los orígenes: la leyenda y la historia. En 1614 y en 1615 la Hermandad de la Rosa-Cruz manifestó públicamente su existencia con tres obritas: la «Reforma Universal». *(Allgemeine und General Reformation), la Fama Fraternitatis Rosae Crucis y la Confessio Fraternitatis*, escritos cuyo autor fue verosímilmente J. V. Andreae (1586-1654). *La Fama* relataba la fundación de la Orden por el alemán Christian Rosenkreutz (designado con las iniciales C. R. C.), iniciado por los Sabios de Siria en el curso de un viaje a Oriente; también se encontraba en ella el relato del descubrimiento de la tumba de Rosenkreutz, en la cual los discípulos hallaron, además del cuerpo del maestro que llevaba en la mano un libro simbólico escrito sobre pergamino, toda suerte de objetos rituales: «espejos de diversas virtudes, campanillas, lámparas encendidas (las famosas "lámparas perpetuas" de los rosacruces), extraños cantos artificiales (¿una máquina parlante?)[43]…». Tal es la leyenda que refiere el origen de la Hermandad y la historia de su fundador, «Cristian Rosa-Cruz», que es, evidentemente, un personaje alegórico, y no el gentilhombre de raza germánica que según dicen vivió de 1378 a 1485. Pero es necesario que el investigador estudie las fuentes reales del movimiento rosacrucista, tarea bastante difícil, pues los documentos seguros faltan a menudo, como todas las veces que se trata de buscar los orígenes reales de una tradición ocultista…

Hemos visto que, durante todo el medievo, a pesar de las hogueras y de la Inquisición, nunca cesó la fermentación intelectual: el esoterismo, cristiano o no, fue propagado por organizaciones iniciáticas, sociedades secretas que sintetizaban en teosofías sutiles corrientes de pensamiento de muy diverso origen. Hubo principalmente numerosas asociaciones de alquimistas, hermetistas, cabalistas… El *Renacimiento* había de acarrear condiciones ideales para el nacimiento de tales sociedades secretas: el ocaso del poderío de la Iglesia católica permitía a la curiosidad intelectual, que ya no era frenada por el dogma, desarrollarse cada vez más, favoreciendo el gran progreso de las más heterodoxas doctrinas. Los viajes relacionaban cada vez más los adeptos de todos los países: Nicolás Barnaud (1535-1601) nos refiere cómo, desde 1589, viajó a través de toda Europa «para buscar a los aficionados a la química (es decir, a la alquimia) y comunicarles sus ideas políticas». En cuanto al célebre Paracelso, había de llegar a ser la gran autoridad para todos los autores rosacrucistas, que utilizaron con abundancia sus doctrinas, aludiendo más de una vez a su profecía relativa a la llegada del *Elías-artista*: «Dios permitirá —dijo— que se haga un descubrimiento de mayor importancia que debe quedar oculto hasta el advenimiento de Elías artista… Y es la verdad, no hay nada oculto que no deba ser descubierto; por eso tras de mí vendrá un ser maravilloso, que no vive aún, y que revelará muchas cosas.» (Ese *Elías artista* —decía el rosacruz Andreae— no es un individuo, sino un ser colectivo, que no es otro más que nuestra Hermandad misma).

Los rosacruces fueron «alquimistas que mezclaban cuestiones políticas y religiosas a sus doctrinas herméticas» (F. Hoefer). Fue en Alemania, medio propicio a las ideas de Reforma, donde nació dicha Sociedad secreta, muy al final del siglo XVI, si no muy al principio del siglo siguiente: la más antigua fecha a que poda-

mos llegar es 1598, en la cual el alquimista Studion funda en Nurenberg una asociación denominada *Militia Crucífera Evangélica*, especie de arquetipo de la Rosa-Cruz, y cuyas teorías se hallan reunidas en una curiosa obra, intitulada *Naometría* (1604), que estudia «la medida del Templo místico», utilizando el símbolo de la Rosa y de la Cruz, y anunciando una «reforma general» y una «renovación de la Tierra». Observemos igualmente que se descubren todos los símbolos rosicrucistas en uno de los pentáculos del *Amphitheatrum Sapientiae Aeternae* (1598), de H. Khunrath.

Los autores han acudido a veces al esoterismo musulmán, y asimismo a los Alumbrados españoles para dar cuenta del movimiento, pero lo esencial de la inspiración de los rosacruces parece haber sido tomado en las teorías desarrolladas por los discípulos alemanes de Paracelso, conocidas con el nombre de *Pansophia* («Conocimiento universal»), aun cuando se encuentran casi todos los vestigios de las doctrinas más o menos teosóficas y místicas… La Hermandad parece haberse constituido hacia 1600, sin que puedan darse de talles precisos: el juramento de respetar el secreto absoluto respecto de la Orden parece que fue bien seguido por los afiliados hasta 1614, fecha en la cual la Rosa-Cruz creyó conveniente manifestar su existencia al mundo. Sin embargo, parece que debe atribuirse un papel de primer plano a los alquimistas que rodeaban a Rodolfo II de Habsburgo y otros soberanos, como el conde Mauricio de Hesse-Cassel. El pastor luterano J. V. Andreae fue quien habló en nombre de la Hermandad, cuya existencia había de intrigar durante tanto tiempo al público culto de entonces (así como por lo demás, al pueblo…).

Antes de abordar el desarrollo y las doctrinas de la Hermandad, es conveniente investigar el significado profundo del sím-

bolo que ha dado su nombre a la Orden: el de la «Rosa-Cruz esencial» (fig. 5).

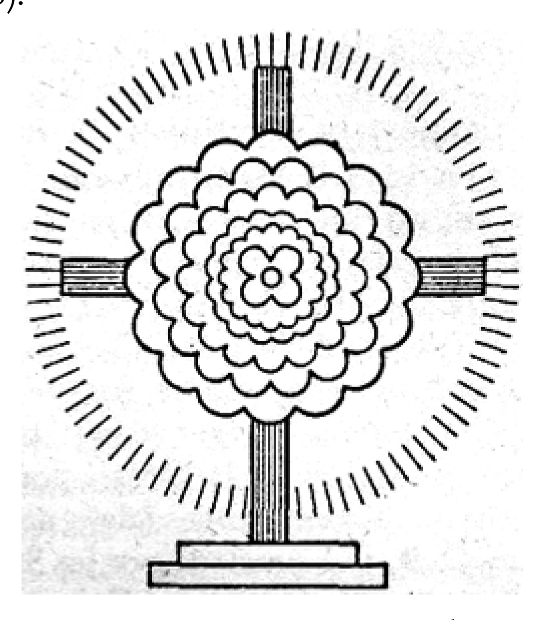


Fig. 5. La Rosacruz esencial.

La Rosa-Cruz es el símbolo formado por una rosa roja fijada en el centro de una cruz, también de color rojo, «pues ha sido salpicada por la sangre mística y divina de Cristo».

Ese símbolo, enarbolado —nos dice Robert Fludd (*Summum Bonum*)— por los Caballeros cristianos en tiempo de las Cruzadas, tiene doble significación: la Cruz representa la Sabiduría del Salvador, el Conocimiento Perfecto; la Rosa es el símbolo de la purificación, del ascetismo que destruye los deseos carnales, e igualmente el signo de la Gran Obra alquímica, es decir, la purificación de toda mácula, el acabado y la perfección del Magisterio. Puede igualmente verse en ella la cosmogonía hermética, pues la Cruz (emblema masculino) simboliza la divina Energía creadora que ha fecundado a la matriz oscura de la substancia primordial (simbolizada por la Rosa, emblema femenino) y ha hecho pasar el universo a la existencia.

Expansión del Rosicrucianismo. El movimiento de los Hermanos de la Rosa-Cruz alcanzó gran extensión en Alemania, donde sus adeptos más destacados fueron Andreae, Mynsicht (llamado *Madathanus*), Gutman y Michael Maier (1568-1622). El gran místico Jacob Boehme (1574-1624), cuyas obras están salpicadas de alusiones a la «Piedra filosofal espiritual», al Cristo, «la santa Piedra angular de la Sabiduría» (la misma expresión en el gran doctor del grupo, el inglés Robert Fludd), estuvo muy influido por esa gran mezcla de teorías teosóficas, cuya repercusión fue considerable[44]… Pero el rosicrucianismo enjambró fuera de su patria de origen: así el checo Comenio, uno de los principales jefes de la secta de los Hermanos moravios, autor de varias obras teosóficas en las que exhortaba a los hombres a que construyeran «un Templo de la Sabiduría según los principios, reglas y leyes del Gran Arquitecto, el propio Dios», marchó a Holanda, donde tuvo discípulos (Los Países Bajos eran, por lo demás, un país ideal para los adeptos, pues existía libertad de pensamiento casi completa). Francia parece haber sido poco tocada, aun cuando la Rosa-Cruz tuvo sus afiliados, como Michel Potier y el cirujano David de Planiscampy. La mayor expansión de la Orden se vio en Inglaterra, gracias a los esfuerzos del médico Robert Fludd (1574-1637). Fludd había viajado durante seis años por el continente (1598-1603), recorriendo Francia, Italia, España y Alemania hasta los confines de Polonia: estuvo en relaciones con Hermanos alemanes, y se hizo iniciar en los ritos y en las doctrinas de la Fraternidad. De vuelta a Inglaterra, Fludd fundó en Londres grupos que se extendieron rápidamente, y es verosímil que fuera el gran maestro de la rama británica de la organización. Hacia 1650, la Rosa-Cruz estaba poderosamente organizada en Inglaterra. Ella fue la que debía introducir en la *Francmasonería* el sistema de los *Altos Grados*, llamados «Escoceses» (véase luego, y cap. V, § I).

Los rosacruces y la Francmasonería. La Hermandad de la Rosa-Cruz tomó impulso, a mediados del siglo XVII, en la Francmasonería: sus adeptos hallaron refugio en los talleres masónicos, y luego de hacerse recibir como *accepted Masons*, «Masones aceptados» (véase el sentido de esta expresión, cap. V, § I), utilizaron el simbolismo de las Corporaciones de constructores para propagar sus enseñanzas; eran «Masones simbólicos», trabajando en «edificar el Templo invisible e inmaterial de la Humanidad». Modificando el ritual introduciéndole sus concepciones herméticas y cabalísticas, crearon el grado de *maestro* con su ritual característico de iniciación, que hace revivir al recipiendario la muerte, la «podredumbre» y la resurrección de Hiram (véase cap. Sig., § II); fueron ellos, igualmente, quienes introdujeron los *Altos Grados*, tan cargados de esoterismo cristiano, callados en las *Constituciones* de Anderson, pero que habían, de reaparecer luego, en forma más o menos alterada. Así, puede decirse sin paradoja que la francmasonería moderna ha copiado y continuado el esoterismo de los rosacruces, tomando de ellos sus más típicos símbolos herméticos, como el pelícano, el fénix que renace de sus cenizas, el águila bicéfala, etcétera.

Hubo así, durante la primera mitad del siglo XVII, una gran mezcla de ideas, un gran desarrollo de las Sociedades secretas, que se copiaban recíprocamente unas de otras. Por lo demás, es bastante difícil orientarse en ese período donde las efusiones místicas y la alquimia corrían parejas con las investigaciones científicas y los deseos de reforma social, que se traducen en el gran número de *Utopías* de entonces; citemos entre otras, la *Ciudad del Sol*, de Campanella (cuyo Templo presenta curiosas analogías con una Logia) y la *New Atlantis*, de Francis Bacon, que, escrita a partir de 1622, describe la «Casa de Salomón» donde residen los sabios, acudiendo a los símbolos arquitectónicos…

Los ritos de iniciación. Sería interesante estudiar los *ritos de iniciación* de los rosacruces, así como los diferentes *grados*. Los rosacruces alemanes practicaron el sistema de los «Superiores desconocidos», en el que los afiliados inferiores ignoraban la personalidad de los miembros superiores de la jerarquía. Por lo demás, esa concepción se veía favorecida por las concepciones de los Hermanos, que admitían una suerte de conservación de la tradición secreta por *grandes iniciados*, hombres que se han librado de la dominación de los sentidos, y recorren incansablemente el mundo: son los verdaderos rosacruces, por oposición a los simples «rosacrucistas».

Tenemos algunas alusiones a diversos ritos iniciáticos en obras como las *Noces chymiques*, de J. V. Andreae[45], que constituye al mismo tiempo un tratado de alquimia: muchos intérpretes han tratado de dar una explicación de las diferentes ceremonias, representaciones y pruebas porque atraviesa durante siete días Christian Rosenkreutz. Se encuentra igualmente el relato de una iniciación, destinada a hacer revivir al neófito la suerte de Elías y de Enoc (que han sido raptados al Cielo) en el *Tractatus theologo-philosophicus*, de Fludd[46]. Los textos sobre esos puntos son raros y bastante reticentes. Pero hay un medio indirecto de conocer los ritos iniciáticos de los Hermanos: recurrir al estudio de los rituales que se encuentran en los *Altos Grados de la Masonería «escocesa»*, grados cargados de un simbolismo hermético y cristiano muy característico. Sin embargo, es sumamente difícil reconstituir los grados originales, que en el curso del siglo XVIII sufrieron numerosos arreglos sucesivos. No obstante, un estudio de los símbolos y de las alegorías empleados por el ritual de esos «Altos Grados» no dejaría de ser interesante: en él se encuentran casi todas las doctrinas herméticas, tal cual fueron codificadas por los adeptos del siglo XVII. He aquí, a título ilustrativo, la descrip-

ción, según Vuillaume, de la *Jerusalén Celeste*, tal cual está representada en el capítulo de los rosacruces[47]: «En el fondo (de la última habitación) hay un cuadro en el que se ve una montaña por la que corre un río, a cuya orilla crece un árbol que lleva doce clase de frutas. En la cima de la montaña se halla un zócalo compuesto de doce piedras preciosas en doce hiladas. Encima de ese zócalo hay un cuadrilátero de oro, que lleva en cada uno de sus lados tres ángeles con los nombres de cada una de las doce tribus de Israel. En ese cuadrilátero hay una cruz, en el centro de la cual está acostado un cordero». Esta descripción (inspirada en el Libro XXI del *Apocalipsis* de San Juan) debe relacionarse con los desarrollos de Fludd en su *Tractatus theologo-philosophicus*… Ese grado de *rosacruz* (del que la joya reproduce precisamente el símbolo del mismo nombre) es característico con su esoterismo cristiano y su Cena mística[48].

Las doctrinas y los fines. Las ideas rosacrucistas están fácilmente al alcance del historiador, pues los Hermanos escribieron mucho, y las grandes bibliotecas europeas poseen numerosas obras de ese género, de la primera mitad del siglo XVII, a menudo ilustradas con gran número de figuras simbólicas, emblemas y diagramas de lo más interesantes El escritor más notable de la Orden fue Robert Fludd, cuyos numerosos trabajos constituyen una verdadera suma, en que se abrevaron los adeptos de la Alta Filosofía masónica de los siglos siguientes.

Es muy difícil resumir, aunque solo fuera ligeramente, la doctrina rosacrucista de filosofía religiosa tal cual está sistematizada por Fludd[49]. Es un vasto sistema teosófico, un cristianismo esotérico fuertemente influido por el Hermetismo, la Cábala judía, el Neoplatonismo y la Gnosis: es un sistema compuesto, que ha reunido los vestigios de todas las tradiciones más o menos secretas que caminaron subterráneamente durante todo el Medievo y

el Renacimiento. Se encuentran desarrollados todos los temas clásicos del esoterismo (principalmente la *cosmogonía sexual*, pues se atribuye el origen del universo a la unión del Fuego macho y de la materia hembra)… Todos los seres solo son desarrollos varios del Ser único, de la Mónada, que se manifiestan en diferentes grados y están destinados a entrar en la Unidad primordial. Los Hermanos, depositarios de la antigua filosofía secreta perpetuada desde los tiempos primitivos, anuncian el próximo retorno de la edad de oro.

El hombre, privado de la Divinidad por su rebelión, debe reintegrarse a ella por el éxtasis; puede, debe volver a ser Dios. Traen una gnosis destinada a operar la «*Reforma* universal», religiosa y social. La Gran Obra hermética es ante todo el *Ergon*, la búsqueda interior de la Piedra filosofal, la santificación del adepto, y es también el *Parergon*, subordinado al primero, que es la busca física de la Piedra, capaz de «santificar» la materia trasmutándola en oro puro. «El Cristo habita en el hombre: lo penetra enteramente; y cada hombre es una piedra viviente de esa roca espiritual, aplicándose así las palabras del Salvador a la humanidad en general; así se construirá el Templo, cuyas figuras fueron la de Moisés y la de Salomón. Cuando el Templo esté consagrado, sus piedras muertas se trasformarán en vivientes, el metal impuro se trasmutará en oro fino y el hombre recobrará su estado primitivo de inocencia y de perfección»[50].

Observemos particularmente la creencia en una continuidad de la Revelación, y conservándose la *Tradición secreta* por una sucesión ininterrumpida de «grandes Iniciados», que son los verdaderos rosacruces, en el sentido absoluto del término (pues los miembros de la Hermandad sólo son simples *Rosacrucistas*), depositarios de la Ciencia total, poseedores de la Piedra filosofal y el arte de prolongar la vida indefinidamente, dotados de poderes

sobrehumanos y desconocidos de la muchedumbre. Son los «Invisibles» que muchos personajes de aquellos tiempos intentaron en vano encontrar: hubo, naturalmente, algunos hombres que pretendieron hallarse entre esos «rosacruces». (Así un médico refiere que en 1615 viajó «con un hombre de mediana estatura, aspecto común y vestido sencillamente, que hablaba de toda clase de ciencia, curaba a los enfermos gratuitamente, llevaba el traje del país, declaraba que era rosacruz, conocía las virtudes de las plantas, sabía lo que los otros decían de él, hablaba lenguas muertas y extrañas; comió impunemente brionia, hizo predicciones; era un anciano monje de ochenta y un años, el tercero de la Hermandad; hablaba sin desdecirse jamás; desapareció, y no se quedaba más de dos noches seguidas en la misma localidad»). Hacia 1625 corrió el rumor de que esos «Reveladores» habían vuelto hacia su país de origen: el Oriente misterioso… Desde esa fecha, y hasta nuestros días, operó en Europa cierto número de personajes que pretendían ser «grandes Iniciados»; los más célebres fue ron el conde de Saint-Germain y Cagliostro, en el siglo XVIII.

La Rosa-Cruz, esa Sociedad secreta aún tan misteriosa, ejerció un papel mucho más importante de lo que se cree: así, Descartes, seducido por esas teorías místicas y humanitarias durante su permanencia en Alemania y Holanda, tuvo oportunidad de afiliarse, sin duda por mediación de su amigo el matemático Faulhaber; y el famoso «Sueño» de Descartes, así como varios opúsculos de su juventud, como las Olympica, son reveladores sobré el particular[51].

Esta Sociedad se integró a la Francmasonería, que ha sido fuertemente influida por esos adeptos (cf. el capítulo siguiente); en cuanto a las organizaciones modernas que han pretendido, o pretenden, prolongar el movimiento, no tienen nada en común

con las Rosa-Cruces del siglo XVII (a ese tipo pertenecen la «Orden Cabalística de la Rosa-Cruz» de S. de Guaita, la «Rosa-Cruz católica». De Péladan, la *Rosicrucian Fellowship* de Max Heindel, y otras sociedades menos conocidas).

Capítulo 5
LA FRANCMASONERÍA

I. Reseña histórica

De la Masonería «operativa» a la Masonería «especulativa». Los constructores, que poseían conocimientos especiales, constituían desde la más remota antigüedad (en que se agrupaban en Colegios sacerdotales) una especie de aristocracia en medio de los demás oficios. En la Edad Media, esos constructores de las catedrales y de los palacios disfrutaban de parte de las autoridades eclesiásticas y seculares, de numerosos privilegios (franquicias y exenciones diversas, tribunales especiales), de donde el nombre *francmasones* (literalmente «alhamíes libertos») con que se los designaba. La arquitectura constituía entonces el «Arte Real», cuyos secretos se divulgaban solamente a quienes se mostraban dignos de ello, de ahí la idea de una suerte de Obra suprema: la construcción, mediante un trabajo incesante, de un *Templo ideal* cada vez más perfecto, inmenso, universal e infinito… Además, toda clase de pensadores en postura más o menos mala frente a la ortodoxia, principalmente alquimistas, buscaban refugio entre los constructores (lo que explica la presencia de curiosas figuras simbólicas en el frontispicio de numerosos edificios religiosos).

El paso de la Masonería *operativa*, compuesta de gente de oficio, de constructores, a la Francmasonería moderna, llamada *especulativa*,

se produjo en Inglaterra, gracias al papel cada vez más importante desempeñado por los «Masones aceptados» (*Accepted Masons*).

Gran Bretaña, como los demás países europeos, poseía cofradías de constructores, de «francmasones» (*freemasons*), agrupaciones ricas y poderosas, protegidas por los soberanos, y cuyos miembros eran admitidos en la Corporación luego de una iniciación, habían de guardar el secreto sobre esos ritos, y debían respetar cierto número de reglas designadas con el nombre de *Landmarke* (literalmente: «hitos de propiedad»), que contenían los artículos esenciales de la Orden, considerados como inmutables. Pero el final del siglo XVI, período turbulento, vio una mengua muy sensible de grandes construcciones, y las corporaciones, sintiéndose en peligro, admitieron en su seno a miembros que no eran hombres de oficio: eran los «Masones aceptados», con la mayor frecuencia personajes influyentes destinados a realzar el prestigio de la Orden. A principios del siglo siguiente, esos *accepted Masons* eran ya bastante numerosos; pero fueron sobre todo los *Rosacruces* ingleses quienes desempeñaron un papel decisivo; hacia 1650, los discípulos de Robert Fludd estaban poderosamente organizados en Londres. Uno de estos, el alquimista Elías Ashmole (1617-1692), había sido admitido en 1646 como «Masón aceptado», al mismo tiempo que su cuñado; en la Logia se vinculó con cierto número de amigos, teólogos y sabios (los hermanos Thomas y George Warton, el astrólogo Lilly, etc.), con los cuales organizó una Sociedad que tenía como finalidad «edificar la Casa de Salomón, templo ideal de las ciencias», para la que obtuvo autorización de reunirse en el local de los Masones. Poco a poco dicha asociación de Rosa-Cruz ocupó en la Masonería un papel preponderante; esos Hermanos introdujeron sus símbolos y modificaron profundamente el ritual iniciático: los picapedreros no tenían, en suma más que un grado, el de *Compañero*, puesto que los aprendices no formaban parte de la corporación y el maestro era simplemente el Compañero encargado de la dirección de un taller; en lo que había de llegar a ser la *Masonry* especulativa, por el contrario, se había

instituido una ceremonia de iniciación para el grado de *Aprendiz*, y creado el grado de *maestro*, cuyo ritual ponía en escena el mito de Hiram, leyenda que tiene su origen en el compañerismo, pero de la cual los Rosacruces habían desarrollado el simbolismo; a los grados corporativos y a la leyenda de la construcción simbólica del Templo de Salomón, agregaron nuevos grados inspirados en las antiguas Órdenes de Caballería (de las que Escocia era la tierra de elección: de ahí el nombre de Francmasonería *escocesa* dado al sistema de Altos Grados), cuyo ritualismo hermético cristiano reproducía las iniciaciones de los Rosacruces.

Los «Masones aceptados» llegaron a ser cada vez más numerosos, pues la clase culta encontraba en la *Fraternity of Freemasons*, cuyos, miembros se llamaban entre sí «Hermanos», la realización de las ideas de fraternidad sentimental y sentimientos filantrópicos que eran los suyos, unida al atractivo de las ceremonias secretas, del simbolismo, de los signos de reconocimiento y del santo y seña. Además, todos los nobles, adversarios de Cromwell y de los Puritanos, así como los católicos, acosados por las autoridades protestantes, hallaban en las Logias un refugio seguro. La Masonería era entonces hostil al poder establecido, y deseaba el retorno de la dinastía de los Estuardo; por lo demás, fue protegida por el rey Carlos II, luego de la restauración (1660)…

Sin embargo, después de la Segunda Revolución (1688) y el triunfo de Guillermo de Orange, se produjo un movimiento para hacer de la francmasonería una institución filantrópica, leal al soberano reinante. Los artesanos de esa operación fueron sobre todo dos pastores protestantes: Anderson y Desaguliers, este último de origen francés.

El 24 de junio de 1717, cuatro Logias de la capital inglesa fundaron una *Gran Logia*, encargada de unificar los reglamentos de la Masonería. Los nobles y los burgueses se hicieron recibir en cantidad, y poco a poco los simples artesanos desaparecieron de las asambleas, donde se hallaban desorientados: la francmasonería ya no era una

corporación de maestros de obras, sino un Cuerpo puramente «especulativo». Los reglamentos o *Constituciones*, redactados por Anderson, fueron publicados en 1723. Esa Carta relataba en su primera parte la historia fabulosa de la desde la creación del mundo; la segunda daba los estatutos, análogos a los de las antiguas corporaciones de constructores, pero que abrían la Sociedad a cuantos practicaban «la religión sobre la cual todos los hombres están de acuerdo», instaban a los «Masones» a cultivar «el amor fraternal que es el fundamento y la piedra maestra, así como el cimiento y la gloria de esa antigua Hermandad». El ritual sólo conservaba los tres grados «operativos» (Aprendiz, Compañero y maestro). Las *Constituciones* de Anderson fueron pronto la Carta de la mayoría de las Logias, que propagaron una doctrina sobre todo humanitaria, deísta y espiritualista, abierta a todos los cristianos, fuesen cuales fueren sus confesiones, y leal respeto del poder establecido. En cuanto a los, dejados oficialmente a un lado, los conservaron en ciertas Logias los partidarios de los Estuardo; sobreviviendo a esos fines políticos después de la derrota definitiva de los «Jacobitas», los Altos Grados habían de reaparecer después con todo su simbolismo esotérico y, a pesar de las resistencias, consiguieron, con el nombre de Francmasonería, ocupar su lugar en el sistema definitivo.

La Francmasonería en Francia en el siglo XVIII y el desarrollo del sistema de los Altos Grados. La Francmasonería fue introducida en Francia alrededor de 1730, y pronto alcanzó gran desarrollo; se constituyeron numerosas Logias, que pidieron la investidura a la Gran Logia de Londres. Todo estaba de parte del movimiento: la «anglomanía» de la época, que hacía admirar cuanto llegaba del otro lado de la Mancha; el atractivo del misterio; el humanitarismo… La Masonería tuvo numerosos adeptos entre la aristocracia, y también en la burguesía, cuyas aspiraciones a la igualdad halagaba: por lo demás, la Francmasonería declaró nobles a todos los masones sin distinción, y concedió a todos sus miembros el permiso de ceñir en la Logia la espada de parada.

Pero la Masonería francesa había de atravesar muy pronto por una grave *crisis*. No se trataba tanto de un peligro «exterior» (la desconfianza de la autoridad pública, hostil a todas las agrupaciones clandestinas, la condena de la Orden por el papa Clemente XII, en 1738, no impidieron que la Masonería progresara; por lo demás, el Parlamento se negó a registrar la bula papal, y la justicia real pronto renunció a perseguir a los francmasones) cuanto de una crisis *interior*: en efecto, aun cuando el número de adeptos era cada vez mayor, a muchos solo les interesaban los banquetes con que las Logias clausuraban sus «tenidas», y los masones sinceros deseaban una reforma de la Orden. El discurso del caballero Michel de *Ramsay* orientó a la Masonería por un nuevo derrotero. Ramsay, nacido en 1686 en Ayr (Escocia), luego de sus estudios en la Universidad de Edimburgo, emprendió grandes viajes por el continente. Visitó Holanda, donde se relacionó con el místico Poiret, y después Francia; en Cambrai se hizo amigo de Fénelon, quien, en 1709 consiguió convertirlo al catolicismo. De regreso a Gran Bretaña, Ramsay obtuvo en 1730 el Doctorado de la Universidad de Oxford, y luego de haber intentado en vano penetrar en la Gran Logia inglesa para introducir en ella sus proyectos de reforma, decidió volver a Francia para encontrarse con los masones de ese país. Ahí pronunció, en 1736, un discurso que había de acarrear indirectamente la proliferación de los Altos Grados. A decir verdad, ese discurso exaltaba, sobre todo, los fines filantrópicos de la Organización. (Se definía la Masonería: «un establecimiento cuyo único fin es la reunión de los espíritus y de los corazones para hacerlos mejores, y formar en la sucesión de los tiempos una nación espiritual en la que, sin derogar los diversos deberes que exige la diferencia de los Estados, se creará un pueblo nuevo que, participando de varias naturalezas, las cimentará todas en cierto modo, por los lazos de la virtud y de la ciencia»). Pero, en la segunda parte, Ramsay desarrolló una leyenda que hacía llegar la Orden a los Cruzados; este fue el punto que obtuvo la mayor repercusión, de modo que Ramsay (que murió en 1743,

en Saint-Germain, luego de editar las obras póstumas de Fénelon), «quizá considerado como el padre espiritual de los Altos Grados, aunque él no concibiera ningún grado superior a los tres grados *simbólicos* (Aprendiz, Compañero, maestro) de la Masonería azul» (R. Le Forestier). A partir de 1740 se asistió al desarrollo de esos *Altos Grados*, que se sobrepusieron a los tres grados operativos. Fue la *Masonería escocesa* la que había de trasformar completamente el carácter de la Orden, haciéndola volver al esoterismo y al ocultismo. Hasta la víspera de la Revolución se asistió a la institución incesante de nuevos grados, de títulos simbólicos, reproduciendo más o menos fielmente las jerarquías de los Rosacruces. Se vio una especie de generación espontánea y caótica de los grados, coincidiendo con una verdadera invasión por las doctrinas esotéricas, traídas por vías misteriosas. Se pusieron a investigar el *sentido oculto* de los emblemas y de los ritos, a desarrollar el tema de la *Palabra perdida*, asimilada a veces al Nombre secreto de la Divinidad (que da al alma la idea de lo Infinito, fuente de toda existencia). El cristianismo esotérico de los Rosacruces, que algunos iniciados habían conservado, tomó posesión del ritual, multiplicando en él los símbolos herméticos: el águila, el pelícano, el fénix, etc.

Todos esos grados, por muy diversos que sean, se resumen, como lo observa R. Le Forestier, en dos tipos principales: los «Grados de venganza», que desarrollan el mito de Hiram[52], haciendo vivir al iniciado la venganza cumplida con los asesinos, y los «Grados caballerescos», inspirados en la leyenda relatada por Ramsay y que hacía llegar a la Masonería hasta las órdenes de Caballería.

De ahí un número extraordinario de nuevos grados, notables por sus títulos pomposos (*Caballero del Templo; Gran Arquitecto de la Torre de Babel*, etc.), su puesta en escena suntuosa y sus pruebas terroríficas o místicas. Mientras algunos trataban de poner orden en ese caos, organizando *Ritos* (o Sistemas) masónicos, tales como el *Rito Escocés Antiguo y Aceptado* (1762), otros se orientaban hacia el *iluminismo*[53], instituyendo rituales especiales y creando sus propias jerarquías, ta-

les como Wuillermoz, Cagliostro, Zinnendorf, Martínez de Pasqually (el maestro de Louís-Claude de Saint-Martin, llamado «el Filósofo desconocido»)…

Evolución de la Masonería. La evolución ulterior de la Masonería, particularmente de la Masonería francesa, ha sido relatada muchas veces: en 1773 se creó el *Gran Oriente*, que reunió a la mayoría de las Logias de primer grado, mientras que los Altos Grados, la Masonería llamada *escocesa*, había de unificarse solamente en tiempos de Napoleón en un *Supremo Consejo*, que reconocía los tres primeros grados y daba una Carta definitiva para los grados superiores, debida al conde de Grasse-Tilly.

La Revolución francesa fue primeramente favorable a la Masonería, de la que copió la famosa divisa «Libertad, Igualdad, Fraternidad»; pero la Convención envió al cadalso a numerosos Hermanos… No insistiremos sobre la evolución de la Masonería durante el siglo XIX, ni sobre el violento conflicto que la ha opuesto al papado: esos puntos de historia han sido referidos a menudo.

II. La iniciación masónica

Las Obediencias y los Grados. Contrariamente a lo que se cree a menudo, no hay poder central único: los *Talleres* o *Templos* forman grupos que se administran por sí mismos, y forman en cada nación una federación dirigida por una. «Cada una de las Grandes Logias nacionales es completamente independiente, tanto cuanto lo es el Estado frente a los Estados vecinos. Sin embargo, la Francmasonería es una, y en teoría todas las Logias particulares no forman sino una Logia ideal, así como los hombres, sea cual fuere su nacionalidad, pertenecen todos a la humanidad»[54]. Además, en muchos países,

hay varias Grandes Logias, que forman *Obediencias* diferentes. Así, Francia tiene cuatro Obediencias:

1. El *Gran Oriente de Francia*, administrado por un *Consejo de la Orden*, cuyos miembros son elegidos por un Convento «asamblea» anual. Un *Gran Colegio de Ritos* administra los «Talleres superiores» (más allá del tercer grado);
2. La *Gran Logia de Francia* (Masonería *escocesa*, «Rito antiguo y aceptado»), administrada por un Consejo Federal, elegido por un Convento anual; al frente se halla un gran maestro. Un Consejo Supremo dirige los talleres superiores;
3. La *Gran Logia Mixta* «El *Derecho Humano*», que inicia a los hombres y a las mujeres en un pie de igualdad, en tanto que las demás Obediencias siguen fieles a la letra de las *Constituciones* de Anderson (que excluyen a las mujeres de la Masonería).
4. La *Gran Logia Nacional*, única obediencia reconocida por la Masonería inglesa.

De los múltiples sistemas de grados, solamente dos son importantes en Francia: el «Rito Francés» y el «Rito Escocés Antiguo y Aceptado»[55]. Véase el cuadro de grados, según esos dos Ritos, que damos en la página 35.

Grados	Nombre de las logias	«Rito escocés antiguo y aceptado»	«Rito francés»
1 2 3	Logias azules o talleres simbólicos	Aprendiz Compañero Maestro	Aprendiz Compañero Maestro
4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14	Logias o talleres de perfección	Maestro Secreto Maestro Perfecto Secretario íntimo Preboste y Juez Intendente de Edificios Maestro elegido de los Nueve Ilustre elegido de los Quince Sublime caballero elegido Gran Maestro arquitecto Caballero de Arco Real Gran Elegido de la Bóveda Secreta o Sublime Masón	Elegido Escocés
15 16 17 18	Capítulos o talleres rojos	Caballero de Oriente o de la Espada Príncipe de Jerusalén Caballero de Oriente y de Occidente Caballero Rosa-Cruz	Caballero de Oriente Príncipe Rosa-Cruz
19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	Areppagos o talleres filosóficos	Gran Pontífice o Sublime Escocés de la Jerusalén celeste Venerable Gran Maestro Noaquita o Caballero prusiano Caballero Hacha Real o Príncipe del Líbano Jefe del Tabernáculo Príncipe del Tabernáculo Caballero de la Serpiente de Bronce Escocés Trinitario o Príncipe de Gracia Gran Comendador del Templo Caballero del Sol Gran Escocés de San Andrés Gran Elegido Caballero Kadosh	
31	Tribunales	Gran Inspector Inquisidor Comendador	
32	Consistorios	Sublime Príncipe del Real Secreto	
33	Supremo Consejo	Soberano Gran Inspector General	

He aquí las *abreviaturas*[56] más corrientemente empleadas por los Francmasones: estos utilizan los famosos «tres puntos» (que representan la *Delta* o Triángulo divino). Así encontramos:

H.·., Hermano.

S.·., Hermana.

M.·.Q.·.H.·., Muy Querido Hermano.

M.·.I.·.H.·., Muy Ilustre Hermano.

A.·.L.·.G.·.D.·.G.·.A.·.D.·.U.·., A La Gloria del Gran Arquitecto del Universo.

O.·., Oriente.

Etcétera.

Existe un *alfabeto masónico*, donde las letras están representadas por rayas y puntos[57]. Hay que observar también que, muy a menudo, los documentos están fechados según la *era masónica*, es decir, que se agregan cuatro mil años a la cifra del año vulgar (para que simbólicamente el origen de la Masonería parta de la Creación del mundo según la tradición bíblica); el primer mes es entonces marzo, pues Aries es el primer signo del Zodíaco, y Piscis (febrero) el último.

La Logia. La disposición de la Logia, o Templo masónico, varía según los ritos y los grados. No obstante, hay reglas generales que siempre se observan: la Logia, de forma rectangular, representa el camino que lleva de Occidente a Oriente, es decir, «hacia la Luz»; la entrada está situada a Occidente, el sitial del Venerable a Oriente, el lado derecho al Mediodía, el lado izquierdo al norte. El techo del Templo, en forma de bóveda, representa el cielo estrellado: en efecto, el Templo *simboliza* el cosmos; por eso a los masones les está prohibido dar sus dimensiones (deben responder: «Su largo va de

Occidente a Oriente, su ancho del Septentrión al Mediodía, su altura del Nadir al Cénit»).

Los símbolos masónicos. La Masonería emplea muchos *símbolos*; he aquí los principales:

1. El *Triángulo equilátero* o «Delta luminoso», símbolo de la Divinidad: en medio se encuentra, ya sea el nombre hebreo de cuatro letras (*Tetragrama*) designando a Jehová (fig. 6), ya sea el «ojo divino» (fig. 7).



Fig. 6. El triángulo y el tetragrama.

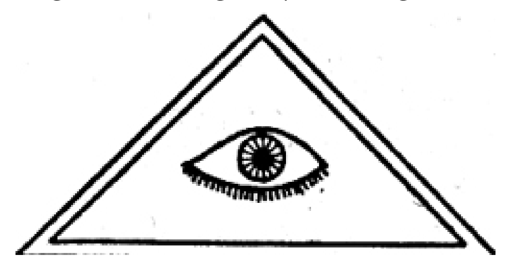


Fig. 7. Triángulo y el ojo de Dios.

El Triángulo está colocado a Oriente de la Logia, justo encima y un poco atrás del sitial del Venerable. Simboliza la divina *Trinidad*, en todas sus formas: el Pasado, el Presente y el Porvenir; la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza; la Sal, el Azufre y el Mercurio (los tres principios de la Gran Obra); los tres reinos de la Naturaleza; el Nacimiento, la Vida y la Muerte; la Luz (principio activo), las Tinieblas (principio pasivo) y el Tiempo, que realiza el equilibrio entre los principios masculino y femenino. El *Ojo* simboliza a la vez: el Sol, expresión visible de la Divinidad, del que emanan la Luz y la Vida; el

Verbo o Logos, Principio creador; el Gran Arquitecto, cuya existencia solo conocemos por su manifestación sensible: el Universo.

2. Las dos columnas *Jachín* (J∴, pronunciase «Yaquín») y *Boaz* (B ∴) construidas por Hiram, arquitecto del Templo de Salomón[58]. Esas dos columnas, roja y blanca, corresponden al Sol y a la Luna; simbolizan la oposición de los dos Principios masculino y femenino, activo y pasivo, luminoso y tenebroso, la lucha de las fuerzas constructivas y las fuerzas destructivas en el universo;
3. La *Estrella Flamígera*, con la letra G en el centro, es el símbolo de la acción benéfica; está construida según las proporciones del Número Áureo[59]. En cuanto a la letra G, tiene cinco significados: Gravitación, Geometría, Generación, Genio, Gnosis. Se aplica igualmente al Gran Arquitecto (G = God) (figura 8).



Fig. 8. La Estrella flamígera.

4. *La Escuadra y el Compás*. La Escuadra simboliza la acción del Hombre sobre la materia y la organización del caos; el Compás es el símbolo de lo *Relativo*, es decir, mide el mayor dominio que puede alcanzar el genio humano. Puede observarse

igualmente que el Compás simboliza los dos principios (representados por las ramas) que surgen del *punto*, principio de toda manifestación cósmica (fig. 9).

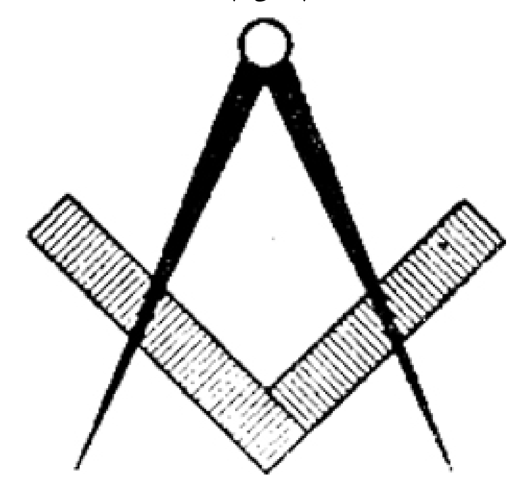


Fig. 9. La escuadra y el compás.

5. El *Sello de Salomón* (estrella de seis puntas) (fig. 10): el Triángulo blanco representa a la Divinidad, las Fuerzas de evolución, el Fuego espiritual; el Triángulo negro, opuesto y complemento del primero, simboliza la involución, las fuerzas terrestres y al hombre.



Fig. 10. El sello de Salomón.

6. La *Piedra bruta* y la *Piedra cúbica*: la iniciación masónica consiste en trasformar al profano en iniciado, en «labrar la Piedra bruta en Piedra cúbica». De ahí la importancia que se concede a símbolos como el Mazo y el Cincel, la Perpendicular (plomada) y el Nivel, la Regla, la Palanca y la Llana, herramientas indispensables para desbastar la «Piedra bruta»[60].
7. La *Espada flamígera*: simboliza la Creación, por intermedio del Verbo luminoso. Representa igualmente la purificación del iniciado por las pruebas.



Fig. 11. La espada flamígera.

Sería fácil multiplicar los símbolos que a cada paso se encuentran en la Masonería. Sería igualmente muy interesante estudiar el profundo valor simbólico de los *emblemas*, de los *ademanes* y de las *ceremonias* masónicas; pero saldríamos de los límites de este volumen.

En lo que se refiere a los *ritos de iniciación*, nos limitaremos a lo más característico, estudiando los principios básicos de la iniciación masónica, y dando alguna información sobre el ritual del aprendiz, así como sobre la leyenda de Hiram, que figura en el ritual de maestro.

Principios de la Iniciación masónica. El fin de la Francmasonería es «el arte de construir el Templo ideal», es decir, trasformar el ser humano, «desbastar la Piedra bruta»: el profano «recibe la Luz», se hace «Aprendiz» y luego «Compañero»; la «Piedra bruta» se convierte en «Piedra cúbica», que puede «insertarse en el Templo ideal». La Iniciación se completa cuando el masón llega a «maestro», teóricamente al menos, pues los autores masónicos admiten muy bien que ciertos Hermanos no pueden nunca llegar a desbastar la «Piedra bruta»…

Los ritos iniciáticos se derivan de fuentes múltiples: iniciaciones operatorias y de compañerismo, «Misterios» de la antigüedad, rituales gnósticos, alquimia, etcétera. En lo que concierne a los «Altos Grados», «todo ocurre como si —empleamos esta expresión, nos dice J. Boucher, pues se trata de una hipótesis— correspondieran a una forma particular de la tradición» (diremos del Hermetismo cristiano de los *Rosa-cruces*, al que se debe, sin duda igualmente, todo lo que se orienta hacia la «Alquimia mística» en los tres primeros grados, así como la leyenda simbólica de Hiram, en la forma en que está representada en el grado de maestro [véase más adelante]).

La «Cámara de Reflexión» y la Alquimia espiritual. Se introduce al «profano» en la *Cámara de Reflexión*, especie de cuarto pintado interiormente de negro, con una mesa, un taburete y un escritorio; sobre la mesa hay una jarra de agua, pan, dos copas, una con azufre y la otra llena de sal; en las paredes, una serie de símbolos: una Hoz, un Reloj de arena, un Gallo, y la palabra V. I. T. R. I. O. L. El recipiendario ejecuta una «Reflexión», es decir, en el sentido etimológico del término, una reversión sobre sí mismo. El profano representa la *materia prima* de la Gran Obra alquímica: «La Cámara

de Reflexión corresponde al matraz del alquimista, a su huevo filosófico herméticamente cerrado. El profano encuentra en ella la tumba tenebrosa en que voluntariamente debe morir a su existencia pasada.» (O. Wirth.). Renace luego de nuevo: la Cámara de Reflexión realiza como una especie de compendio de la Creación, pues la condición primordial para toda generación es la ausencia total de luz solar. El candidato a la Iniciación queda sujeto a las diferentes operaciones sucesivas de la «Alquimia espiritual»; vive, como lo hace notar G. Persigout, las tres etapas principales del proceso alquímico: «Las Tinieblas se condensan» (Color negro: fase de «putrefacción») → «El alba blanquea» (Piedra blanca) → «La llama resplandece» (Piedra colorada). Por lo demás, los tres principios alquímicos están figurados en la Cámara: el Azufre, la Sal y el Mercurio (el Gallo es un antiguo símbolo que representa al dios Mercurio). En cuanto a la palabra V. I. T. R. I. O. L., es el anagrama de la fórmula hermética: *Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem* («Visita el interior de la Tierra, por rectificación hallarás la piedra escondida»); «Es —dice J. Boucher— una invitación a la busca del Ego (del yo) profundo, que no es sino el alma humana misma, en el silencio y la meditación».

Al profano se le «despoja de sus metales», es decir, se le quita todo lo que es de naturaleza metálica (navaja, dinero, etc.), de manera que el ser humano esté de nuevo colocado simbólicamente en el estado de naturaleza (el «metal» que se le quita representa la civilización, con todo lo que comporta de ficticio) y para no estorbar los influjos mágicos en los cuales van a colocar al recipiendario (pues los metales molestan la circulación de las corrientes magnéticas). Luego se desnuda la parte izquierda del pecho (señal de franqueza y de sinceridad) y la pierna derecha del candidato (señal de humildad); se le quita el zapato izquierdo (señal de respeto) y se le pasa alrededor del cuello un nudo corredizo, que representa todo lo que aún ata al profano al mundo en que se halla.

Las tres preguntas y el juramento. El recipiendario debe contestar por escrito a tres preguntas (*¿Qué debe el hombre a Dios*[61]*? ¿Qué se debe el hombre a sí mismo? ¿Qué debe el hombre a los demás?*), y debe «redactar su testamento». Luego se procede a la «preparación física» descrita más arriba. Después se admite al profano a las *pruebas*, tras haberle puesto una venda en los ojos, que se le quita cuando «recibe la Luz».

Por último, el neófito *presta juramento* en nombre del «Gran Arquitecto del Universo» (o invocando el *Libro de las Constituciones*); el juramento, escrito en un papel, se quema luego. De este modo se considera que tiene influencia sobre los cuatro elementos:

Papel (materia sólida)→ Tierra.

Tinta (líquido)→ Agua.

Pronunciación→ Aire.

Combustión→ Fuego.

En el momento en que el Neófito «recibe la Luz», está «iniciado», todos los Hermanos dirigen hacia él la punta de sus espadas, con el fin de atraer hacia el nuevo adepto las fuerzas benéficas puestas en juego por los ritos.

La leyenda de Hiram. «La leyenda de Hiram, vivida por el recipiendario (en el curso de la iniciación al grado de maestro), que representa al propio Hiram durante la ceremonia de iniciación, es un drama simbólico que hace de la Masonería actual, no una supervivencia de los Misterios de la antigüedad, sino una continuación de dichos Misterios» (J. Boucher). Esa leyenda del asesinato de Hiram, arquitecto del Templo de Salomón, tiene un origen muy misterioso, y parece haber sido introducida en el ritual por los Rosacruces del siglo XVII. Reproduce tradiciones remotísimas, que se encuentran en casi todos los Misterios, empezando por las iniciaciones primitivas[62]. Se resume en lo siguiente: tres compañeros, celosos de los privilegios del maestro, acometieron sucesivamente a Hiram; el último lo mató; enterraron el cuerpo y plantaron una rama de *acacia*

en la tierra recientemente movida. Gracias a esa rama los Compañeros que salieron en busca de Hiram descubrieron su cadáver.

Ese mito lo vive el recipiendario, que simboliza al propio Hiram, herido por la *Regla*, luego por la *Escuadra*, y muerto por el Mazo: después de esa «triple muerte» y una «putrefacción» avanzada, *Hiram resucita*. ¿Qué *significa* ese drama simbólico?

1. Se encuentra el dualismo de las potencias buenas y malas, pues los Misterios antiguos siempre ponen en juego un hombre o un dios que perece, víctima de una potencia mala, y resucita en una existencia gloriosa y transfigurada.
2. Puede dársele también una interpretación *astronómica*: Hiram es *Osiris*, el Sol; la Acacia, símbolo utilizado por las antiguas teologías solares, representa la nueva vegetación engendrada por la resurrección del Sol. De ahí el nombre de *Hijos de la Viuda* con que se designan los Masones (la Naturaleza, *Isis, abandonada* por su esposo, el Sol, que ha bajado a su tumba): «Cuando en diciembre —escribe Ragón— el Sol invernal parece abandonar nuestros climas para ir a reinar en el hemisferio inferior y nos parece bajar a la tumba, la Naturaleza está entonces *viuda* de su Esposo, de quien recibe cada año su alegría y su fecundidad. Sus hijos están desconsolados; de modo que con toda razón los Masones, alumnos de la Naturaleza, y que, en el grado de maestro, exponen esa hermosa alegoría, se llaman los *Hijos de la Viuda* (o de la Naturaleza); del mismo modo que al reaparecer el dios se convierten en *Hijos de la Luz*». En La *Symbolique maçonnique* de J. Boucher, págs. 280-283, se encontrará un desarrollo de las interpretaciones que pueden darse a ese término. Según J. Boucher, «la *Viuda* está caracterizada por un *velo negro* y simboliza entonces a las Tinieblas que son… inherentes… inherentes al Espacio. Por eso los Masones son simultáneamente los *Hijos de la Viuda* y los

Hijos de la Luz. Son *Hijos del Mundo de las Tinieblas*, pero en el seno de este mundo se manifiestan como *Hijos de la Luz*».

3. Por último, puede darse una interpretación *alquímica*: el mito de Hiram es una alegoría de la *Gran Obra espiritual*; la «Muerte» (fase de «putrefacción») es la etapa indispensable por la cual debe pasar la «Materia prima» para poder trascenderse. «Los tres compañeros libran a Hiram (el Iniciado) del plano material, del plano psíquico y del plano mental; pues esos tres planos son los del mundo profano. Hiram resucita en el plano divino: es entonces verdaderamente maestro.» (J. Boucher). La muerte simbólica de Hiram, como la de *Osiris*, o la de *Cristo*, «anuncia, no una destrucción total del Ser, sino una renovación, una metamorfosis».

III. Las doctrinas

Fin de la Masonería: el «Constructivismo». El fin de la Francmasonería es el Constructivismo (O. Wirth), la «reconstrucción simbólica del Templo de Jerusalén», es decir, «la construcción de una Sociedad conforme con los principios racionales, de modo que asegure a la Humanidad su perfecto desarrollo» (Gr. Encycl.). Los hombres deben trabajar en el plan de la Naturaleza bajo las órdenes del Gran Arquitecto del Universo. «La F .•. M .•. —escribe Willermoz[63]— no tiene esencialmente otra finalidad sino el conocimiento del hombre y de la naturaleza; fundada sobre el Templo de Salomón, no puede ser ajena a la ciencia del hombre, puesto que todos los sabios que han existido desde su fundación han reconocido que ese famoso Templo solo ha existido en el universo para ser el tipo universal del hombre general en sus estados pasados, presentes y

futuros, y el cuadro figurado de su propia historia». Los medios empleados por la Masonería son: «La ejecución de actos simbólicos que forman sus ritos; la enseñanza mutua y el ejemplo, la cultura intelectual, la práctica de la fraternidad y de la solidaridad» (*Gr. Enc*). La Francmasonería aparece así, a simple vista, como una organización filantrópica y humanitaria, cuyo fin es el mejoramiento moral y material de la humanidad, cuyos principios son la creencia en el progreso indefinido de la humanidad, la tolerancia (cf. la definición citada por A. Lantoine: «La religión de la tolerancia»), haciendo abstracción de todas las distinciones religiosas nacionales (cf. J. Boucher: «La patria del Masón es la Tierra entera, y no solo el lugar donde ha nacido o la colectividad en que se ha desarrollado») y sociales: es una asociación que debe colocarse fuera y más allá de las confesiones diversas, cuyo fin es no trastornar las instituciones, sino realizar conversiones morales, de las cuales la moral universalista, por encima de las patrias y de las razas, contiene los preceptos comunes a las diferentes religiones positivas (cf. las *Constituciones* de Anderson: sus miembros solo están obligados a «la religión en que todos los hombres concuerdan») formando «una alianza universal de todos los hombres de corazón que sienten la necesidad de unirse para trabajar en común en el perfeccionamiento intelectual y moral de la humanidad», según la expresión empleada por el autor anónimo en el artículo *Franc-Maçonnerie* de la *Grande Encyclopédie*. Pero, en realidad, la Masonería es algo más que una organización filantrópica internacional: es, no lo olvidemos, una Sociedad secreta *iniciática*.

Fin de la Iniciación masónica. «La Masonería abre la vía a la Iniciación —es decir, al Conocimiento— y sus símbolos dan al Masón la posibilidad de alcanzarla»[64]. La «filosofía iniciática» de la Francmasonería se coloca por encima y fuera de las doctrinas religiosas y políticas: no impone a sus adeptos ninguna creencia, ningún sistema doctrinal determinado, pero encamina a los iniciados hacia un progreso indefinido: «El simbolismo —escribe G. Persigout— solo apunta a sugerir el trabajo interior y a estimular la

orientación personal sobre las vías del Constructivismo universal». La Gran Obra masónica es una tarea siempre en movimiento, un ideal que es menester esforzarse por alcanzar. Pero, dice J. Boucher, «el Templo nunca será terminado, y nadie puede esperarse a ver resucitar en él al auténtico y eterno Hiram». El simbolismo masónico es así la forma sensible de una síntesis filosófica de orden trascendente y abstracto, a la cual el iniciado debe cooperar: «No sabréis en Masonería, sino lo que hayáis encontrado vosotros mismos». (O. Wirth).

El esoterismo masónico. La finalidad de la Iniciación masónica es, pues, algo fundamentalmente distinto de una doctrina secreta. Y sin embargo, en la literatura masónica se hallan repetidas alusiones a una *tradición secreta* de que la Hermandad sería la depositaria, a conocimientos misteriosos llegados de Oriente, cultivados y trasmitidos por una serie de sabios: Pitágoras, Moisés, Zoroastro, Jesús… Y si la Francmasonería ha heredado ritos y símbolos de los antiguos Misterios, no es extraño comprobar en ella la presencia de un esoterismo, de *especulaciones* desarrolladas por los Masones de los Altos Grados: «Se trata de encontrar la Palabra perdida, de reunir los vestigios de la Tradición primordial.» (G. Persigout). Y así la Masonería se convierte en la «religión natural», de la que todas las religiones, pasadas y presentes solo son fases históricas, y que trata de volver a encontrar el Templo de la edénica Humanidad, de restablecer el reinado de la Edad de Oro: «*La Francmasonería* —escribe Mazaroz — *es la religión de las religiones*. En efecto, todo demuestra que la Masonería contiene, en toda su pureza, los principios sociales de la religión primitiva, llamada del *Paraíso terrenal*».

Los pensadores de la Masonería alcanzan así los temas clásicos del esoterismo, cuya larga historia y permanencia a través de todas las épocas es conocida. «La unidad creadora es un todo universal macho y hembra, moreno y rubio, espíritu y materia, que no conocemos y no podemos conocer sino por sus innumerables manifestaciones de detalle, en las cuales cada uno de nosotros es sucesivamente actor y

espectador.» (J.-P. Mazaroz). Ese es el antiguo dualismo de los dos Principios, masculino y femenino: el «Padre» universal, de naturaleza ígnea, que fecunda a la «Madre», principio material (simbolizado por las dos columnas *Jachín* y *Boaz*). El *Gran Arquitecto* no es un Ser superior al mundo: es la Fuerza que rige a la materia, la Ley del Universo del que los hombres solo pueden percibir las manifestaciones sensibles; no es el dios *creador* del catolicismo, puesto que el «Gran Arquitecto» *organiza* una materia que él no ha creado, que hasta es impotente para crear. Como el Rosacruz Fludd, los filósofos masónicos llegan así a la teología solar, siendo la Luz del Sol la expresión sensible de la Vida cósmica y divina: el Sol es la residencia de donde Dios anima nuestro universo. «Dios es todo, y todo es Dios». Es la Omnipotencia, la Inteligencia universal, que todo lo anima. El Universo visible, del cual es el Principio conductor y conservador, es la Divinidad en estado de manifestación.

El nacimiento del universo se explica por la acción recíproca de la Luz y de las Tinieblas. Por lo demás, los autores modernos apelan frecuentemente a la ciencia contemporánea: «La última palabra de la Ciencia en la actualidad —escribe por ejemplo J. Boucher— es que toda materia se resuelve finalmente en fotones (partículas luminosas), que esos fotones, acumulándose en el espacio, forman las nebulosas o mundos en formación… Si la esencia íntima de la Materia es la Luz, el medio en que esta se mueve es la Tiniebla: el Espacio es Noche, la Materia es Día. El Tiempo no existe sino cuando los fotones, agrupados en electrones, átomos y moléculas, forman mundos destinados a la segregación». Hay en eso una formulación moderna de la antigua doctrina del Huevo de los mundos, en el que todos los seres están contenidos en estado de gérmenes no manifestados …

En cuanto al Hombre, ocupa un lugar privilegiado en la Naturaleza: en efecto, la Divinidad está representada por el Hombre, que lleva en sí el ideal de lo Verdadero, de lo Hermoso, y del Bien, «un arquitecto que preside la construcción de su ser moral» (O. Wirth).

Llevamos en nosotros un dios, principio pensante, «Sol oculto que brilla en la morada de los Muertos», y del que emanan la razón y la inteligencia. El hombre es un dios en potencia, que puede desarrollar sus poderes de manera ilimitada…

El esoterismo masónico ha ejercido gran influencia sobre cierto número de doctrinas filosóficas y religiosas. Hasta se lo encuentra expresado en muchas obras literarias o artísticas, por ejemplo el *Fausto* de Goethe o la *Flauta mágica* de Mozart[65].

SEGUNDA PARTE

GENERALIDADES

Capítulo 1

LAS SOCIEDADES SECRETAS POLÍTICAS

Parecidos y diferencias entre Organizaciones iniciáticas y agrupaciones políticas. Hicimos observar, al principio de esta obra, que es a menudo bastante difícil hacer una demarcación estricta entre Sociedades secretas «iniciáticas» y Sociedades «políticas». Por lo demás, la diferencia no está tanto en las formas exteriores (siempre hay, en toda sociedad secreta, sea cual fuere su naturaleza, un juramento, cuyos términos se reducen, en todos los casos, a poco más o menos: «Juro obediencia a la Orden, y no revelar jamás sus secretos»; además, siempre hay un ceremonial de admisión del neófito: todos sabemos que los «conspiradores» de todos los tiempos emplearon ritos, pruebas y ornamentos que se parecen mucho, exteriormente, a los de las organizaciones iniciáticas); está en cambio en los fines perseguidos por las diversas Hermandades, «supratemporales» en el caso de las Sociedades iniciáticas, «temporales» en el caso de las Sociedades políticas: ahora bien, está comprobado que cierto número de organizaciones de estatutos teóricamente suprapolíticos se han ocupado

también de proyectos de reforma social, vinculados a veces estrechamente a sus fines filosóficos (cf. los «rosacruces»). Para tomar un ejemplo bastante conocido, no puede negarse que la Francmasonería haya desempeñado un papel político importante, sin que por eso deba exagerarse dicha influencia; cierto número de polemistas han llegado hasta denunciar un vasto «complot masónico» dirigido por «los judíos» (o «el imperialismo británico», «el bolchevismo», «los trusts norteamericanos», «el partido radical», hasta el propio Satanás[66]; casi todo se ha sostenido), apuntando a «destruir todas las religiones» y a «tomar el poder en todos los países» gracias a asesinos asalariados, autores de todos los «crímenes políticos» cometidos desde el siglo XVIII hasta nuestros días, empezando por el Terror (lo que es falso históricamente, pues si los francmasones tomaron una parte activa en la Revolución «benigna» de los años 1879-91, luego fueron arrollados por los jacobinos: se ignora demasiado a menudo que la Convención mandó cerrar las Logias y envió a la guillotina a gran número de Hermanos, empezando por el gran maestro, que no era otro sino el duque de Orleáns, «Felipe-Igualdad»…); sin embargo, no hay que exagerar en el otro sentido, y negar que la Masonería haya influido jamás en la evolución política de ciertos países (cf. su papel en Francia, en el voto de las leyes sobre la separación de la Iglesia y del Estado)…

De todos modos, hay un medio que permite reconocer que una sociedad más o menos secreta pertenece a una de las dos categorías distinguidas por Lantoine; ese medio es el conocimiento del *valor profundo* de los ritos y de los símbolos; si estos últimos tienen un sentido de orden filosófico, moral o religioso, es una Sociedad «iniciática»; si, al contrario, no tienen ninguna significación intrínseca y figuran solo para impresionar la imaginación del neófito, se trata de una Sociedad «política» (o de una agrupa-

ción de fantasía, pues también las hay, pero entonces no es una sociedad secreta…). Según Rene Guénon, habría otro medio de distinguir una Sociedad «iniciática» de una Sociedad «política»: en la primera es, muy a menudo, imposible atribuir a los ritos ya los símbolos un autor determinado; en la segunda, el ritual es instituido generalmente por una personalidad conocida.

Caracteres generales de las Sociedades políticas: ensayo de clasificación. Lo que, desde el comienzo, llama la atención en las Sociedades secretas puramente políticas es su *duración limitada*: mientras que las Organizaciones iniciáticas tienen fines «trascendentes», algo como las religiones, las Sociedades políticas tienen una duración bastante corta; en efecto, como muy a menudo están lejos de mantener buenas relaciones con el Estado, no pueden tener una organización complicada y locales bien instalados como las Sociedades iniciáticas, que tratan de ser reconocidas o, cuando menos, toleradas, por los poderes públicos; además, siempre tienen *fines definidos*: una vez satisfechos estos, ya no hay «Sociedad secreta», pues ya no tiene razón para ocultar su existencia (la agrupación puede también desaparecer a pesar suyo, cuando la policía consigue destruirla…).

En lo que se refiere a las *condiciones favorables* para el nacimiento de esas Sociedades secretas, hay que anotar en primer lugar la existencia de una autoridad celosa, que no tolera ninguna crítica y obliga a la oposición a «colocarse en la clandestinidad»; pero, como observa muy justamente A. Lantoine, siempre hubo «conspiradores», hasta en los regímenes más democráticos, donde las teorías más hostiles al gobierno reinante pueden expresarse… Por otra parte, los periodos de marasmo económico y social se señalan igualmente por el nacimiento de numerosas Sociedades secretas: así, por ejemplo, las Sociedades «justicieras» nacen, muy a menudo, cuando un gobierno débil es incapaz de mantener el

orden. Habría en esto materia para gran número de investigaciones, pues a los sociólogos les ha interesado bastante poco todos esos problemas relativos a la existencia de las Sociedades secretas, de las que no ha carecido ningún país del mundo, en todos los períodos de su historia.

Las Sociedades secretas políticas podrían clasificarse según los *fines* por ellas perseguidos; así se distinguirían:

Las Sociedades «justicieras» que substituyen a la justicia legal cuando se juzga que esta flaquea.

Las Sociedades con fines propiamente «políticos», que combaten, ya sea una dominación extranjera, ya sea un régimen opresivo; en esta categoría pueden incluirse las que tienen fines internacionalistas, e igualmente las que tratan de conquistar el poder en provecho propio.

Las Sociedades criminales, aun cuando muchos historiadores no las consideran como verdaderas «Sociedades secretas»: «A pesar de su misteriosa solidaridad —escribe A. Lantoine—, los gangsters y los malvados explotadores de mujeres no deben interesarnos aquí… Lejos de querer modificar el estado social, lo explotan y de él viven… A nuestro parecer, solo merecen la denominación de secretas las asociaciones cuyos miembros (al menos en principio) no buscan un beneficio personal». Sin embargo, como lo observa el mismo autor, podría decirse que las Sociedades criminales son las únicas Sociedades «secretas» en el pleno sentido del vocablo «clandestinas»: «Cada cual tiene una regla, obedece generalmente a uno o varios jefes, y prepara sus golpes con la más estrecha discreción. Sus hazañas son las que las señalan a la atención pública y sus rivalidades a la vigilancia policial».

No podemos, evidentemente, estudiar todas las Sociedades secretas «políticas»: haría falta un volumen entero solo para enu-

merarlas. Como tenemos que limitarnos a algunos ejemplos, estudiaremos sucesivamente:

La Santa Vehme;
Los Iluminados de Baviera;
Los Carbonarios;
Las Sociedades irlandesas;
El Ku-Klux-Klan;
La Maffia;
Las Sociedades criminales.

Capítulo 2
LA SANTA VEHME

Orígenes. La *Santa Vehme* es la más célebre de las Sociedades secretas de fines *justicieros*. Ese temido tribunal nació hacia mediados del siglo XVIII, durante el período de desorden y bandidaje que se instauró en Westfalia después que Federico I desterró del Imperio a Enrique, el León, duque de Sajonia y de Baviera[67]; como el emperador no podía mantener el orden en todo ese territorio comprendido entre el Rin y el Weser, los bandidos y los malhechores aprovecharon para saquear el país; para poner fin a esa anarquía se constituyó la *Vehme*, que sustituyó a las autoridades judiciales desfallecientes. En el siglo XIV, esta Sociedad secreta tenía un poderío sin limites, y llegó a contar, en su apogeo, con más de cien mil afiliados o *Wissenden* «los que saben», su jurisdicción fue reconocida en 1371 por el Código concedido por el emperador Carlos IV a Westfalia. Finalmente, las ordenanzas judiciales de los emperadores Maximiliano y Carlos V hicieron inútil ese procedimiento expeditivo… No obstante, aun después del siglo XVI, el temible poderío de la Vehme siguió ejerciéndose en la sombra, y esa Sociedad secreta solo desapareció definitivamente después de la invasión de Alemania por las tropas napoleónicas (1811).

Organización y procedimiento de la Vehme. La Vehme inspiraba respeto con mezcla de temor, pues tenía numerosos adherentes, que pertenecían a todas las clases sociales, obligados por su juramento a ejecutar los fallos del tribunal. Los afiliados,

que disponían de signos de reconocimiento, formaban una jerarquía: los *Frohnboten*, encargados de aplicar las sentencias; los *Freischöffen* («francojueces»); los *Stuhlberren* («francocondes»), que presidían los tribunales. Las asambleas de la Vehme se realizaban generalmente al aire libre: las audiencias eran, ya sea públicas, ya sea, en ciertos casos, reservadas a los juramentados (*heimliche Acht*, «tribunal secreto»); había una ley escrita, que se mantenía secreta y que estaba prohibido comunicar a los profanos. La única pena prevista era la de muerte: la sentencia se ejecutaba inmediatamente después del juicio, colgando al reo del árbol más próximo.

A los acusados se les notificaba tres veces para que comparecieran, y cada vez tenían seis semanas y tres días para contestar. Si el acusado aceptaba comparecer ante el tribunal, tenía el derecho de presentar hasta treinta testigos de descargo. Si lo condenaban, la sentencia de la Vehme era notificada, después de la ejecución, mediante un cuchillo clavado en el árbol en que se había colgado al criminal. Si el acusado no obedecía a ninguna de las tres citaciones, se le condenaba por contumacia y se le «desterraba del Imperio»: si tres afiliados de la Vehme conseguían echarle mano, tenían el derecho de colgarlo del árbol más cercano… Se comprende fácilmente que semejante tribunal, con tan expeditivo procedimiento y con tan gran número de afiliados, inspirara un temor por lo menos tan grande como la *Inquisición* española; por lo demás, el recuerdo ha quedado muy vivo en Alemania.

Capítulo 3
LOS ILUMINADOS DE BAVIERA

Weishaupt. La Orden de los *Iluminados*[68] (primeramente llamados «Perfectibilistas») fue fundada en Ingolstadt (Baviera), el 1.° de mayo de 1776, por, un joven de veintiocho años que enseñaba derecho canónico en la Universidad de dicha ciudad. Weishaupt tenía ideas de reforma social sumamente «avanzadas» y fundó dicha Orden con el fin de hacerlas triunfar.

Consiguió que entraran en su Sociedad numerosos francmasones, que habían roto con la regla que prohibía las discusiones religiosas o políticas en las Logias: en su apogeo, la Orden contaba, en 1783, con seiscientos miembros, solo en Baviera, y cierto número de afiliados en toda Europa. Pero el éxito había de ser de corta duración… ¿Cuáles eran la organización y los fines de esa Sociedad secreta paramasónica?

Los grados. Los grados formaban una jerarquía de tres series sucesivas, debida a Weishaupt y a sus amigos:

1. Almáciga
    1. «preparatorio»
    2. «novicio»
    3. «minerval»
    4. «*Illuminatus minor*»
2. Masonería
    «Simbólica»
        1. «aprendiz»

        2. «compañero»
        3. «maestro»
    «Escocesa»
        1. «*Illuminatus major*»
        2. «*Illuminatus dirigens*»
3. Misterios
    «Menores»
        1. «sacerdote»
        2. «regente»
    «Mayores»
        1. «mago»
        2. «rey»

Los fines reales de la Orden eran desvelados poco a poco, a medida que el adepto ascendía en la jerarquía:

1. El *Illuminatus minor* prestaba un juramento de obediencia absoluta a sus superiores. Se le enseñaba que el fin de la Sociedad era hacer de toda la humanidad un solo cuerpo, gobernado por los superiores.
2. El *Illuminatus dirigens* prometía «luchar contra la superstición, la maledicencia y el despotismo», y hacerse el campeón «de la virtud, de la sabiduría y de la libertad».
3. En el grado de *sacerdote*, se ponía al candidato aún más al corriente de las doctrinas de la Orden: «En él se decía que el mejor medio para verse libre de dirigentes importunos eran proceder mediante la operación de una sociedad secreta que apuntara a *apoderarse de todos los poderes del Estado*. Príncipes y sacerdotes debían ser exterminados. El patriotismo habría de ceder el lugar al cosmopolitismo…»[69].
4. En el grado de *mago*, se predicaba el *panteísmo materialista*: «Dios y el mundo no son más que uno —decía Weishaupt

—; todas las religiones son igualmente sin fundamento, puros artificios inventados por ambiciosos».

5. En fin, el grado más elevado (rey) enseñaba al adepto que *todos los individuos tenían iguales derechos*, que el hombre debía ser su propio soberano «como en el estado patriarcal, y que las naciones habían de ser llevadas a este estado por todas las vías que a ello pueden conducir, es decir, por medio pacíficos, si es posible; si no, por la fuerza, pues *toda subordinación debía desaparecer de la superficie de la tierra*».

Los Iluminados se designaban con *seudónimos antiguos*: «Espartaco» (Weishaupt), «Filón» (el barón von Knigge), «Catón» (el juez Zwackh), etcétera; además, en su correspondencia designaban a Baviera «Grecia», a Munich «Atenas», etcétera.

Fin último perseguido por los Iluminados. El fin último de los Iluminados era nada menos, al fin y al cabo, que la *Anarquía*, en el sentido filosófico del término: «He propuesto —decía Weishaupt— una explicación de la Francmasonería, ventajosa desde todos los puntos de vista, por cuanto se dirige a los Cristianos de todas las confesiones, los *libra gradualmente de todos los prejuicios religiosos*, cultiva y reanima las virtudes de sociedad por una perspectiva de *felicidad universal, completa y rápidamente realizable*, en un Estado donde florecerán la *libertad* y la *igualdad*, un Estado *libre de los obstáculos que la jerarquía, la clase, la riqueza, arrojan continuamente a nuestro paso*… No tardará en llegar el momento en que los hombres serán dichosos y libres»[70]. (El subrayado es nuestro). Anotemos al pasar, que ciertos historiadores han atribuido a la Francmasonería propiamente dicha los propósitos de los Iluminados, que, al contrario, trataban de confiscar la institución en provecho propio; así, B. Fabre[71] escribe, para caracterizar la finalidad de los Masones: «Nada de autoridad, así pues, nada de gobierno; nada de leyes, de modo que nada de legislador;

nada de familia; nada de sociedad; no más nacionalidades; no más fronteras; no más patrias».

Disolución de la Orden. Los progresos de la Orden fueron muy grandes después de la adhesión, en 1782, de un Francmasón ilustre, el barón *von Knigge*, que fue jefe del «círculo» de Westfalia; pero Knigge se cansó pronto de los modales autoritarios de Weishaupt, y en compensación este lo acusó de «fanatismo» y de «mojigatería», diciendo que había dejado una parte demasiado grande al elemento religioso en el ritual (principalmente por el «Festín de amor», celebrado con motivo del grado de *Illuminatus dirigens*, en el curso del cual «J. de N.» [es decir, Jesús de Nazaret] era invocado como fundador de la Orden); por último, «Filón» se retiró de la Sociedad, que, en ese momento, estaba seriamente amenazada; ya en 1787 el Elector de Baviera había ordenado una investigación sobre esa Orden cuyos designios revolucionarios comenzaban a conocerse; después de la defección de Knigge, cuatro afiliados, alarmados, se asustaron, y fueron a revelar todo al Elector, declarando «que la Orden abjuraba el cristianismo…, que se entregaba a placeres epicúreos, justificaba el suicidio, repudiaba el patriotismo y la lealtad como prejuicios de espíritus estrechos, condenaba la propiedad privada, permitía que se hiciera el mal cuando de él había de salir un bien, y en fin, colocaba los intereses de la Orden por encima de toda otra consideración»[72]. En 1785 quedó disuelta la Sociedad: Weishaupt fue destituido de su cátedra y expulsado de Baviera, así como otros tres altos dignatarios…

La influencia ulterior de los Iluminados de Baviera en la Revolución francesa es todavía del dominio de las conjeturas: se ha pretendido que Mirabeau y el duque de Orleáns (el futuro «Felipe-Igualdad») habían estado afiliados al movimiento; pero faltan las pruebas decisivas.

Capítulo 4
LOS CARBONARIOS

Orígenes. Los *Carbonarios* dieron mucho que hablar en el siglo pasado, y muchas novelas los han traído a escena. Si sus confabulaciones son bien conocidas, estamos mucho menos informados sobre sus *orígenes*: parece que el antepasado del carbonarismo fue una sociedad completamente inofensiva: los *Leñadores* o *Carboneros*. Era una especie de compañonaje, que agrupaba, como su nombre lo indica, a los leñadores y otros trabajadores de los bosques, pero que admitía en su seno a hombres de todas las clases de la sociedad. Esta «Masonería forestal», cuyos lugares de reunión, o *talleres*, eran de preferencia al aire libre, daba lugar a ritos de iniciación, a signos y santo y seña, etc. Esa Sociedad cultivaba la beneficencia mutua, y también la diversión, la tranca alegría. ¿Cómo se pasó de esa inocente corporación a los *Carbonarios*, italianos o franceses, que tanto dieron que hacer a la policía de la Restauración? La filiación sigue siendo bastante misteriosa, aun cuando parece posible señalar un papel al coronel *Oudet* (amigo del célebre general Mallet), fundador de una Sociedad secreta antinapoleónica, los *Filadelfos* u *Olímpicos*; *Oudet*, para propagar sus doctrinas, parece que se apoyó en los *Carboneros* del Jura, a quienes se supone hallarse en los orígenes de los. Carbonarios italianos. Las relaciones entre la *francmasonería* y los Carbonarios permanecen también bastante misteriosas.

Los Carbonarios italianos. La Sociedad de los *Carbonarios* fue introducida en el sur de Italia hacia el final del reinado de

Murat como rey de Nápoles, y sin duda por franceses, que al parecer la organizaron sobre el modelo de la Hermandad de los *Carboneros*, o «Buen primazgo», del Jura. El desarrollo de los Carbonarios italianos como potencia política fue obra de un protegido de Murat, el ministro de la policía *Maghella*; este, adversario de Napoleón, consiguió persuadir a Murat de que se uniera a los aliados en 1814. El ideal de Maghella era lograr la independencia de Italia, bajo una monarquía constitucional; con ese fin se sirvió de los Carbonarios, que le parecían un instrumento muy útil contra el poder absoluto, ya viniese de Napoleón o de los Borbones, lo que ocurrió cuando los antiguos soberanos volvieron a ser dueños del Reino. La sociedad vio aumentar su poderío con extraordinaria rapidez: «En ciertas ciudades de Calabria y de los Abruzos —observa J. Heron Lepper—, toda la población masculina estaba iniciada». Los Carbonarios llegaron a formar un verdadero Estado en el Estado, reclutando adeptos en todas las clases dé la sociedad, dando instrucción militar a sus miembros y hasta juzgando las faltas de los afiliados por un tribunal secreto, no permitiéndose la apelación al Derecho común sin autorización de ese tribunal. Cuando regresó a Nápoles el rey Fernando, el ministro de policía de este, Canosa, emprendió encarnizada lucha contra esos Carbonarios, llegando hasta fundar una sociedad rival, los *Calderari*, cuyos miembros cometieron tales excesos que fueron suprimidos en 1816 por decreto real. Mientras tanto, los Carbonarios se hacían cada vez más poderosos, y en Calabria y los Abruzos nacía cierto número de Sociedades cuyos miembros, organizados militarmente, cometían gran número de crímenes políticos; el soberano acudió a un general inglés para combatirlos. Otras sociedades, más moderadas, surgían en los diversos Estados de la Italia meridional y septentrional, cuyo fin común era la lucha contra el poder absoluto, unido al deseo de expulsar a los austriacos del norte del país… La his-

toria de los Carbonarios italianos, y de las múltiples agrupaciones nacidas de ese tronco común, es muy compleja, y no podemos entrar en los detalles. Anotemos solo que la causa de la independencia fue derrotada por las *tropas austriacas*, que invadieron el reino de Nápoles y restablecieron el absolutismo, así como en el Piamonte… No obstante, el movimiento no se extinguió, y el Carbonarismo no dejaría de multiplicar, en el correr del siglo XIX, las tentativas para hacer triunfar sus designios.

Después de 1821, numerosos Carbonarios se refugiaron en el extranjero, donde organizaron Logias, mientras que en toda Italia surgía toda clase de sociedades revolucionarias, bajo nombres diversos; después del levantamiento de 1831, Austria restableció de nuevo su dominación en Italia.

Luego, la dirección del movimiento revolucionario pasó a manos distintas de las de los conspiradores primitivos: en abril de 1834, un grupo de refugiados políticos de diversas naciones, reunidos en Berna, se entendieron para fundar una sociedad revolucionaria, internacional y secreta: la *Joven Europa*. Era obra de Mazzini, que más tarde se ocupó más particularmente de la filial italiana, la *Giovine Italia*. Sabido es cómo la actividad de todas esas sociedades secretas tomó gran parte en la formación de la unidad italiana y en la lucha contra la dominación austriaca: no desarrollaremos ese capítulo de la historia europea, de que tratan todos los manuales, y lo conocemos bastante; sabemos, por ejemplo, que Luís Napoleón Bonaparte (el futuro Napoleón III) estuvo afiliado a una rama de los Carbonarios, y que, por lo demás, siguió fiel a su juramento de contribuir a la liberación de Italia…

Los Carbonarios franceses. El Carbonarismo tuvo una evolución totalmente curiosa; hemos visto, en efecto, que esa Sociedad nació de una antigua corporación de filantropía y ayuda mu-

tua, los Carboneros, y que, importada a Italia, llegó a ser temible potencia política que solo los ejércitos austriacos pudieron —momentáneamente— reducir; en 1820, esos *Carbonarios* fueron introducidos en Francia por dos jóvenes franceses iniciados en Nápoles y que, habiendo iniciado a cinco amigos, formaron entre los siete una *Gran Logia* que pronto enjambró por toda Francia: Los procedimientos adoptados por la Gran Logia de Francia[73] para crecer en número y en influencia estaban calculados sabiamente para asegurar a un tiempo el secreto y la seguridad. El mayor cuidado presidía la elección de los reclutas, y los nuevos miembros solo eran admitidos luego de minuciosa investigación de sus antecedentes. Las reuniones se llevaban a cabo de noche y en lugares solitarios. Todas las órdenes se trasmitían verbalmente. En público, los miembros se comunicaban entre sí con señas en caso de necesidad. En el momento de su iniciación el candidato juraba, sobre un puñal, odio a todas las monarquías.

«Cuando se creaba una nueva logia[74], dos miembros de la Gran Logia iniciaban al primer miembro y lo nombraban presidente. Ellos quedaban como vicepresidente y censor; pero aun el nuevo presidente ignoraba la jerarquía de aquéllos en la Gran Logia, con la cual el vicepresidente hacía el enlace, mientras que el censor fiscalizaba la administración interior de la logia. Para reducir el riesgo de traición, el número de miembros de una logia quedaba limitado a veinte, y se prohibía toda comunicación entre logias subordinadas». En 1822 había alrededor de sesenta mil Carbonarios en Francia, reclutados principalmente entre militares, estudiantes y obreros. El fin principal de la organización era derribar por la fuerza a la monarquía, y cada afiliado debía poseer un fusil y veinte cartuchos. El cargo de gran maestro fue ofrecido a *La Fayette*, que aceptó, al mismo tiempo que los otros principales jefes del partido liberal (Manuel, d'Argenson, etc.) se adherían al movimiento.

A pesar de su organización muy centralizada, la sociedad no pudo derribar el poder establecido tan pronto como esperaba. El 29 de diciembre de 1821 era la fecha fijada para la sublevación general, que había de partir de Belfort, y la proclamación de la República; pero La Fayette llegó demasiado tarde a la cita fijada, y fue un fracaso completo. Mientras tanto, la policía real había olido la vasta conspiración que se preparaba, y algunas tentativas infructuosas en Marsella, Lyon, Saumur, La Rochelle, solo tuvieron el efecto de precipitar las medidas de represión violenta (episodio de los «Cuatro sargentos de La Rochelle», que fueron decapitados en París, después de un proceso ruidoso). Además, en la sociedad faltaba unión, los afiliados de las provincias estaban descontentos de obedecer a jefes de quienes ni siquiera sabían los nombres. Sin embargo, los Carbonarios franceses siguieron completando contra la Restauración hasta 1830 y sus afiliados se fundieron luego en las sociedades revolucionarias hostiles a Luís Felipe, cuyos miembros fueron los artesanos de la República de 1848.

Organización y jerarquía de los Carbonarios. Desde su fundación en 1814, los Carbonarios italianos adoptaron una organización calcada a un tiempo sobre las costumbres de los antiguos «Carboneros» del Jura y sobre la Masonería. Los afiliados o «Buenos Primos» estaban divididos en *Aprendices* y *Maestros*. «Según el ritual de la orden, una Logia o *Venta* carbonaria debía estar en un lugar revestido de madera y embaldosado. En una de las extremidades había un tronco sin labrar, sitial del maestro, sobre el que se colocaban diversos objetos —un trozo de tela, agua, sal, un crucifijo, hojas de árboles—, varas, fuego, tierra, una corona de espino blanco, un ovillo de hilo, y para completar esos emblemas, tres cintas, una azul, una roja y una negra. En la pared, detrás del maestro, figuraba un triángulo irradiado, con las iniciales de la palabra reservada al grado de maestro. A la iz-

quierda, un triángulo con las armas de la “venta”. A la derecha, dos triángulos con las iniciales de las palabras sagradas de los Aprendices»[75]. Una Gran Logia o Alta Venta (*Alta Vendita*) estaba en Nápoles, y servía a la vez de Consejo Supremo y de Corte de apelación; dictaba las leyes y los reglamentos de la Orden, y llevaba dos registros: el «Libro de Oro», que contenía los estatutos de la sociedad; el «Libro negro», que contenía la lista de los candidatos no aceptados y de los miembros expulsados por una u otra razón. El ritual de iniciación era de inspiración netamente religiosa: «En el grado de Aprendiz, el candidato tenía los ojos vendados y juraba sobre el hacha de guardar los secretos de la Sociedad, y socorrer a sus Buenos Primos en tiempos de aprieto. En el grado de maestro, el oficiante recibía el nombre de Pilatos, y sus dos asistentes, los de Caifas y Herodes. Se le vendaban de nuevo los ojos al candidato que, en el curso de la ceremonia, representaba el papel de Jesús»[76]. Según ciertos autores, había dos o tres grados superiores; el ceremonial de uno de estos era particularmente desarrollado: el candidato estaba atado a una cruz, y unos afiliados, disfrazados de soldados austriacos, hacían una descarga general de sus fusiles, cargados solo con pólvora. La existencia de esos grados sigue siendo conjetural.

Con los progresos crecientes de la represión, los Carbonarios, acosados por la policía, debieron reducir al mínimo el ritual de iniciación; *Mazzini* relata así de qué modo, cuando era muy joven, fue iniciado por cierto Doria:

«Me hizo saber que las persecuciones del Gobierno y la prudencia requerida para alcanzar el fin hacían imposible asambleas aun poco numerosas, por lo que me ahorrarían ciertas pruebas, ritos y ceremonias. Me interrogó sobre mi firme propósito de acción y de obediencia a las instrucciones que podrían dárseme, y también de sacrificio si el bien de la Orden lo exigiera. Luego,

tras ponerme de rodillas, sacando un puñal de la vaina, recitó la fórmula del juramento prestado por los iniciados de la jerarquía inferior, y me la hizo repetir después. Me comunicó dos o tres signos que me permitirían reconocer a mis hermanos, y me despidió».

Los Carbonarios franceses reformaron el ritual, despojándolo del elemento religioso, que predominaba en la organización italiana[77].

Capítulo 5

LAS SOCIEDADES SECRETAS IRLANDESAS

Desde que Enrique VIII trató de asentar definitivamente la dominación inglesa sobre Irlanda, esta siempre multiplicó las tentativas para recobrar su independencia: en la época isabelina ya había elementos irreductibles, rebeldes, a quienes se llamaba *Wood Kerne*, que multiplicaban las actividades de guerrilla contra las autoridades inglesas. Pero no eran realmente sociedades secretas, en el sentido pleno del término. Solo a fines del siglo XVIII se fundaron dichas agrupaciones, de las cuales vamos a citar las principales hasta ahora.

Los «Irlandeses Unidos». La Sociedad de los «Irlandeses Unidos» (*United Irishmen*) fue creada en Belfast (Irlanda del Norte) en 1781. Su finalidad era sacudir la dominación de Gran Bretaña, con ayuda de Francia: los Irlandeses católicos, que permanecían «jacobitas» fervientes (es decir, partidarios de la dinastía Estuardo, depuesta en 1688), miraban a Francia con simpatía, desde que Luís XIV sostuvo la causa del «Pretendiente». Los *United Irishmen* fueron influidos por la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, y luego por la ideología de la Revolución francesa, como lo demuestra el «catecismo» siguiente, que el iniciado había de aprender de memoria:

P. ¿Es Vd. derecho?

R. Lo soy.

P. ¿Derecho como qué?

R. Como un junco.

P. ¿Seguimos, pues?

R. En verdad, en lealtad, en unidad, en libertad.

P. ¿Qué tiene Vd. en la mano?

R. Una rama verde.

P. ¿Dónde ha brotado?

R. En América.

P. ¿Dónde ha florecido?

R. En Francia.

P. ¿Dónde la plantará Vd?

R. En la corona de Gran Bretaña.

En 1796, la asociación envió a un delegado, Lord Edward Fitz-Gerald, para que tratara con el Directorio francés. Se organizó una flota para transportar un ejército mandado por el general Hoche; pero una tempestad hizo desviar los barcos, y obligó a la expedición a desembarcar en un punto de la costa donde no la esperaban: los franceses tuvieron que volver a embarcarse, y los cien mil hombres reunidos en el Ulster por los irlandeses debieron dispersarse sin haber podido combatir.

El «Sinn Fein». En el siglo XIX los irlandeses trataron primero de conseguir su autonomía por medios legales. Pero, cansados de la lentitud del gobierno inglés, cierto número de irlandeses decidieron pasar a la acción directa: a fines del siglo XIX se constituyó la Sociedad secreta conocida con el nombre de *Sinn fein* (expresión gaélica que significa «Nosotros solos»). Los atentados contra las autoridades británicas se multiplicaron; pronto se produjeron levantamientos armados (de los cuales el más importante ocurrió en 1916) destinados a conquistar la independencia de la isla. No insistiremos sobre la acción de los *Sinn Feiners* que ha sido a menudo relatada[78] y hasta ha proporcionado temas a cier-

to número de novelas… Los irlandeses acabaron por obligar al gobierno inglés a que cediera; es sabido cómo la acción de los insurrectos terminó, después del levantamiento de 1921, por obtener la creación del Estado Libre de Irlanda[79].

La cuestión del Ulster y el «I. R. A.». La cuestión del Ulster, es decir de *Manía del Norte*, poblado en su mayoría (56%) por protestantes, descendientes de los colonos ingleses establecidos en la isla en tiempos de Cromwell, constituyó siempre un punto negro en las relaciones entre Irlanda e Inglaterra; a principios del siglo XIX, dos sociedades secretas llevaban una lucha encarnizada, a veces sangrienta: los *Ribbonmen* (literalmente «los hombres de la cinta») católicos, y la *Sociedad orangista*, protestante y leal a la corona de Inglaterra. En nuestros días, a pesar del estatuto privilegiado concedido al Estado libre de Irlanda, siempre existe animadversión entre Inglaterra y el Eire, a causa de la cuestión del Ulster; una Sociedad secreta, el «Ejército republicano Irlandés» (*Irish Republican Army*) o «I. R. A.», quiere que Irlanda sea una. Con ese fin no ha dejado de perpetrar una serie de sabotajes, y hasta atentados a veces, en toda la parte norte de la isla; el gobierno irlandés, también partidario de la unión, condena esas violencias.

Capítulo 6

EL KU-KLUX-KLAN

Origen y fundación. Después de la Guerra de Secesión, la derrota de los estados del sur acarreó una situación bastante desagradable para los blancos de esa región: los esclavos, al ser manumitidos y, por lo mismo, provistos de los derechos electorales, tenían la mayoría política en esos Estados, y de ese modo disponían de un inmenso poder frente a sus antiguos amos. Estos, juzgando que dicha situación no podía durar, decidieron obrar; así un grupo de oficiales del ejército confederal fundó, en Nashville (Tennessee), la Sociedad secreta conocida con el nombre de *Ku-Klux-Klan* (por lo general se considera ese nombre raro como una onomatopeya, imitando el ruido que el tirador producía al armar un fusil de viejo modelo). El Klan, o «Imperio invisible del sur», alcanzó pronto gran extensión, multiplicando las logias, llamadas «antros» (*dens*). Los iniciados prestaban juramento y disponían de signos de reconocimiento trasmitidos oralmente; los ritos de iniciación y las reuniones se distinguían por un aparato de capuchas y otros adornos extraños.

Al principio, la actividad del Klan se limitó a intimidar a los negros, que son muy sensibles a cuanto tiene apariencia sobrenatural, mediante expediciones nocturnas a caballo, con atavíos fantásticos, al resplandor de las antorchas, por medio de ceremonias fantasmagóricas y proclamaciones sonoras destinadas a aterrorizar a los antiguos esclavos. Pero los miembros del Klan cometieron pronto toda clase de exacciones: embadurnaban con

alquitrán, emplumaban, organizaban expediciones punitivas cada vez más feroces (señores del sur, con uniforme del Klan, patrullaban los caminos, azotando a correazos a todos los negros que encontraban después de cierta hora arbitrariamente fijada), linchaban a los ne gros que querían ejercer sus derechos electorales… El gobierno federal acabó por in quietarse y votó una ley disolviendo la asociación (1871). Sin embargo, la evolución de las circunstancias fue la que sobre todo acarreó el fin de la sociedad: «El espíritu de venganza y de represión había dejado de animar al Norte; las tropas federales habían sido retiradas de los Estados del sur. Esos Estados, mediante "triquiñuelas" electorales, habían conseguido desposeer a los negros de sus franquicias y los blancos reconquistaron su antigua preponderancia económica, social y política. Cada vez parecía menos necesario un instrumento de coerción tal como el Klan, y finalmente fue disuelto por su propio jefe, el general Forest»[80].

La resurrección del Klan. El Klan había de resucitar, sin embargo, gracias a la primera guerra mundial; en efecto, los soldados de color, vueltos a América después de experimentar el desdén a las diferencias raciales practicado por las naciones europeas, estaban poco dispuestos a seguir soportando la condición inferior en que los blancos querían mantenerlos (en ciertos estados del sur, los negros son tres veces más numerosos que los blancos, y están casi privados de derechos electorales), y no tenían reparo en expresar públicamente sus ideas.

A decir verdad, el Ku-Klux-Klan no había esperado la entrada de los Estados Unidos en la guerra para renacer; en 1916, treinta y cuatro hombres, dirigidos por un antiguo pastor metodista, W. J. Simmons, plantaron una «cruz de fuego» sobre la montaña que domina a Atlanta (Georgia) y, ataviados con batas blancas y capuchas, juraron restaurar el Klan. Este último hasta solicitó su

estatuto legal, y lo obtuvo en seguida, de la Suprema Corte del Estado de Georgia. El fin confesado de la asociación era «inculcar al hombre los principios sagrados de la caballería, desarrollar el carácter, proteger el hogar y la castidad de la mujer, sostener el patriotismo y mantener la supremacía blanca». Sobre todo después del conflicto, cuando los blancos, inquietos por el estado de ánimo de los antiguos combatientes negros, quisieron mantener su amenazada supremacía, el Klan tomó una extensión extraordinaria en gran número de Estados, tanto más cuanto que sus fines reales agregaban al racismo anti-negro una serie de proyectos acariciados por respetable número de norteamericanos: luchar contra los judíos, considerados como acaparadores de todo el comercio; oponerse a los progresos realizados por el catolicismo sobre el viejo espíritu protestante; prohibir la entrada en los Estados Unidos a todos los inmigrantes oriundos de los países latinos… «Ese programa, que especulaba con los prejuicios populares, estaba —observa A. Lantoine— hábilmente concebido; tal o cual norte americano, que no hubiera adoptado una parte de ese programa, pero a quien encantaba otro artículo, por su adhesión sostenía y justificaba el conjunto». Los miembros del Klan aumentaron con prodigiosa velocidad y las afiliaciones alcanzaron varios centenares por día; naturalmente, la existencia de un ritual de iniciación, con capuchas, y de un juramento solemne que el neófito prestaba, no podía dejar de ser favorablemente acogida por esos «niños grandes» que son los norteamericanos (Norteamérica es, según la expresión de C. W. Ferguson, el país de los «cincuenta millones de Hermanos»; por lo demás, hay una curiosa alianza entre el gusto por los rituales sustraídos a las miradas de los profanos y el amor a las paradas en oropeles multicolores en esa nación, donde las asociaciones de estudiantes quieren parecer Sociedades secretas, mientras que los Francmasones desfilan por las calles luciendo todas sus insignias y adornos simbóli-

cos…). Desgraciadamente, la actividad del Klan no se limitaba a inocentes paradas y amenazas verbales: en noviembre de 1922 el número de atentados (embadurnamiento con alquitrán y emplumado, flagelaciones, linchamiento de negros y judíos, mutilaciones, quemaduras con ácidos, etc.) cometidos por el Klan o por orden suya, perpetrados en el curso de un año sólo en el Estado de Texas, superaba los quinientos, según un informe oficial dirigido al Senado. El Ku-Klux-Klan, cuyos afiliados se estimaban en alrededor de un millón (dic. de 1922), pronto se creyó bastante fuerte como para desafiar a los poderes públicos: pocas semanas después de una orden dada a la policía, por el alcalde de Nueva York, de expulsar del Estado a todos los miembros del Klan, un *Klansman*, vestido con su traje y sus insignias, hizo interrumpir el servicio religioso en una iglesia para leer una proclama contra los católicos, los judíos y los negros. El Klan hasta llegó a anunciar, por medio de su «Gigante imperial» Clarke, que preparaba la invasión del Continente para «unir a todas las razas blancas en una cruzada contra las razas de color y tocar a rebato contra los católicos».

Pero la caída de la Sociedad secreta estaba próxima; luego de un atentado particularmente odioso cometido en Luisiana por miembros del Klan, y que permaneció impune a pesar de las órdenes del gobernador y una investigación federal, muchos diarios redoblaron sus ataques contra las violencias cometidas por el «Imperio invisible»; replicando a esa campaña, el Klan declaró que estaba decidido a «defender su honor ante los tribunales». La publicidad había de ser fatal a la Orden; en efecto, estallaron disensiones íntimas en el seno del Klan, donde el «Brujo Imperial» Simmons fue remplazado por un tal Evans; Simmons quiso pedir a la Suprema Corte de Georgia la recuperación de su título, y se entabló un proceso en el curso del cual se revelaron al público malversaciones de toda clase: corrupción de funcionarios, desfal-

co de fondos que alcanzaban a un millón de dólares, amplios emolumentos sacados de las cajas del Klan por sus jefes… La opinión pública, ya hostil al Klan —a causa principalmente de la ley prohibiendo las bebidas alcohólicas, que la sociedad había sostenido con todas sus fuerzas— pronunció su condena, y el número de adherentes disminuyó considerablemente. Después de 1930 el Ku-Klux-Klan dio menos que hablar; pero conoció una segunda resurrección en 1945, y «obró» de nuevo entre los negros de los estados del sur; de todos modos, su influencia declina, y las autoridades federales están decididas a luchar firmemente contra la segregación racial.

Capítulo 7

LA MAFFIA

Esta Sociedad secreta siciliana, cuyo nombre se ha hecho proverbial, nació a principios del siglo XIX, cuando la Corte de Nápoles, expulsada por los ejércitos napoleónicos, buscó un refugio en Sicilia, bajo la protección de la flota inglesa de Nelson; la isla estaba entonces infestada de bandoleros, cuyas partidas rivales saqueaban al país; para vigilar sus actividades, el soberano, que no disponía de suficientes fuerzas militares para mantener el orden, tomó a sueldo algunas cuadrillas a las que encargó de la policía de la isla con el nombre de «gendarmería rural». Así se constituyó la *Maffia*, la organización secreta que había de ser durante mucho tiempo soberana de Sicilia: cuando el gobierno quiso volver a la administración normal, la Maffia siguió existiendo, y tuvo en jaque a todas las fuerzas de policía; «aquellos bandidos —dice Heron Lepper— que habían dejado de estar a sueldo del gobierno seguían ejerciendo el oficio por su cuenta y atraían a sus filas a todo el que tenía quejas contra el orden existente. Y había, desgraciadamente, inagotables posibilidades de reclutamiento, pues en los primeros tiempos de la Maffia, la miseria era grande en Sicilia entre los obreros de las minas de azufre y de las pequeñas explotaciones agrícolas». La Maffia tuvo así partidarios en todas las clases sociales, hasta en las autoridades comunales y la magistratura; mantenía una justicia expeditiva, deseada por los campesinos sicilianos, quienes, sometidos a las exacciones de los grandes propietarios, no se interesaban en las leyes regulares,

impotentes para aliviar su carga, tanto más cuanto que, como desde siglos atrás, Sicilia se hallaba en un estado de confusión moral, política y social extrema, pues las autoridades administrativas de los regímenes sucesivos se desinteresaban del bien público. Naturalmente, los mafiosos cometían exacciones, y hasta se entregaban a diversas fechorías… cuando la tentación era demasiado fuerte; y, sin embargo, el pueblo prefería tener que soportar robos y aun asesinatos antes que recurrir a la policía. Los sicilianos respetaban el orden instaurado por la Maffia y, en caso de crimen, se negaban a denunciar a los agresores. En 1924, Mussolini quiso destruir todas las sociedades secretas italianas y encomendó al prefecto Morí la tarea de combatir a la Maffia siciliana; con la ayuda de numerosas fuerzas policiales, Morí consiguió asegurar la dominación gubernamental en toda la isla; no obstante, la Maffia no fue al parecer totalmente destruida; por lo demás, Sicilia, país montañoso y de incómodas comunicaciones, sigue siendo el paraíso de los «queridos bandoleros», que tienen en jaque a la policía y se benefician con el apoyo de toda la población.

La Maffia dio mucho que hablar; los diarios han relatado las múltiples maneras con que los mafiosos alimentaban las finanzas de la organización (secuestro de personas importantes, tributo impuesto a los grandes propietarios, etcétera). La organización interna de la Maffia, su código particular (*L'omertá*), así como los ritos de iniciación de sus adeptos, son todavía mal conocidos: los mafiosos formaban decenas, mandadas por un jefe, el *undécimo*, y los diferentes jefes de grupos no conocían a los demás (para reducir los efectos de eventuales delaciones). He aquí un rito de iniciación, referido por un miembro de la Maffia en el curso de una conversación que tuvo con P. Geyraud: «Hicieron que me acercara a una mesa. ¿Ves esa imagen de Nuestra Señora de Trápani? —me preguntó el undécimo—. Coloca la mano derecha enci-

ma. Toma este punzón en la mano izquierda. Perfórate la mano derecha para que la sangre corra por la imagen y la tape totalmente. Y mientras duró la operación repetí el juramento de fidelidad a la Maffia».

Entre las dos guerras, unos emigrados fundaron ramas de la Maffia en varios países; algunos se mostraron muy activos en cierto momento, principalmente en los Estados Unidos; la Maffia se convirtió entonces en temible asociación criminal, sin vínculo alguno con el autonomismo siciliano.

Capítulo 8
LAS SOCIEDADES CRIMINALES

Todos los países europeos han conocido gran número de Sociedades criminales, de asociaciones de malhechores, de las cuales muchas obras literarias han conservado el recuerdo. En *franela*, esas asociaciones secretas de gente al margen de la ley fueron numerosas, sobre todo después de la guerra de los Cien Años (1336-1452) y todo el desorden que esta engendró. Todos conocemos, por *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, la célebre «Corte de los Milagros», el reino de los indigentes, de los mendigos y de los «truhanes» de los cuales Villon era uno de los miembros, que formaba una verdadera Orden, con su jerarquía y su gobierno, sus ritos de admisión, sus signos de reconocimiento y su lenguaje secreto (Francois Villon ha escrito baladas en jerga *jobelin*, es decir, en la de los *Coquillarts*). Esos «menesterosos», reclutados entre los más diversos elementos: malhechores propiamente dichos, obreros sin trabajo, desertores, cantadores callejeros, charlatanes y zahones, comerciantes fallidos, vagabundos, descarriados, perdidos de toda clase, bohemios, rameras…, se dividían en cinco tribus: los «soldados»; los *mercelots* (vendedores ambulantes), de que formaba parte Villon; mendigos, «gente del reino de Thunes» (o del «Gran Coësre»); los bohemios; los ladrones.

Hacia la misma época (siglo XV) se desarrolló en Inglaterra una asociación similar, que había de constituir un verdadero peligro público en tiempos de Isabel, y que formaba toda una jerar-

quía, con numerosos «oficios», una jerga especial y ritos de iniciación. En España y en Italia, toda la gente al margen de la ley formaban igualmente asociaciones especiales, que agrupaban a cuantos tenían cuentas con la policía: mendigos, vagabundos, desertores, etc. En la época moderna, las asociaciones de malhechores han perdido mucho de lo pintoresco de antaño; pero no por eso han dejado de existir, formando un «medio» especial…

Una de las extrañas sociedades secretas criminales era la de los *thag* (en inglés, «*thug*») hindúes, de los cuales las autoridades inglesas han conseguido librar al país. Esos «estranguladores» obraban a la vez por razones de lucro y por razones religiosas; esa extraña asociación puede considerarse ya sea como sociedad secreta criminal, ya sea como secta religiosa. Los *Thag* tenían una leyenda que relataba el origen de su asociación: volviendo a una doctrina hindú clásica, sostenían que en el comienzo del mundo «había dos potencias, creadora una, destructora la otra, ambas emanaciones del Ser supremo; esas dos potencias se hallaban continuamente en lucha. La potencia creadora fue tan rápida en poblar la tierra, que la destructora, al no poder ponérsele a la par, buscó algún medio para que la ayudaran. Con ese fin su compañera Kali modeló un ser en forma de hombre y le dio vida. Luego reunió cierto número de sectarios suyos, a quienes dio el nombre de *Thag* y les enseñó el arte del thagismo, encomendándoles la tarea de destruir el ser de su fabricación por el medio que los *Thag* emplearon siempre desde entonces»[81].

CONCLUSIÓN

De este modo hemos ofrecido al lector el cuadro de las principales sociedades secretas. Hubiéramos podido, si hubiésemos tenido lugar, dar más amplios de talles de esas organizaciones; hubiéramos podido, igualmente, mencionar muchas otras agrupaciones más o menos secretas, que nos hemos visto obligados a pasar por alto: entre las Sociedades «iniciáticas», los *Odd Fellows* (que son, después de la Francmasonería, la organización norteamericana que tiene el mayor número de afiliados), los *Chevaliers de Pythias* (que dicen continuar la Orden pitagórica, y están muy difundidos en los Estados Unidos), sin contar las múltiples capillitas que existen en ciudades como París (cf. las obras de P. Geyraud), Lyon, Nueva York, Londres o Berlín, ciudades donde las sectas religiosas desconocidas para la mayoría del público son legión; entre las Sociedades políticas, las organizaciones balcánicas (*Comitadjis* de Macedonia, *Ustachis* de Croacia, etc.), los *Caballeros de Colón* (Sociedad secreta católica, dirigida contra la francmasonería y difundida tanto en el Canadá como en los Estados Unidos), las agrupaciones clandestinas en la Rusia zarista, la *Hetaira* griega, las sociedades polacas, los *Comuneros* españoles en el siglo XIX, y muchas otras… Si solo quisiéramos *enumerar* todas las sociedades secretas que han existido, o existen aún, apenas hubiera bastado este trabajo.

Ahora quisiéramos dar una idea de la importancia que presenta el estudio objetivo de todos esos movimientos:

1. Importa, en primer lugar, conocerlos bien si tratamos de *historia general*: es imposible, por ejemplo, comprender algo en la Italia del siglo XIX si no se tiene un conocimiento bastante adelantado del Carbonarismo y demás organizaciones similares, y lo mismo en cuanto a la Francia de la Restauración y de la Monarquía de Julio. Por otra parte, el conocimiento de la Francmasonería proporciona informes muy útiles sobre las causas ideológicas de la Revolución francesa…
2. La *historia de las religiones*, más generalmente la historia del pensamiento, no puede prescindir de los estudios de ese género: movimientos como el Gnosticismo, a fines de la antigüedad, o la Francmasonería en la época moderna, tuvieron gran influencia sobre las corrientes de esos períodos…
3. La *sociología* debe estudiar atentamente la formación, la estructura y los ritos de las Sociedades secretas. El enriquecimiento es recíproco, pues el estudio sociológico permite al historiador hacer comparaciones curiosas e interesantes. Así, O. E. Briem escribe: «Por diferentes que sean entre sí los Misterios primitivos y las Sociedades secretas, unos y otras presentan, sin embargo, el rasgo común de una admisión que comporta toda clase de pruebas y ceremonias de iniciación. Hasta desempeñan un papel tan considerable, en este estadio de la evolución, que diversos autores… sostienen que los Misterios, y de modo general, las Sociedades secretas, salieron de esos ritos de iniciación… Encontramos, en efecto, en esas ceremonias de iniciación la mejor cristalización de la esencia de los Misterios».
4. Por último, la *psicología* se beneficia con interesantes luces estudiando las Sociedades secretas y los sentimientos que llevan a los hombres a formar esas agrupaciones. El cono-

> cimiento de la *iniciación*, del mecanismo por el cual los ritos y los símbolos obran en el subconsciente del neófito es, principalmente, de los más sugestivos para el que estudia el sentimiento religioso.

Las organizaciones iniciáticas nos muestran el «reverso de la decoración»: al lado de las filosofías «oficiales» y de las religiones «positivas», se entrevé todo un mundo extraño y oculto cuya influencia ha sido mucho más importante de cuanto se cree generalmente. En lo que se refiere a las sociedades *políticas*, es inútil destacar el papel de primer plano que han representado en la génesis de los diferentes cambios de régimen y de las revoluciones sucesivas, en todos los tiempos y en todos los países…

¿*Por qué hay Sociedades secretas*? Muy a menudo se ha planteado esa pregunta. Seguramente la respuesta será diferente según qué organización se encare y según los fines que esta persiga. Pero hay una comprobación general que los psicólogos han hecho a menudo: porque el ser humano es naturalmente propenso al *secreto* en todas sus formas, quiere preservar en él un santuario en el cual «los demás» no tendrán acceso, y porque posee igualmente el deseo, no de divulgar ese secreto, sino de compartirlo, con un pequeño número de allegados o de amigos: es particularmente típico en el caso de los niños que, se ha observado muchas veces, forman una suerte de mundo cerrado, que trata de substraerse a la atención de los adultos, y posee sus tradiciones particulares; existen costumbres, juegos, cuentos, estribillos, que los padres o maestros no enseñan, pero que los niños se trasmiten uno a otro[82]; a menudo se ha comprobado el hecho de que las más anodinas asociaciones quieren, con frecuencia, dárselas de sociedades secretas, e «inician» a sus adherentes.

Los hombres sienten más o menos confusamente el deseo de una *jerarquía cualitativa*, fundada, no en la fuerza o en la riqueza,

sino en el valor, conferido este último por un rito, que adquiere valor sobrenatural y hace pasar al «iniciado» a un plano «superior»; como observa P. Geyraud, «el atavío que recibe un obrero carpintero Bon-Drille del Tour de France no le agrega un ápice suplementario a conocimientos técnicos en el arte de la madera; no aumenta, pues, su valor profesional en el sentido laico del vocablo. Pero le confiere otra *calificación*, una transposición en un plano superior, una especie de coeficiente sobrenatural». Eso explica igualmente la existencia de un juramento y de ritos de iniciación en el seno de los grupos puramente políticos, pues dicho ceremonial exterior confiere a los afiliados mayor confraternidad, mayor confianza en su papel. Ciertamente, los motivos por los cuales los individuos se afilian a sociedades secretas no son siempre elevados: al lado de los hombres que, en las organizaciones políticas, lucharon sinceramente por su ideal, hubo naturalmente «aprovechadores» o personajes que trataban únicamente de satisfacer sus instintos de violencia; y, en las sociedades iniciáticas, todos sabemos que a veces se han unido a ellas elementos poco interesantes: ambiciosos que especulaban con el espíritu de solidaridad que reina en ellas para «hacerse relaciones útiles»; charlatanes que explotaban la credulidad pública… Sea como fuere, hemos querido hacer un estudio estrictamente *objetivo*. El lector que deseare emprender investigaciones más adelantadas sobre todos los asuntos que hemos tratado, hallará a continuación una *Bibliografía* metódica.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

OBRAS GENERALES SOBRE LAS SOCIEDADES SECRETAS

BILLY, A., Chapelles et sociétés secrètes, París (Correa), 1951.

HECXETHORN, C. W., The Secret Society, 2.ª edic., Londres, 1897, 2 vol.

LANTOINE, A., Les sociétés secrètes actuelles en Europe et en Amérique, París (P. U. F.), 1940.

HERON LEPPER, J., Les sociétés secrètes, trad. Del inglés, París (Payot), 1936.

SCHUSTER, G., Die geheimen Gesellschaften, Leipzig, 1906, 2 vol.

ORGANIZACIONES INICIÁTICAS

Obras generales

BRIEM, O. E., Les sociétés secrètes de Mystéres, trad. Del sueco, París (Payot), 1941.

CHOCHOD, L., Histoire de la magie, París (Payot), 1949.

DANZEL, T. W., Magie et science secrète, trad. Del alemán, París (Payot), 1939.

GEYRAUD, P., Les petites églises de Parts, París (Emile-Paul), 1937; Les sociétés secrètes de París, id., 1938; Les religions nouvelles de París, íd., 1937; L'occultisme a París, id., 1952.

HALL, M. P., An Encyclopedic Outline of Masotiic, Hermetic, Quabbalistic and Rosicrucian Philosophy, San Francisco, 1928.

MARQUÉS-RIVIÉRE, J., Amulettes, talismáns et pentacles, París (Payot), 1938; Histoire des doctrines ésotériques, id., 1940.

WELTER, G., Histoire des sedes cbrétiennes. París (Payot), 1950.

Sobre la Iniciación

CORDÓN, P., L'iniciation sexuelle et l'évolution religieuse, París (P. U. F.), 1946; L'image du monde dans l'Antiquité, id., 1949; Le saccrdoce a travers les ages, París (La Colombe), 1950.

GUÉNON, R., Apercus sur l'Initiation, París (Chacornac), 1946); Le Roí du Monde, id., 3.ª ed., 1950.

PERSIGOUT, G., Le cabinet de reflexión, París (Mere), 1946.

Primitivos

HASTINGS, Encyclopaedia of Religión, t. XI, págs. 309-315 (con bibliog.).

DESCHAMPS, H., Les religions de l'Afrique noire, «Que sais-je», N° 632.

Egipto

DURVILLE, H., Mystéres initiatiques, París, 1929.

VANDIER, J., La religion égyptienne, 2.ª ed., París (P. U. F.), 1949.

Grecia

BOÜLANGER, A., Orphée, París (Rieder), 1925.

GERNET, L. y BOÜLANGER, A., Le genie grec dans la religión, París (A. Michel), 1938.

MALLINGER, J., Pythagore et les Mystéres, París (Niclaus), 1944; Les secrets ésotériques des Pythagoriciens, id., 1946.

NIETZSCHE, F., El origen de la tragedia (numerosas ediciones).

ROBÍN, L., La pensée grecque, 2.ª ed., París (A. Michel), 1948.

Imperio romano: gnosticismo

ARENDZEN, J. P., art. Gnosticism (Catholic Encycl, t. VI, Nueva York, 1909, págs. 592-602).

CUMONT, F., Les religions orientales dans le paganisme romain, París (Geuthner), 1929.

DE FAYE, E., Gnostiques et gnosticisme, 2.ª ed., París (Geuthner), 1925.

LOISY, A., Les mystéres paiens et les mystéres chrétiens, París (Nourry), 1914.

LEISEGANG, H., La gnose, trad. Del alemán, París (Payot), 1951.

MEAD, G. R. S., Fragments of a Faith forgotten, 3.ª ed., Londres, 1931.

PÉTREMENT, S., Le dualisme chez Platón, les gnostiques et les manichéens, París (P. U. F.), 1947.

PUECH, H. C., Le manichéisme, París (Musée Guimet), 1950.

Islam

MASSÉ, H., L'Islam (colec. A. Colín, N° 126).

BURCKARDT, T., Du Soufisme, Lyon y Argel, 1951.

Edad Media: Cábala

AEGERTER, E., Les hérésies du Mayen Age, París (P. U. F.), 1939.

AROUX, E., Dante hérétique, révolutionnaire et socialiste, reed., París (Niclaus), 1939.

CHARPENTIER, J., La vie des Templiers, París (La Colombe), 1944.

GUÉNON, R., L'ésotérisme de Dante, 3.ª ed., París (Chacornac), 1949.

MÜLLER, E., Histoire de la mystique juive, trad. Del alemán, París (Payot), 1950.

PROBST-BIRABEN, J. H., Les mystéres des Templiers, Niza (Cahiers astrologiques), 1947.

RUNCIMAN, S., Le manichéisme medieval, trad. Del inglés, París (Payot), 1949.

SCHOLEM, G. G., Les grands courants de la mystique juive, trad. Del inglés, París (Payot), 1950.

SEROUYA, H., La Kabbale, París (Grasset), 1947.

Rosa-Cruz

AMBELAIN, R., Templiers et Rose-Croix, París (Adyar), 1955.

ARNOLD, P., Histoire des Rose-Croix, París (Mercure de France), 1955.

HUTIN, S., Histoire des Rose-Croix, París (Gérard Nizet), 1955.

PEUCKERT, W. E., Die Rosenkreutzer, Jena, 1928.

SCHICK, H., Das altere Rosenkreutzertum, Berlín, 1942.

SÉDIR, Histoire et doctrines des Rose-Croix, Bihorel (Legrand), 1932.

WAITE, A. E., The Real History of the Rosicrucians, Londres, 1887; The Brotherhood of the Rosy Cross, id., 1924.

WITTEMANS, F., Histoire des Rose-Croix, París (Adyar), 1925.

Francmasonería

BOUCHER, J., La symbolique maçonnique, París (Derry), 1948.

FINDEL, J. G., Histoire de la franc-maçonnerie, trad. Del alemán, París (Lib. Internar.), 1866, 2 vol.

GOULD, R. F., The History of Freemasonry, Londres, 1882-87, 6 vol.

KNOOP, D. y JONES, G. P., The génesis of Freemasonry, Manchester, 1947.

LANTOINE, A., Histoire de la franc-maçonnerie française, París (Nourry), 1925-35, 3 voL; «La franc-maçonnerie», en GORCE et MORTIER. Histoire genérale des religions, t. IV, París (Quillet), 1947, págs. 279-303.

LE FORESTIER, R., L'occultisme et la franc-maçonnerie ecossairse, París (Perrin), 1928. MARQUÉS-RIVIÉRE, J., Les rîluels secrets de la franc-maçonnerie, París (Plon), 1941.

NAUDON, P., Les origines religieuses et corporatives de la franc-maçonnerie, París (Derry), 1953.

NJCOULLAUD, C., L'initiation maçonnique, París (Perrin), 1913 (tendencioso).

PRIOURET, R., La franc-maçonnerie sons les lys, París (Grasset), 1953.

WAITE, A. E., Á new Encyclopaedia of Freemasonry, Londres, 1924 2 voL; The Secret Tradition of Freemasonry, id., 1936.

WIRTH, O., Le symbolisme hermétiqne…, 2.ª ed., París (Le Symbolisme), 1931; La francmaçonnerie rendue intelligible a ses adeptes, nueva ed., id., 1931, 3 vol.; Le serpent de la Génese (en colaboración con S. DE GUAÍTA), pub. Por M. LEPAGE, París (Vega), 1949.

Revista bimestral: Le Symbolisme, publicada por MARIUS LEPAGE.

SOCIEDADES SECRETAS POLÍTICAS

Se hallarán las referencias bibliográficas en las obras generales indicadas más arriba (A). La mejor obra en francés es: LENNHOFF, E., *Histoire des Sociétés politiques secrètes au XIXe et au XXe siécles*, París (Payot), 1934. Sobre los Carbonarios y la Maffia, véase FALCIONELLI, A., *Les soc. secrètes en Italie*, trad. Del italiano, París (Payot), 1937.



SERGE HUTIN (1927-1997). Ha escrito multitud de libros sobre la masonería, sociedades secretas, los rosacruces, alquimia, astrología; entre otros misterios. Escribió sobre la Cábala y afirmó que Isaac Newton fue un cabalista cristiano. Es conocido en círculos ufológicos por su libro *Los hombres y las civilizaciones fantásticas* (1975) donde sostiene que las antiguas civilizaciones de todo el mundo han sido puestos avanzados de colonias extraterrestres. También cabe reseñar sus libros sobre Nostradamus.

Notas

[1] Muchas obras consideran a todas las sectas religiosas como sociedades secretas, lo que está lejos de ser siempre así. <<

[2] *Les sociétés secrètes actuelles en Europe et en Amérique*, París, P. U. F., 1940. <<

[3] Es la expresión empleada por R. Guénon. <<

[4] J. CROISSANT, *Aristote et les mystéres*, Lieja, 1932. <<

[5] Esos ritos producirían, en suma, efectos parecidos a los de cura… cura psicoanalítica <<

[6] Véase S. HUTIX, *L'alchimie*, «Que sais-je», cap. VIII; y E. UNDERHIQL, *Mysticism*, Londres. 1949, págs. 140-148. <<

[7] Cf. también las obras de Mme. BLAVATSKY. <<

[8] Esa Curiosa doctrina era corriente en los medios masónicos del siglo XVIII; volvió a tomarla Mme. Blavatsky. <<

[9] Buen estudio de ese tipo de pensamiento en: C. G. JUNG, *Die Psycbologie der Uebertragung*, Zúrich, 1946. <<

[10] Entre los «magos» modernos citemos al inglés Aleister Crowley (J. SYMONDS, The Great Beast, Londres, 1951) y el ruso Gurdjieff (L. PAUWELS, Mr. G., Ed. du Seuil, 1954). <<

[11] G. H. BOUSQUET, *Les Mormons*, «Que sais-je»?, N 388, págs. 113 y sigs. <<

[12] H. VON GLASENAPP, *Mystéres bouddhistes*, trad. Del alemán, París, Payot, 1944. <<

[13] Para un estudio puramente sociológico, cf. G. SIMMEL, «The Sociology of Secrecy and Secret Societies», *American Journ. of social*, t. XI, I905-1906, págs. 441-498. <<

[14] *La langue sacree*, París, 1934. <<

[15] Será la doctrina gnóstica de las *sizigias*. <<

[16] E. AMÉUNEAU, *Essai sur le gnosticisme égyptien*, París, Leroux, 1887. <<

[17] Cf. G. R. S. MEAD, *Orpheus*, Londres, 1896. <<

[18] PLUTARCO, *Isis y Osiris*, trad. M. Meunier. <<

[19] G. R. S. MEAD, *Apollonius de Tyane*, trad. Del inglés, París, 1906. Véanse también las obras consagradas a esos problemas por J. CARCOPINO. No debe olvidarse que *Virgilio* fue iniciado en los misterios neopitagóricos. <<

[20] A. BOÜLANGER, *Orphée*, París, Rieder, 1925. <<

[21] Contrariamente a lo que se admitía en los otros Misterios, donde las mujeres desempeñaban un papel importante. <<

[22] «Los más célebres filósofos gnósticos» fueron: Simón el mago, Cerinto, Basílides, Valentín, Marción, etcétera. Entre las sectas, señalemos la de los *Ofitas*, o «adoradores de la Serpiente». <<

[23] Salvo entre los marcionitas que, preocupados sobre todo de doctrinas morales, formaron comunidades abiertas, animadas de ardiente proselitismo. <<

[24] En nuestros días existen diversas iglesias neognósticas que tienen sacerdotes y sacerdotisas. Pero son de fundación reciente (final del siglo XIX o quizá del XX). <<

[25] Igualmente entre los «neomaniqueos» de Oriente: Paulícianos, Bogomilas, etc. <<

[26] Anótese igualmente una verdadera resurrección de la actitud gnóstica en movimientos con el romanticismo, el simbolis-

mo y el surrealismo (cf. «Le romantisme allemand», *Cahiers du Sud*, 1949; R. DE RENÉVILLE, Rimbaud le Voyant, La Colombe, 1944; Y. DUPPLESSIS, *Le surréalisme*, «Que sais-je», N° 432). <<

[27] A veces nueve, en ciertas ramas. <<

[28] *Les Sociétés secrètes*, pág. 301 <<

[29] LEPPER, *obr. cit*, pág. 311. <<

[30] Mencionemos igualmente la extraña secta llamada de los «Adoradores del Diablo» (*Yezidíes*). <<

[31] F. PORTAL, Des couleurs; symboliques…, reedic., París, Niclaus, 1938, <<

[32] MATILA G. GHIKA, *Le nombre d'or*, t. II, páginas 71-76 (nueva edic., París, N. R. F., 1951). <<

[33] R. GUÉNON, *Le roí du monde*, cap. V. Véase: A. E. WAITE, The Holy Grail, Londres, 1933, *Lumiére du Graal*, París, 1949, y JEAN MARX, *La légende arthurienne et le Graal*, París, P. U. F., 1952. <<

[34] *Histoire de France*, t. III, págs. 398-399. <<

[35] También se encuentra el Graal en las leyendas germánicas (cf. la Tetralogía de Wagner). <<

[36] Véanse los romances poemas sobre el Santo Graal. <<

[37] A. Reghini, citado por R. GUÉNON, *L'ésotérisme de Dante*, pág. 25. <<

[38] Cf. *el Román de la Rose*, de LORRIS y MEUNG. <<

[39] *La symbolique maçonnique*, págs. 102-103. <<

[40] M. VERNEUIL, Dict, des Sciences occultes, Monaco, 1950, pág. 360. <<

[41] La obra clásica es la de GRILLOT DE GIVRY, *Le Musée des sorciers*… París, Lib. de France, 1929, 1.ª parte. <<

[42] Véase sobre el particular: M. A. MURRAY, *The Witch-cult in Western Europe*, Oxford, 1921.<<

[43] Véase la trad. Francesa de la Fama, por E. CORO, París, Rhéa, 1921. <<

[44] Señalemos que el rosacruz Morsius, amigo de Boehme, mantuvo relaciones con Fludd (cf. H. SCHNEIDER, *Joachim Morsius und sein Kreis*, Lübeck, 1929). <<

[45] Trad. franc., París, Chacornac, 1928. <<

[46] Véase SÉDIR, Hist. et doct. Des Rose-Croix, págs. 115-116… <<

[47] Grado dieciocho del Rito «antiguo y aceptado», siete del Rito «francés». <<

[48] Véase R, LE FORESTIER, *L'Occultisme et la Franc-Maçonnerie écossaise*, págs. 294-309. <<

[49] Remitimos a: S, HUTIN, R. Fludd, Le Rosicrucien, París, Gérard Nizet, 1953. Véase J. B. CRAVEN, R. Fludd, Kirkwall, 1902. Cf., además de las obras generales sobre los Rosa-Cruces: AD. FRANCK, Dict. des Sc. philosoph., 2.ª ed. París, Hachette, 1875, págs. 539-542, y D. SAURAT, *Milton et le matérialisme chrétien*, París, Rieder, 1928, págs. 13-43. <<

[50] FLUDD, *Summum Bonum*. <<

[51] Cf. A. GEORGES-BERTHIER, Descartes et les Rose-Croix, en *Revue de Synthése*, t. XVIII, 1939, págs. 9-30; G. PERSIGOUT, «L'Illumination de R. Descartes rosi-crucien», en *C. R. du Congrés Descartes*, París, Hermann, 1938, y *X Novembrís 1619*, París, ed. De la Paix, 1938. <<

[52] Véase más adelante, § II. <<

[53] No debe confundirse con el movimiento de los *Iluminados de Baviera* (véase Segunda parte, cap. III). <<

[54] Art. «Franc-Maçonnerie», en *Grande Encycl*. <<

[55] Entre los demás ritos, citemos: el Rito inglés o de York (treinta grados), el Rito de Misraim (noventa grados), el Rito Escocés Rectificado (practicado por la «Gran Logia Nacional»), etcétera. <<

[56] El 7.° grado del «Rito francés» corresponde al 18.° del «Rito escocés». <<

[57] Véase J. BOUCHER, *La symbolique maçonnique*, pág. 70. <<

[58] Cf. *Antiguo Testamento*, «Reyes», 1, VIII. <<

[59] Cf. BOUCHER, págs. 225 y sigs. <<

[60] Cf., además del libro de J. BOUCHER (véase bibliog.): J. SCHAUBERG, *Vergl. Handbuch der Symbolik Jcr Freimaureret*, Schaffhouse, 1866, 3 vol. <<

[61] O, en ciertos ritos modernos, a la *Patria*. <<

[62] GOBLAT D'ALVIELLA, *Des origines du grade Je Maître*, Bruselas, 1928. <<

[63] *Carta al duque de Brunschwick*, 20 de enero de 1780. <<

[64] J. BOUCHER, *La symbolique maçonnique*, pagina 13. <<

[65] Cf. L. LETI y L. LACHAT, *L'ésotérisme á la scéne*, reedit., Lyon (Derain), 1951. <<

[66] La forma más infantil del antimasonismo está representada, por ejemplo, en el libro del D. BATAILLE (alias Hacks), *Le diable au XIX siécle* (2 t. ilustrados). <<

[67] Y jefe de los güelfos, es decir, de los que sostenían al papa durante la «querella del sacerdocio y el Imperio». <<

[68] Cf. R. LE FORESTIER, *Les llluminés de Baviére et la F. M. allemande*, París, Perrin, 1914. <<

[69] J.-H. LEPPER, *Les sociétés secrètes*, pág. 124. <<

[70] Editado por LEPPER, *ob. cit*. <<

[71] *Un initié des sociétés secrètes supérieures*, París, La Renaiss. Franç., 1913, págs. 119-120. <<

[72] LEPPER, pág. 125. <<

[73] No se la confunda con «La Gran Logia de Francia» (Masonería escocesa). <<

[74] LEPPER, pág. 178. <<

[75] LEPPER, pág. 139. <<

[76] LEPPER, pág. 140. <<

[77] Los Carbonarios aparecen en *Los Mohicanos de París*, novela de Alejandro Dumas. <<

[78] Es de notar que el Sinn Fein, partidario de la resistencia pasiva, fue obligado luego por las circunstancias a promover la insurrección. <<

[79] Cf. R. CHAUVIRÉ, *Histoire de l'Irlande, «Que sais-je*»? Nº 391. <<

[80] LEPPER, pág. 266. <<

[81] LEPPER, págs. 276-277. <<

[82] Cf. J. CHATEAU, *Le réel et l'imaginaire dans le jeu de l'enfant*, París, Vrin, 1946. <<

ÍNDICE